

Una cenicienta sin zapato

Margarita Oropeza

Una cenicienta sin zapato

Margarita Oropeza

Derechos Reservados.

Editorial Voces Sonhoras,

Esquina Oaxaca y Guerrero,

Col. Centro,

Hermosillo, Sonora.

Diseño de portada: Luis Daniel Amparano Holguín

Segunda edición: 2024

I

Se jactaba en la oficina de ver todos los días el amanecer.

Al menos con eso tenía engañados a sus dos jefes como un escudo de cinismo para sus frecuentes llegadas tarde. «El problema es el tráfico», decía. Con dignidad enfermiza ocultaba su insomnio crónico y las desmañadas brutales dibujadas en su mirada, a primera hora, ante el espejo. Se levantaba con el sol, en efecto, pero despertaba horas antes de clarear. Esta vez el cansancio devoró su conciencia; dio un salto en la cama cuando comprendió que aquel calorcito sobre su rostro lo provocaba el moribundo sol de la mega ciudad, entrando por el ventanuco de su recámara. ¡Cómo! ¿Las siete y media?

El cuerpo como un madero mojado; la boca desértica, anhelante. Tomó medio vaso de leche, salió, se precipitó por la escalera; iba de ojos hinchados y una mejilla más saludable que la otra por el blush aplicado con angustia; el pelo en una coleta fuera de centro. Falda beige y blusa mal combinada. Diez escalones antes de la calle, uno de

los tacones salió disparado hacia un lado sin darle tiempo de nada. Cayó sobre sus rodillas, estuvo a punto de romperse un tobillo. Rabiosa, dejó los zapatos ahí; volvió hasta su departamento por otro calzado. Con lágrimas a punto, maldijo el reloj. Dios mío... ahora sí me corre Betancourt; si me hubiera quedado en la oficina a terminar los reportes... no hubiera dormido y sí pedido la tarde de descanso... hubiera conservado el trabajo... hubiera...

Cambió de calzado ya sin prisa, resignada a quedarse desempleada. Y mientras la idea cobraba forma en su cabeza sentía, poco a poco, más regocijo que pena. Uno de sus sueños era no dejarse ya explotar por Publicidad y Más S.A., negocio de ínfima línea donde no había manera de complacer a nadie.

Bajó de nuevo los cuatro pisos, pensando en que su indumentaria, ahora con calzado inadecuado, no le arruinaría la mañana. No señor, total, se dijo al girar la voz del corazón para levantar la frente, aquellos zapatitos pobres de María Elena Marqués en sus filmes de clase media eran también modestos y se veían muy bien.

Aunque la nariz de diosa de María Elena, nada que ver con la suya, ¿verdad?, de Raquel Verno Marín, quien no la tenía tan fina, pero si normalita, digamos a lo Catherine Zeta-Jones. Los ojos, sí señor, eran iguales. La única diferencia con la diosa de plata en blanco y negro era el cabello siempre

recogido de Raquel, que se esponjaba a veces en tiempo nublado y le brillaba en rizos. Quizás tengo impulsos frívolos, a lo mejor simplemente no termino a tiempo mis trabajos porque en el fondo deseo la libertad, que me corran, sí, aunque deba pasar hambres.

¿Si me lanzaran, me recogería algún heredero cinturita, de aquellos que acechaban a Miroslava o Marga López en los tiempos de oro?

Para el momento de su pregunta, ya había llegado a su auto medio viejo, medio nuevo. Al Vilo recorrió algunos kilómetros de la espantosa ciudad hasta llegar al estacionamiento, techado, lleno de moho y penumbras, caminar de puntas para luego asomar temerosa a la puerta de aquel edificio ya acorralado por la pátina del tiempo, desde donde arrastraba, como un peso muerto, su vida laboral. Subió aquellas escaleras roñosas hasta el tercer piso, caminó por el linóleo de color ya indefinido y saludó al portero fachudo y aburrido que siempre le daba los buenos días mirándole cualquier parte del cuerpo, menos la cara.

Y aún faltaba lo peor: sentada a un escritorio recién colocado junto a su oficina, en posición de secretaria, estaba una mujer. De ojos grandes y asustados, andaría en sus primeros treinta, valoró a golpe de vista su cabello teñido en rojo y lo encontró como el plumero de su casa en los años infantiles: siempre con polvo escondido en partes invisibles. Luego vio sus uñas pintadas como pico

de tucán. Dio los buenos días, entró a su cubículo y cerró. Con respiración cortada y mano temblona, marcó a su jefe inmediato. —Buenos días, Javier, oye... ¿quién es ese esperpento que está junto a mi oficina?

—Tu secretaria.

— ¿La que pedí hace más de un año?

— sí

—Pero... ¿de dónde la sacaste?

Escuchó un ruidoso suspiro, seguido de un silencio corto; una raspadita de garganta, papeles que se mueven, sí ya que se acomoda.

—Es la novia en turno de Betancourt.

Ahora el silencio se estacionó en el lado de Raquel, mientras el jefe le daba explicaciones acerca del procedimiento para la contratación de la mujer, le indicaba que iniciará ella los trámites... Lo dejó hablando solo. Colgó con una lentitud acorde a su expresión azorada.

En el transcurso de la mañana, Ricardo Betancourt pasó varias veces junto a su puerta cerrada, lo sintió en sus tacones pesados, de botines viejos, se detenía a reír y murmurar con aquella mujer como debió ocurrir en las películas de Gary Cooper — Ricardo le daba un aire, con veinte años y ocho kilos más—, cuando personificaba a un reportero y se sentaba sobre el escritorio de alguna colega. Ella ni siquiera se había dado tiempo de dirigirle la palabra a la mujer en tanticolor, así que mejor si él la entretenía. Estaba viviendo la agonía de terminar

los reportes inconclusos de las novelitas romántico—eróticas, de sesenta páginas, que editaba la compañía. Todas pasan, por estos aciertos y por los otros. Dios mío, me voy a condenar por mentirosa, se argumentaba mientras sacaba chispas al teclado.

Terminó al filo del mediodía sin que su jefe supremo coincidiera en conducta con la urgencia del día anterior, cuando la fustigó arrojando los seis originales sobre el escritorio, y los pidió para ya. Maldito sea; si así me dejó arruinar la vida por un irresponsable, quiero ver qué pasaría si tuviera un ejecutivo de verdad sobre mi vida; de esos que no se molestan ni en marcar el teléfono. Puso el punto final en la última página, colocó cuidadosamente los reportes a un lado y decidió enfrentar a la mujer tucán.

La sentó ante sí, habló de nimiedades mientras observaba su pantalón a la rodilla, morado y ceñido sobre sus carnes ya no tan firmes, con aquella deslumbrante blusa verde limón. Era nerviosa e insolente, tenía una notoria convicción de genio, a quien la suerte colocaba en la oportunidad de hacer labor trepadora.

Le pidió ordenar unos archivos y redactar dos cartas. A las 2 de la tarde no podía pasar del tercer párrafo de la segunda. Los archivos seguramente la tendrían ocupada todo el día siguiente. Poco antes de irse a comer, marcó a Javier:

—No quiero a esta mujer en mi vida, a ver qué haces con ella.

—Díselo a Betancourt, mamacita.

—Sí me vuelves a decir mamacita, pendejo, te vas a llevar una bofetada.

—Oye, no te enojas... me haces sentir muy infeliz; ya sabes que me encantan tus piernas.

—Está dicho: Llévate a ese esperpento o mañana no vuelvo.

—Dile a Ricardo, no es asunto mío. Ya sabes que le gusta acostarse con cualquier cosa que camine.

—Javier... voy a comer, desaparécela antes de que yo regrese.

—Muñeca, soy tu jefe, ¿no te acuerdas? ¿Por qué me hablas así? ¿Porque todo te perdono a ver si me haces caso?

— ¡Ponla a servir el café! No creo que pueda hacer más —y colgó, ahora sí, furiosa.

Puso su bolso al hombro y salió del cubículo de tres por tres que debía llamar «su oficina», dando un portazo. En ese preciso momento, Betancourt, en efecto sentado a lo Cooper en el escritorio, sacudía cariñosamente la barbilla de la treintona. Ambos hipnotizados mutuamente, ni siquiera lo notaron.

A nadie más avisó que se iba, traspuso el pasillo poblado con cinco escritorios más, a los cuales se sentaban otros tantos seres humanos que también parecían de madera. Bajó escalones con una prisa peligrosa para los tacones de su calzado barato, y enfiló con paso traqueteante, entre el ruido

infernial de aquella céntrica calle de la ciudad más grande del mundo, alguna vez «la región más transparente» y ahora llena de humanos mutantes. Yo también soy treintona y taconeaba más fuerte —pero todavía no me vendo por un puesto, por lo menos yo sé leer y escribir... y sin determinar su rumbo en forma consciente, llegó cinco cuadras adelante hasta aquella vieja y bella casa del café «Don Diego» Tenía enrejados verdes —color bronce descuidado— en el jardín frontal y una terraza que daba a la calle; le gustaba ir porque servían el capuchino que le gustaba tanto.

Suspiró después de decirle al mesero que deseaba lo de siempre y con rocío de canela sobre la crema. Ella y el joven mesero de ojos moros ya sabían, porque al sentir llegar a su vida el acorralamiento de la mediocridad y el peso patético de sus jefes imbéciles, siempre terminaba tomando un capuchino en el café de enrejados verdes. Al principio, le llamaba a repetir el placer, la seguridad de que aquel hombre le miraría contento y le serviría amablemente. ¿Cuántos lugares están a mi alcance donde un varón bello como un italiano me sirva un café... aunque tenga que pagar por ello?

Muy pocos.

Después de tres sorbos cautelosos, con el labio superior con bigotitos de espuma, de pronto percibió que a su derecha, en la terraza y tan lejano que no podría escucharse su conversación, estaba

un hombre, solitario y tan abatido en su espíritu como se encontraba ella. Al menos eso quiso creer, pues aquella escena se parecía mucho a la del bar solitario de Casablanca, donde el feo Bogart lloraba por su amada imposible.

Pero bien pensado no, se dijo, al limpiarse el bigote. La música ambiental aquí no es de piano y este ejemplar es más guapo que Humphrey. Más bien es casi igualito al maravilloso Gregory Peck. Además no tiene gesto triste, sino enojado. Él miró el reloj, luego hacia la calle, y finalmente hacia ella con gesto agresivo como diciendo ¿Qué te importa?

Al encontrarse las miradas, si se hubiera visto al espejo, Raquel habría de aceptar que tenía un gesto idiota. La imagen de aquel hombre en sus cuarenta y de elegancia en traje gris, más bien esbelto y de espalda en impecable postura, le recordó al holograma que la visitaba de niña en su solitaria recámara. Quizás no era tan niña, frisaba los catorce, pero escribía cuentos que eran —ahora lo sabía— transmisiones paranormales del fantasma de Jane Austen al concebir las atmósferas de Cumbres Borrascosas: jinetes de melena, piel bronceada y pasión galopante que atravesaban la campiña con el corazón roto de amor frustrado; en tanto, se oían los aleteos de faldones anchos sin crinolina, azotados por el viento y de damas lánguidas, con el rostro bañado en lágrimas.

Era él, aquel holograma de sus primeros anhelos femeniles; un rostro masculino que produce ese placer de lo estético hormonal en un remolino súbito. Tenía unos ojos claros que ahora la miraban rebosando indiferencia. Quizás tendría un anexo a su ideal: usaba anteojos. Y otro: levantó la mano izquierda y se alisó el cabello desde la sien hasta la nuca, en claro nerviosismo, mientras pequeños destellos dorados revelaron a Raquel, tal vez... un anillo de casado.

Afortunadamente, duró la imbecilidad apenas tres segundos, hasta que recordó, entonces sí, que muy a lo Jane Austen, pero aquella imaginación ya estaba escrita y lo suyo eran ideas segundas. Cerró la boca y desvió la mirada hacia su café. Tomó la cuchara, dio algunas vueltas a la crema del tope, que ya se llenaba de huecos, y la sacudió con fuerza hasta que desapareció como sus pensamientos retrospectivos.

Al paso de los minutos, no muchos, deseaba que el café se enfriara para volver a la oficina. Se gestaba ya el impulso miserable, natural en ella, de reparar los desplantes a Javier, más por miedo a quedarse sin comer que por respeto a su precaria autoridad. Cuchareaba ruidosamente el líquido, le soplabla antes de sorber cuando vio, por el ángulo externo de su mirada, que se aproximaba el compromiso femenino del hombre-holograma. La vio venir a través del enrejado verde; caminaba lento y con desenfado. El hombre la observó, ella avanzaba

mirando al piso. Tenía una silueta a punto Versace; un traje sastre del color de la tarde, un cabello como el crepúsculo, largo y sinuoso, igual, seguramente, que la pasión por ella de aquel caballero.

Raquel sintió un retorcimiento envidioso. Llevaba, la pretensa, los zapatos color beige más bonitos que había visto en su vida. Llegó con tranquilidad, se sentó junto a él pero, oh, no hubo el esperado beso. ¿Cita clandestino—ejecutiva, al margen del teatro honorable del mundo? Qué barbaridad... cómo no le saltaba encima esta mujer y le quitaba la corbata para besarle el pecho velludo. ¿Le gustaban, a Raquel, los pechos velludos? -Bien pensado...no. Pero era como una escena del agente 007 sin aquella mirada «ahora serás mía»; el gesto del hombre más bien revelaba un «uy, esta resbalosa». Les sirvieron agua y cafés. Hablaban, sobre todo ella, y sus gestos eran cargados de emociones. Él la miraba de soslayo y respondía sereno, gesticulaba con las manos, con intención conciliadora. De pronto ella bajó la cabeza, el cabello orló sus mejillas como en un óleo del Romanticismo, pero él no lo apreció. Permanecía como una piedra. Una guapísima piedra.

¿Ella lloraba? Uy, sí que lloraba. Y cómo no... yo aullaría si ese muñeco me tratara así. Entonces ella, que manoseaba la servilleta, la arrojó a la mesa mientras se levantaba y le dijo algo en voz alta que —lástima— Raquel no alcanzó a escuchar. Tomó

su bolso, con el movimiento volcó un vaso con agua y se alejó dejando al hombre hecho un baboso. Al menos eso le pareció a Raquel, pues quedó como una estatua mientras el agua goteaba, paralela y a poquísimos centímetros de su impecable pantalón de fina caída. Raquel tenía de nuevo una expresión idiota y se había olvidado del café, cuando de pronto él se volvió hacia ella, mientras se llevaba una mano al bolso del saco. Encontraron miradas y ella deseó convertirse en aire, en follaje del jardín. Ambos comprendieron, sin embargo, que ahora compartían un secreto desagradable. Dejó un billete, se levantó decidido y tomó, alejándose, un paso rápido y de un ritmo para ella inédito: masculino y muy estético. Fue ahora Raquel quién quedó en babas.

El italiano bello pareció ofrecerle servicio y ella pidió la cuenta. El hambre se había esfumado y también el impulso de volver a su purgatorio laboral. Después de aquella escena de cine de los años cincuenta, decidió ir a casa a rumiar su melancolía, enfermarse si era posible, eliminar hasta el día siguiente todo contacto con su jefe, alejarse de su repugnante saco café a cuadros de un día sí y un día no. En el trayecto estuvo a punto de chocar con un taxi, un niño limpiavidrios se echó encima del cofre de su auto medio nuevo, medio viejo o al revés, según fuera su ánimo, y después de tres segundos de haber cambiado la luz apenas iba a la mitad de la limpieza, todo el mundo tocó el

claxon y se sintió cucaracha. Cuando transitaba a toda velocidad por la vía rápida, un camión de carga la rebasó por la derecha y el rugido le hizo pensar que había llegado el final de su vida.

Bajó en la humilde cochera de su hogar—edificio de departamentos con la sensación de haber sido perseguida por Arnold Schwarzenegger ametrallando el cielo. Arrastraba los pasos y al llegar a la puerta de su departamento con modestos muebles, decorando su libertad ganada a pulso tras dos años de un divorcio tan agotador como la batalla final de El ataque de los clones, sintió cerca un desmayo y las lágrimas mucho, mucho más cerca que por la mañana, cuando tuvo que cambiarse los zapatos.

Entró y directo se arrojó en su cama tamaño matrimonial, único recuerdo de los cinco años más desdichados de su vida. Cerró los ojos y deseó que un resfriado la cobijara durante cuatro días, para olvidarse del mundo. Allí, en ese momento, volvió a ver el rostro del hombre James Bond. Qué repulsiva comparación, no... el hombre-holograma. Una especie de mutante que había tomado formas ilusorias, según sus edades de mujer. Heathcliff de Austen, Armando Duval de Dumas, luego Robert Taylor, Gregory Peck y en tiempos recientes, Richard Gere o por lo menos Robert Redford antes de ponerse arrugado como

una pasa. Gregory Peck...el magnífico. No Dios mío, no. Otra vez el hueco en el corazón y el dolor del espejismo.

Entonces, estornudó. Tiró sus zapatos al suelo, levantó la sobre-cama y se hizo ovillo al taparse.

Tenía unas manos impecables, las observó bien. El traje tenía giros tornasol muy discretos, sobresalía de la manga el puño de la camisa blanca. Con esas manos satinadas, seguramente lo único que hace es abotonarse la camisa y subir el cierre del pantalón; ojear todo el trabajo que le hace su secretaria, porque ni siquiera ha de marcar el teléfono. Debe firmar cheques, también. Y muchos.

No es posible, si me esfuerzo lograré acordarme del color de sus calcetines, ¿Por qué? Miró al techo... eran negros, como sus zapatos. Entonces se tapó hasta la cabeza y deseó dormir, sintió el cuerpo cortado, a los pocos segundos estornudó de nuevo y luego, pausadamente, puso su pensamiento en blanco. Logró conciliar un sueño agitado como la fiebre ligera que ahora la invadía.

Despertó una hora después por el ruido del teléfono, el corazón le dio vuelcos. Seguramente era Javier, así que no contestó. Muy probablemente, Ricardo le había exigido cuentas por la huida de su esclava laboral. Y en verdad tenía trabajo acumulado: Restaban tres originales urgentes por dictaminar y veintidós registros de trabajo publicitario por pasar a la base de datos; cuatro cartas a los principales clientes de publicidad

que, como ella redactaba muy bien, sabría cómo escribir, sí cómo no... Ricardo tenía muy mala ortografía y las ideas sueltas, como mariposas de la luz. Javier sólo era bueno para acomodar números y localizar mujeres dispuestas para la cama.

Javier a punto de. A punto de divorciarse, a punto de ponerse a dieta; a punto de renunciar porque estaba harto de los abusos de Betancourt. Estás a punto de caer, preciosa, le decía a Raquel, cuando era evidente que su esposa lo había obligado a dormir en el sofá.

También recordó, mientras la bruma del sueño y los escalofríos de la fiebre se alejaban para dejar paso al estado de alerta, que era día 18 y aún no le habían pagado la quincena, que a su auto medio viejo, medio nuevo, le urgía un cambio de aceite; que las arañas patonas estaban invadiendo de nuevo la cocina microscópica de su departamento y no tenía dinero para fumigar.

Una sombra de pesimismo y derrota se depositó en el techo de la habitación, y ella adivinó que comenzaría a bajar lentamente hasta aplastarla si no hacía algo de inmediato. Decidió levantarse a reclamar su dinero, a visitar los negocios pendientes de atender, en vez de enviarles cartas. Decidió levantarse a trabajar. Cualquier cosa antes de quedarse en su hoyo de soledades. Se levantó, calzó sus zapatillas, se alisó la falda ante el espejo pues la siesta la había convertido en un chicharrón y, cuando vio que no habría más remedio que

plancharla, se lanzó otra vez en la cama, con un pensamiento fijo: alguien tiene que salvarme de esta porquería de vida... Dios mío, que algo suceda, aunque sea un terremoto o peor: que me enamore.

Armando Duval, hombre-holograma... si al menos fueras real y yo Margarita Gautier— muriendo de tuberculosis, no importa. Si por milagro me volviera tan bonita como Greta Garbo y mis ojos parecieran siempre apresados por un ensueño, como los de ella...

Se sentó. Sacudió la frente, se llamó imbécil y emprendió la salida hacia el mundo, decidida a aprovechar las dos horas hábiles que quedaban a la tarde aunque, si... su falda estuviera como un chicharrón, total así lanza Emanuel Ungaro la ropa de última; muy italiano, pero sus modelos igual se ven cochambrosas con tanto hilacho de todos colores. Suspiró mientras bajaba la escalera a paso decidido y se echaba a la boca una aspirina, amarga y polvosa, encontrada en el fondo de su bolso y que había colocado ahí desde hacía tantos meses que no recordaba.

II

A las 12 semanas había superado completamente el resfriado; cosa excepcional, pues con frecuencia se le combinaban con alergias nerviosas que le ponían un pie en el hospital. Como si tuviera el propósito de olvidar la realidad, había tecleado con demencia y dictaminado trece originales más, todos provenientes de la misma autora; lo cual no era realmente tanto esfuerzo y le ayudaba a poner su mente en blanco: contenían la misma anécdota, lenguaje escatológico, sexo explícito hasta en los olores y sólo cambiaba los nombres y el vestido de boda de sus heroínas, eso si se casaban con los galanes en vez de asesinarlos. Igual daba, pues nunca Betancourt o Javier se tomaban la molestia de leer los dictámenes y mucho menos aquellas novelitas que la editorial publicaba y vendía a los puestos esquineros. Su actividad redituable era la publicidad, y a sectores del Gobierno.

La tarde del segundo viernes, unos clientes invitaron a todos en la oficina al aniversario de su compañía. Sólo por mostrarse interesada, Raquel tuvo que aceptar la compañía de Javier, quien insistió como un ebrio: le ofreció un aventón, so

pretexto del peligro esparcido en las calles para una mujer al conducir en la soledad nocturna de la gran ciudad. Ella quiso responderle que, en la era de Gatúbela, sus temores eran vanos; pero decidió dejarse convencer por la realidad —inmune a películas de aventuras— de que con todo y que el espíritu de Juana de Arco alguna vez acompañó su vigor feminista adolescente, hoy era contemporánea de sectas satánicas, suicidas musulmanes y errantes violadores nocturnos.

La celebración fue en la céntrica oficina del negocio en cuestión y, entre los invitados, al buscar refugio desesperadamente por el acoso de su jefe, encontró a una mujer de aspecto andrógino que pareció comprender la situación. Se aferró a ella. Era madura como un árbol frondoso e inspiraba la misma serenidad. Llevaba, empero, una melena desesperante, apenas un centímetro por abajo de las orejas y fumaba con gestos exquisitamente femeninos, en contraste con los zapatos con suela tractoril y su atuendo de colores terrosos e impotentes. Desde el inicio de la conversación, Sara —así se llamaba— empezó a contarle historias de sus amores, tan antiguas como páginas bíblicas. Incluso, dijo, uno de sus galanes se llama Aarón, otro Emaús y un tercero Nahúm, ante lo cual Raquel empezó a pasear una media sonrisa en los labios.

Es cierto... son nombres inventados, dijo ella tras una bocanada de humo. Pero sólo los nombres.

Siempre me gustaba imaginarme vestida, para disfrutar mis romances, sólo con una túnica antigua, blanca y de lino, atada con un cordel de seda, mientras bebía vino de Caná reclinada en un triclinio. ¿Qué tiene de malo soñarte contemplando la vida desde los jardines de Babilonia?

Era media noche y la voz, ronca y alegre, le salía pastosa; Raquel le pidió de nuevo la historia del galán llamado Emaús —por haberla encontrado parecido al hombre-holograma, no por real interés—, pues Sara había descrito su cabellera como oleaje de mar. Y ella entonces recordó, filosofando con vaga mirada en el ámbar de su copa de vino, que Gregory-Armando-Heathcliff, no tenía el pelo ondulado, ni largo...

Y desviaba la vista de la copa, para encontrarse el rojo vampiro de la mirada de Javier quien, furioso e impaciente, la veía junto aquella mujer libre y parecida a un hombre, por lo cual no se atrevía a desafiarla y arrancarla de su lado.

He tenido muchos hombres, dijo Sara somnolienta, pero siento haber amado a uno solo, hecho de las partes perfectas de todos. Uno tenía la boca de Moisés, otro las manos del rey David... y no me preguntes sobre aquellas partes, ¿eh?... y entonces desahogaron grandes carcajadas.

Por fortuna, en algún momento, Javier desapareció. Ella buscó en los rincones de todos los cuartos, en todos los baños, bajo los escritorios y

detrás de las puertas... nada. Esto, a las cuatro de la mañana, cuando fue necesario retirarse pues la atmósfera de la oficina oscilaba suavemente y hacía perder el equilibrio con facilidad. Además sólo quedaba el velador, el gerente de la compañía en pareja con una muchachita versión-amante, Sara y ella. Su nueva amiga debe llevarla a casa, mientras seguía presumiendo el enamorado de sus treinta años, tan favorecido en la dureza de sus piernas como Goliat y... de nuevo las carcajadas... muy bien plantado en su autoestima. De habérselo propuesto, dijo, hubiera abierto un sendero entre las aguas del Mar Rojo.

Al llegar, aquella mujer híbrida, apostada en la frontera del bien y del mal, sacó algo de la guantera y lo puso en el bolso del saco color obispo de Raquel; el reservado para ocasiones lánguidas y agradables como ésta cuya única piedra de zapato había sido soportar a Javier. Se despidieron con risas y promesas juradas, sinceras y a la vez mentirosas, de volverse a ver.

Al día siguiente y como siempre que se convertía en un fauno rabioso, Javier le azotaba las puertas cercanas a su cubículo-caja fuerte, que debía siempre tener abierto por el peligro de asfixiarse. Y mientras por su sien derecha atacaban punzantes recuerdos de la borrachera con Sara, le llamó

Rosita, su amiga de más de una década, para pedirle que comieran juntas.

—Te hará bien alimentarte, Nomás por eso me dan ganas de salir corriendo; ¿todavía estás flaca como un flamenco?

—Aparte de lo bien que me caes, me hacen falta tus regaños—contestó Rosita, con su voz de adolescente triste.

—Pues mira, estoy hundida en papeles, pero mañana podría compartir contigo un pollo frito.

Al colgar la imaginó como siempre, ojerosa y con el cabello lacio, rubio como oro gastado. La melancolía de su amiga era una condición que Raquel podría considerar innata. Si no se explicara por aquel galán cincuentón que la arrastraba por callejones de soledad y menosprecio de tono escalofriante. Era un torturador psicológico, petulante, casado, muy rico y a punto de ser abuelo. Ella, fiel a la tradición milenaria de cualquier Electra, suplía el abandono paterno con aquella aventura que ya duraba cinco años, sin visos de solución. Cuando Rosita se perfilaba en su horizonte cotidiano, Raquel se preparaba con pañuelos desechables y gotas para los ojos, como cuando se disponía a ver una vez más *La dama de las camelias* o peor aún *Casablanca*.

Le propuso mejor verse de noche, por aquello de los galanes. Después de todo, se decía, ya es tiempo de encontrarme algún baboso que me acompañe aunque sea a los brindis de oficina o al cine, incluso.

Porque ir al cine conmigo no es cualquier cosa, qué va. Raquel Verno sabe ver una película; decía ante el espejo, mientras polveaba sus mejillas antes de ir al encuentro de su amiga. En las películas que yo vea con un hombre tiene que haber romance, pero de garra; uno debe sentir el corazón como recién atacado por un gato. O si no, algo dramático intenso, con escenarios góticos, como el Purgatorio de Dante. Nada inspirador resulta de ver maravillas cibernéticas tomada de la mano de un hombre que quiere hacer el amor contigo, ¿no? Y se tallaba los labios, uno contra el otro, para emparejar el rojo discreto con que los había pintado.

Suspírala, porque tenía ya casi dos semanas sin asomarse a un cinema; y también porque detrás de ilusión, ella sabía que los galanes ligadores de los bares no pasaban de ser unos patanes envalentonados por el alcohol. Se dio un último vistazo: Por favor un prospecto decente, Señor — y miró al cielo—, no tiene nada de malo desear compañía.

Pero Rosita, un buen rato después de haberse encontrado, buscado un lugar atractivo y tomado un par de copas, aún no hablaba. Su ánimo se percibía normal, no revelaba sentimientos especiales; sin embargo el silencio casi cerraba los párpados de Raquel por el aburrimiento y al constatar que, aunque estaban en un antro de corte fino, ambientado con luces indirectas y música

elegante, ni siquiera a distancia se perfilaban los enamorados.

—Oye, vámonos a cenar ¿no? —dijo.

—Cómo quieras, me da igual.

Mientras caminaban hacia la salida, pudo verle la espalda, por aquel escote pronunciado y absurdo que llevaba. Sobresalían, a todo lo largo, protuberancias desde sus vértebras.

—Oye, Rosita, ¿tú no comes?

—Es... que me puse a dieta y me fui de paso, pero no te fijes.

—No, pues así te vas a convertir en un hilo, y cualquier rato Enrique te cose al bolso de su pantalón. Serías feliz, ¿no?

—Así le gusto... él no dice nada.

—Pues qué poca madre, debería preocuparse.

—No me hables de él, por favor, vamos a cenar en paz.

Rosy se había tomado tres medias de seda y los tobillos de pollito se le doblaban. Iban en el auto de ella, que tenía la forma de un zapatito nuevo; según esto, regalo del galán. Y rato después cuando en efecto, comían pollo, de pronto Raquel, degustando una mordida de muslo, vio caer una gota en el plato, desde los ojos de su amiga.

—Hey... dijo, bajando el muslo a su propio plato; no anda bien la cosa, ¿eh?

Y entonces la muchacha con cabello de oro gastado levantó el rostro, y la miro con dos lagrimones surcando su maquillaje.

—Ya no me quiere... casi no nos vemos, las últimas veces lo he notado muy frío. Me va a dejar, manita... ya no me quiere —y soltó el tenedor, bajó las manos hacia su regazo y se dedicó a sollozar cabizbaja, como niña regañada.

Raquel deseó decirle, aunque Rosy no entendía sobre películas antiguas, que las heroínas estilo *Las abandonadas* ya no estaban en boga. Que los chantajes añiados que Blanca Estela Pavón le hacía a Pedro Infante siempre fueron escenas cómicas, que no se confundiera; no servían de nada. Pero se trabó, la lengua se enredó con los pensamientos, la voz con indignación mujeril y decidió guardar silencio. Fue entonces cuando sintió que los lamparones de la calle, altísimos —estaban en la terraza de un restaurante a gusto de Raquel: elegante y bajo el cielo, aunque tuviera manchas de un gris decadente— se convertían en faroles del siglo diecinueve. Era como si ambas llevaran puestos faldones multiplicados en holanes, con crinolinas inverosímiles y chongos rizados, de caireles caídos a los lados. Dios mío, nomás nos faltan los sombreros amarrados con listón.

—Rosy, por favor... estás tan joven y eres tan bonita... ¿no te has cansado tú también de los zarandeos que te provoca ese malnacido?

—Es que lo amo, decía ella, hipando entre los sollozos.

—Pues hazte el propósito y déjalo de amar. O al menos finge ante el espejo que ya no lo quieres.

—Qué fácil... se te hace.

—No, fíjate —dijo Raquel, alzando la voz—: no es fácil, pero sí hay una manera: arráncate el amor con todo y corazón; te retuerces de dolor durante meses, pero tarde o temprano te pasa. Sigues viviendo, sigues adelante.

La rubia habló en un susurro: Si te arrancas...

—¿Qué?

—Que si te arrancas el corazón te quedas muerta.

—Qué muerta ni qué nada... —Raquel tomó el muslo de pollo de nuevo y le dio un gran mordisco, te vuelves de piedra, pero no te mueres, farfulló.

Siguió un silencio horriblemente largo. Los faroles de la calle volvieron a ser de formas actuales, sucias y ruinosas, las crinolinas y sombreritos desaparecieron. La noche se estaba haciendo vieja y todo era muy aburrido.

—Por eso —dijo Rosita secándose las lágrimas y tomando con el tenedor otra papa frita

—quiero tener un hijo, para quedarme con algo suyo.

¡Virgen de la Macarena!, pensó Raquel mientras su corazón latía con asombro, aunque logró disimular. Comenzó a imaginar la succión de vida que le haría un hijo a aquella humanidad tan desvalida y comprendió que no alcanzaría los tres meses de embarazo. Entonces aceleró los movimientos, bebió la limonada y dejó sus papas intactas.

—Fíjate Rosy que mañana tengo mucho trabajo. ¿Nos vamos? Ella asintió y salieron despacio, subieron al auto-zapatito: manejaba Rosita. Iban por las calles ya desiertas de la casi medianoche y al llegar frente a su casa, Raquel tuvo un presentimiento súbito. No algo preciso, sólo un sentimiento sombrío. Habían estado a punto de atropellar a un gato, Rosita se había asustado y estaba, ahora sí, muy nerviosa.

No puedes irte sola; ¿por qué no me prestas el carro y te llevo a tu casa? Mañana voy por ti al trabajo.

—Te molesta que sufra por él, ¿verdad?

—Mira tú... qué novedad.

Raquel se había rodeado de una coraza. Pretendía hacer la mirada dura, estilo Joan Crawford, el gesto cínico de Susan Hayward haciendo de mala. Pero su amiga la conocía perfectamente. En realidad, después de la segunda copa, a ella también le rodaron las lágrimas recordando amores fallidos.

—No me molesta, me preocupa. Te vas a enfermar de verdad un día, tienes que ver a un analista, un maestro yogui, curandero, lo que sea, para que dejes esta tortura, ¡me contagias, carajo! Bueno, bueno; ya. Te caigo gorda y no te culpo. Ya no voy a hablar de él, te lo prometo. Es más voy a dejar de quererlo.

—No me caes gorda...

—Si te caigo gorda.

—A mí no me prometas nada; mírate al espejo y allí haz un juramento.

Qué necesidad, son las medias de seda, pensó Raquel; no en balde me da asco esa porquería color de rosa.

—Bueno —murmuró Rosy—, pero te prometo que voy a dejar de quererlo.

—Pásame el volante, Rosy. No puedo dejarte ir así.

—No me pasa nada, déjame en paz. Bájate y gracias por la compañía.

—Pues ahora menos me bajo. Vámonos, ándale. Te dejo en tu casa y me devuelvo.

—Está en caseldiablo, estás loca. Vas a llegar aquí saliendo el sol.

—No será la primera vez.

—Pues como quieras, total; nomás que no se me atraviese otro gato.

—Verás que no, ándale —y cambiaron asientos.

Claro, regresó bien entrada la madrugada y dando tumbos porque ella también había ingerido varias medias de seda. Vueltas muy pronunciadas, rechinado de llantas ocasionales, frenadas bruscas y finalmente, cuando estuvo a salvo y el autito bien guardado, cerró la conciencia y nunca se enteró cómo llegó hasta su puerta, a su cama, cómo se quitó los zapatos y porqué ni siquiera alcanzó a quitarse el maquillaje, rutina sagrada a la que jamás faltaba. Lo peor es que ella también, como Rosita al dejarla en casa, a la mañana siguiente tenía

tremendos surcos de mugre bajando por las mejillas; el rímel corrido y en total desastre. Qué bárbara, dijo en voz alta frente al espejo del baño y su dolor de cabeza, seguramente me vine chillando todo el camino...

III

Uno más, aún sola en la balsa... y en alta mar. Con esa frase sobre el mandato ancestral de buscar pareja, Raquel fantaseaba mirando a través de la ventana mientras tomaba agua en un conito de papel. Tres pisos abajo, la ciudad.

Entre esa multitud lograría sobresalir, por mi cumpleaños, si llevara un vestido verde esmeralda, con una abertura atrás que enseñara la pantorrilla y algo más. Para las mujeres sería como una avispa en una colmena y para los hombres un caramelo de menta. Se le ocurrió, sí: ponerse presumida. Hacer la pinta y recorrer las boutiques de las calles vecinas para comprarse un vestido.

Arrugó el conito, sonrió con malicia y se dirigió al cubículo por su bolso. La mujer de colores seguía allí, ocupando inútilmente un lugar en el espacio y vigilando todos sus movimientos para tener listo cualquier chisme sobre ella para Betancourt. Raquel, saliera o entrara, sufría una barrida de punta a cabo por la mirada envidiosa de aquella fémina. Evidente era que buscaba desplazarla.

Pensará que el puesto aporta millones a mi economía, o algún poder en este mundo... ¿Estará

tratando de robar mis conocimientos, buscará plagiar mi estilo? ¿Se dedicará en horas de desvelo a leer las novelitas, reportar por anticipado y demostrar su mayor sapiencia? Ilusa Raquel, respondía su alter ego: lo más probable es que quiera acortar camino poniendo cianuro en tu café o insecticida para las arañas en el refrigerio de las 10:00.

Tomó el bolso y se dirigió a la salida sin avisar, adivinando el regodeo de la colorina para el informe traidor. Afortunadamente apreciaba mucho una lección dada por su maestro consentido: «Trabaja siempre sin miedo a que te corran; si lo hacen, ellos se lo pierden». ¿Le había servido en su vida laboral? Por supuesto; su primer jefe la corrió, pero hacía tantos años que el hecho dejó de tener importancia. Nunca más otro se había atrevido a tocarla. Cumpló mi función, protejo sus espaldas, hago su trabajo, ¿qué más pueden pedir? Un vestido verde, sí; y después una película de alienígenas. Si no encuentro... rentaré una antigua... y en ese momento, caminando por el pasillo final, escuchó la voz de Javier: « ¿Vienes un momento? »

Ya en la calle apresuraba el paso, furiosa: que vaya a la presentación del programa de la Súper-Secretaria, sí cómo no. Que es un mega cliente y es necesario tomar notas para su nueva campaña... el muy canalla; sabe que es mi cumpleaños... me

tiene contado los treinta y seis... pero eso no lo arredra. No podía dejarme en paz, ¡Claro que no! Y taconeaba con soberbia, hasta que llegó a la zona de boutiques cercana a Publicidad y Más; pero ante el aparador de la primera tienda desapareció de súbito el nubarrón de coraje, y conforme contemplaba tantos trapos bonitos fue calmando su ánimo.

A través de los cristales lucían aquellas prendas pequeñas, en boga por el iniciado milenio.

Tiritas por todos lados, pedacitos de a centímetro cuadrado en los pechos. Faldas de medio metro, como si las fibras sintéticas estuvieran en extinción.

Los vestidos para edad mediana eran carpas inmensas como para refugiarse del sol en el Sahara.

No me interesa parecerme a Lawrence de Arabia, murmuraba; quiero enseñar, pero no todo; ocultar, pero no todo. ¿Qué les pasa a estos zares de la moda? La carne joven la desnudan; la madura la ocultan con lienzos mortecinos, como para mujeres muy viejas... ¿desearán meternos en sarcófagos, y ya? ¿Y las que empezamos realmente a vivir? ¿Y las que ya descubrimos el mundo y la propiedad de nuestros cuerpos tardíamente, además de las turgencias de nuestra alma?

Recorrió con la vista, con la mano, con los pies, cada pasillo lleno de estantes y vestidos de todos los negocios del área comercial; estaba entontecida, había escudriñado cada rincón y detrás del cristal de todos los exhibidores. Cuando se iniciaba el

crepúsculo estaba intensamente hambrienta, sus zapatos tenían polvo, sus pies punzaban de dolor y no había realizado su insignificante sueño. Se daba por vencida cuando vio un traje sastre de color lapislázuli, puesto en el último aparador de la última tienda y sobre una muñeca rígida, de cabellera castaña y elegante. Por lo menos, la muñeca no tenía la desfachada postura de las nuevas modelos. Al menos, no exige la flacura indecible, la estética bulímica del siglo veintiuno. La falda era a media pierna, pero con una abertura generosa atrás; el saco, con un escote en «V» bastante sensual. Un cuello pequeño, estilo oriental ribeteado de satén brillante que le da un estilo de cóctel.

Uy, Virgen de la Concordia... sería el colmo de la perfección encontrarme «zapatos y bolso del mismo color», y como remate un galán esperando a la salida del probador, listo para pagar.

Sí, encontró uno a su medida. En efecto, le quedaba muy bien. Como los anhelos perfectos nunca llegan, lo único fallido en relación a su sueño era el color, pues no había modelo en verde. Suspiró porque hasta esa disfunción resultó exacta. Todo era lógico: no hubo galán rico sino la modesta fuerza de su cuenta personal. Hacía cheques de poca monta ocasionalmente, y ahora pagaba el vestido firmando uno a mano temblona y con la esperanza de no sobregirarse, preguntándose de qué serían los sándwiches a comer durante la

quincena, en caso de que los pesos remanentes de su cuenta alcanzaran para comprar pan.

Rita Hayworth llevaba una melena rizada y un vestido strapless cuando su famosa escena volvió locos a los soldados, en la guerra. De estar agachada, se echó a la espalda la cabellera con tanta gracia que hizo historia. Quizás por esa referencia infantil que su madre le contaba decidió soltarse el pelo, sentirse como Rita y caminar hecha una reina por la acera, bamboleando la bolsa de papel conteniendo su vestido azul, iba cansada y feliz, consciente de la fugacidad del momento y de su oligofrenia ante la convicción de que un vestido nuevo puede fabricar felicidad. Contoneaba el paso aun sabiendo que para aquellas actrices de traje sastre con hombreras, brillitos en el cuello y ojos de mar profundo como Maureen O'Hara, ya no había miradas de admiración. Hoy los hombres se derriten por esqueletos cubiertos de piel suave y trapos pequeñísimos... De pronto, al ir taconeando y después de sólo dos minutos de regocijo, casi se detuvo en seco. Uy, las cinco y media... La Súper Secretaria, la reunión a las siete, Javier y su encargo... Dios mío, tengo que ir... aunque esté desecha...

Tomó un taxi entonces, porque imposible desandar todo lo recorrido sin derrumbarse en el camino; desembocó su desconsuelo en el café de enrejados verdes donde saboreaba el capuchino de sus pintas, cerca de la editorial y de su auto, miró

con simpatía al mesero adorable que le servía con tanto afecto y fue al baño de señoras. El vestido era también milagroso, pues en el bolso no hizo una sola arruga. Limpió su calzado, cepilló su cabellera café oscuro y restauró su maquillaje. Sí, la palabra era restaurar, porque entre las lágrimas que quisieron salirle al recordar el compromiso y el gesto de cansancio, su rostro había quedado cenizo, como las ruinas de Pompeya.

Al salir interpretó su apariencia en el gesto boquiabierto del mesero quien, cuando pidió el capuchino, por estar mirándola no la escuchó. Hubo que repetir la orden para volverlo en sí. Después de cuatro sorbos y la ingesta de cafeína, empezó a sentir la vida fluir por sus venas, a mirar en positivo aquella reunión de lucimiento-trabajo a la que debía aplicarse, como buena asalariada. Se retiró con gesto altivo y alcanzó su auto en los alrededores para cumplir con el deber malsano de defender la empresa gracias a la cual llevaba una vida miserable.

Era la dirección correcta y asimismo el edificio que le había descrito el horrible jefe; casi se le doblaron los tobillos cuando hundió los zapatos en la alfombra color camello de la recepción. Era una construcción de un sólo piso mitad sólida, mitad cristales de un ahumado claro y marrón. Había mujeres y hombres elegantes, de diversas edades;

meseros sirviendo café, refrescos y además una barra donde se exhibían galletas de exquisito aspecto; sillones mullidos, mesas cúbicas y pequeñas donde algunos habían puesto sus tazas, de grabado chino.

Se miró asombrada en el reflejo de los cristales y gracias a la penumbra del exterior: ¿Qué habría sido de mi eterno despiste si no me compró el vestido lapislázuli? ¿Si no se me ocurre limpiar mis zapatos y polvear mis mejillas? ¿Alguien se hubiera dignado a mirarme en ese salón lleno de presumidos? Pero qué gente más estirada...

—¡Señor Robledo! —dijo de pronto, con hipócrita alegría, y se acercó al grupo donde había visto al Súper Secretario, jefe en aquella glamurosa oficina de servicios de Gobierno que, por razones metafísicas mandaba diseñar sus campañas de difusión a Betancourt. Robledo giró su cabeza de canas espumosas, su cuerpo robusto y de apetito siempre en busca de control. Sonrió ampliamente y atrajo la atención de los demás sobre ella.

Señora Verno, qué amable al aceptarnos la invitación a pesar de lo abandonados de cortesía que los tenemos; usted comprende mi ocupado tiempo, ¿no es así? Permítame por favor, presentarla a los caballeros. Señores, ella es una brillante agente de nuestros publicistas y promotores...

Y de Raquel surgieron amabilidades mecánicas, como las aprendidas, por supuesto, en las películas,

porque en su solitario hogar de niña nadie se las había enseñado. Daba por atendidos a todos, los cinco nombres recién adquiridos para su directorio laboral —nunca aprovechaba sus relaciones, pensarlo, siquiera, le parecía deshonesto— cuando en medio de una frase y a través de las siluetas, reconoció una mirada de tono claro detrás de unos lentes dorados.

Estaba de pie, recargado en el quicio de una puerta de cristal —uy, sí, todo era de cristal por dentro, se reflejaban los rostros, todos los metros de alfombra, las mesas cúbicas y ahora la silueta de aquel hombre, recién identificado—, tenía un vaso en la mano derecha y la miraba de frente, esperando el momento oportuno para acercarse. Ella, con un rayo de emociones entre los pensamientos.

Era Heathcliff.

Gregory, El Magnífico.

El holograma de sus catorce.

Y llegó cuando Robledo le llamó... «para presentarte, Roberto, a la señora Raquel, viene en nombre de Betancourt, quien diseñará la campaña para la nueva estrategia de servicios. Roberto Megrán, casualmente, es el Subsecretario, señora Verno, él puede apoyarla en mi ausencia»
—Encantado Raquel, bienvenida.

Escuchó ella su voz masculina de tonos suave, que irradiaba discreción. Cambió de mano el vaso, extendió la otra mientras hablaba y al hacerlo, en

clara y desolada convicción, pudo ella ver su argolla de matrimonio. Mano fría, mirada cálida, aunque distante. Un toque de soberbia detrás del gesto amable.

¿Cabello como oleaje agresivo de mar? No, más bien de playa tranquila en verano ardiente. ¿Armadura de caballero medieval, es lo único que le falta? Cálmate, Raquel, tu pasión por la cursilería te hará temblar. Sí; mis piernas tiemblan... estoy tan cansada, es que estoy muy cansada...

Encantada y con permiso, dijo, en súbita lucidez. Encontró a lo lejos una imagen conocida: la señora Marino, la asistente con quién conspiraba para comunicarse con Robledo cuando Javier la hostigaba para que consiguiera cualquier favor o preferencia para la empresa... «¡Señora, buenas noches!» Y Raquel sonrió como una princesa mientras se alejaba del grupo de hombres. Más de dos ojos se fijaron en sus pantorrillas, ella lo supo. Y la lucha contra la visibilidad de su temblor fue entonces feroz.

Llegó con la Marino, le hizo conversación por quince minutos hasta que comprendió que no era posible presumir de nada platicando con una secretaria. Entonces volvió con Robledo en un momento en que estaba solo y desplegó una sabiduría sobre la simplificación de los trámites que la Secretaría ofrecía, como nunca hubiera imaginado; no supo si porque deseaba que un ser inteligente descubriera su valor, o porque

simplemente eran conocimientos que había adquirido en el fragor de los múltiples niveles donde era comodín de sus jefes y ahora podía mostrar en libertad. El mesero pasó con la charola y aceptó un café; era colombiano y aderezado con licor de amaretto, cuya delicia le salvó la vida. Al segundo sorbo dejó de temblar, Al tercero y con la mente más clara, comenzó a reír con un relajamiento extraño. Y cuando Robledo empezó a deslizar la mirada de su cara hacia abajo, hasta su escote, Raquel escuchó su alarma exigiendo retirada. Otra vez, como una princesa; de nuevo la graciosa huida. Una vez más Marino, que ahora conversaba con un hombrecito canoso y cálido, como un San Nicolás encogido.

No podía más, no lo buscó con la mirada por la imposibilidad de controlar el babeo y la boca abierta; pero sabía que Gregory, es decir ahora «Roberto», había estado cerca siempre y la miraba de arriba abajo insistente, con un pésimo e irritante disimulo. Ay, Dios mío, sentía Raquel con todas sus neuronas; cómo mi inteligencia se vuelve mantequilla, si hasta tiene nombre de galán — novelita «Bo».

Benditamente, el coordinador de la reunión llamó a todos al salón de juntas y pasaron a buscar lugar en la gran mesa de cedro para el caso. A la hora de comenzar la exhibición del proyecto para los nuevos servicios, por cierto expuesto con técnicas cibernéticas de última y por una ejecutiva cercana

a Gregory —tenía que serlo, ya que buscaba su aprobación con la mirada—, se refugió cerca de Marino y no quiso saber más. Se quedó quieta y hundida en una de aquellas sillas ejecutivas, al extremo de la mesa. Cruzó las piernas mientras bebía la mitad de aquel sabroso —uy, muy sabroso— café colombiano y ahora recordaba, incidentalmente, que el amaretto que sentía en el paladar era vino de verdad; habían vaciado por lo menos una botella en la gran cafetera. Luego, después de un trago leve y al bajar el recipiente de porcelana con motivos chinos, vio al hombre-holograma devorando con los ojos sus hombros y senos. Luego, los alzó para mirarla de frente y sin recato.

Ella deseó tener el aspecto de Bette Davis cuando se emborrachaba, quien no perdía su retadora mirada. Pero tuvo de pronto la impresión certera de tener un aspecto no más allá de Silvia Pinal en *El inocente*. Pero, ¿sabes qué, Raquel? Dijo, murmurando con sus pensamientos: No te dejes intimidar, aunque no puedas caminar de susto.

Permaneció con el gesto indiferente —al menos fue el intento— y dos segundos después de terminada la exposición, echado el ánimo al hombro se levantó decidida, enfiló hasta Robledo y le mintió sobre urgente compromiso, el tiempo justo para llegar, con las frases de despedida más diplomáticas que recordó de todo su repertorio de cinéfilo. Pasó frente a Heathcliff-Roberto como si

no estuviera en esta galaxia y salió con el paso que hiciera verle el vestido azul lapislázuli, como la capa de armiño de Isabel Primera de Inglaterra.

¿Qué remedio le quedaba si llevaba el corazón desbocado en el cuello? No podía esforzarse por menos, si el pensamiento estaba nulo; si sus rodillas casi no obedecían a su cerebro. Y además, en el pasillo hacia la puerta, ocurrió el colmo: la mujer con cabellera de crepúsculo estaba allí, ¡estaba allí!, sentada y en conversación agitada con otra mujer ejecutiva, tan añosa como una matrona jubilada. Se explicó todo en un instante.

Alcanzó la acera, la calle, su automóvil medio viejo. Arrancó y antes de tomar velocidad miro el reloj: las nueve. A las cinco cuadas, aminoró la marcha y se estacionó en una esquina, a esperar el sosiego.

No puede ser... No puede ser. La voluntad, señor, la voluntad se me escurre por los talones frente a este... este... Es un bribón elegante y qué lástima Dios mío, cómo es posible que fuera yo capaz de olvidarme de quién soy y qué quiero en la vida, por sólo un abrazo de amor de este hombre surgido del recuerdo y mis anhelos más mentirosos. Cuánta incapacidad ante la realidad mediocre que me rodea; de dónde sentir que el mundo tiembla nomás porque me saluda un hombre bien vestido y me mira como los galanes de las películas.

Mejor me quiero morir...

Esa noche lloró mientras dormía. Nunca recordaría sus sueños, pero fueron relativos a sus más profundos sentimientos de desilusión y desdicha.

IV

Había llegado temprano todos los días, situado a tiempo los reportes de las novelitas en la base de datos; revisado con gran cuidado la redacción de todos los folletos publicitarios requeridos y aun así, Javier azotaba puertas de toda la oficina para que ella no dudara de su resentimiento. Asimismo, golpeaba su mente con frases irónicas, cada vez que le dirigía la palabra.

La oficina se había convertido en un calabozo medieval. Un carcelero iba, otro venía y ella sólo imaginaba las sombras y sus pasos para la puerta de su celda. El silencio era siniestro; las dos asistentes, parecidas a madera del escritorio, estaban enfermas; la mujer de colores se ausentaba como el saco raído de su jefe: un día sí y otro no. Estaban solos, Javier y ella, con todo el trabajo. Betancourt dormía siesta sentado la mayor parte del tiempo, con los pies sobre su escritorio, para reponerse de los alcoholes nocturnos.

El viernes decidió enarbolar bandera blanca y hablar con Javier. Desde su llegada buscó en su mirar el estímulo para lanzar una frase conciliadora. Pasaron las horas y no se daba; sólo

los portazos. Al filo del cierre, antes que perder la esperanza se lanzó a ciegas, entró suavemente, sin tocar y con gesto amable.

— ¿Ya te sientes mejor? —dijo el confirmar que no la echaría con un ademán despectivo.

— ¿Debería sentirme mal?

—Sí, Javier estamos agobiados. ¿Por qué no contratamos personal que realmente nos ayude?

—Porque no tenemos presupuesto, reina; como si no supieras.

— ¿Y la secretaria inútil esa? ¿Por qué no la cambiamos?

...Yo nada qué ver, le dije al jefe.

—O bien, si hay dinero para ella, porque no...

—Raquel... tengo mucho trabajo... por favor...

—Quiero hacer las paces, quiero apoyarte porque esa es mi labor; vengo a ofrecerte ayuda, no a pelear.

—Tú ya sabes cómo puedes ayudarme; pero no quieres. Raquel bajó la vista. Se había sentado orillada, en el sillón de las visitas. La expresión de su cuerpo no era insegura, sino de repulsión. Él lo sabía, ella sentía que lo sabía y eso agregaba un vaho de coraje en el ánimo de ambos. Se clavó las uñas en las palmas y sin embargo levantó suavemente las pestañas, para contestar.

—Te estoy hablando de trabajo, Javier.

—Yo también; y si no puedes corresponderme, mejor ve buscando otro acomodo, porque esta situación es muy violenta.

Raquel nunca lograría explicarse cómo hizo para levantarse lentamente y salir de la oficina de Javier con tanta tranquilidad. Cómo pudo guardar silencio con sus labios, con su razón y cerrando el alma a toda emoción. Sin embargo, logró sólo llegar hasta la puerta del baño y al tomar el picaporte para entrar, su rostro se descompuso en un puchero. Cuando llegó al espejo y se vio, quizás en el cuerpo de otra mujer hubiera sonreído, con pena ajena.

No tuvo tiempo de acordarse de heroína alguna de las películas, para suavizar la brutalidad del momento. Ocurre que no se usan todavía las víctimas guapas; los piropos no se rechazan, Raquel, no llores. Y se repetía con rabia la última frase. Sin embargo, salieron unas lágrimas de sus ojos; sintió los músculos de su rostro congestionados y un deseo de vomitar que le salía del corazón, no del estómago; por eso no pudo hacerlo. Una desventaja era no poder desatar la ira; hubiera conseguido cierta tranquilidad si, por ejemplo, estrellara el espejo con un zapato. No se atrevió. Tampoco podía permitir que aquel camello la viera con los ojos hinchados y la mirada triste por su causa. Así que dejó pasar uno a uno los segundos, los minutos, hasta que aquel remolino de indignación se suavizó.

¿Cómo habrá caminado Cleopatra cuando supo que su imperio estaba amenazado, que Julio César había muerto y la dejaba sola? ¿Cómo habrá equilibrado

un paso digno, a pesar de saberse derrotada? No con el bamboleo de los senos de Liz Taylor, por supuesto, o su aspecto nada edificante de boba inmadura. Hay clases, hay niveles.

Se empolvó las mejillas ante el mismo botiquín del baño; había ido por su bolso, cerrado su escritorio y su pequeña celda de calabozo. Se repuso el blush, alisó la falda, que siempre llevaba a cinco centímetros debajo de la rodilla — en nostálgico honor al estilo de los 40—se cepilló el pelo para recogerlo de nuevo en la nuca y dejarlo caer a su espalda, suavemente. La puerta del toilet estaba al fondo del pasillo; para salir tenía que pasar frente a la oficina del jefe. Pisó con naturalidad, de tal suerte que sus pasos se oyeron agudos por el taconeo, pero tranquilos. Transitó sin voltear y con la barbilla a una altura natural. Por fortuna, la puerta de salida era de madera; en el colmo de la suerte, tenía un picaporte al centro y eso obligaba a un ángulo de acción mayor, al cerrarla. Así que la azotó con toda su fuerza tras de sí, para que se diera el golpe en todo el edificio.

Esa noche recibió una llamada de Rosita promoviendo salir juntas. Eran casi las diez y, aunque se escuchaba tranquila, fue imposible para Raquel hacerse el ánimo de soportar una conversación sobre problemas insolubles y tan antiguos como la tristeza del desamor.

—No puedo, querida; tengo que salir, pero ya, a una muestra de libros españoles; tú sabes, una exposición de esas de salón, donde obsequian vino y canapés... y eso que estoy a dieta, qué flojera. Asuntos de trabajo; luego te cuento.

Qué mentiras, Raquel, qué bárbara, se dijo al colgar mientras el remordimiento la convertía desde las manos, los brazos, el cuello y la cabeza, en una bruja de nariz verrugosa. Como si semejante glamur tuviera algo que ver con mi vida. Su indefensa amiga requería mucho más de afecto que ella, y lo peor era que en ese momento hubiera sido lo mejor: salir a la calle, en supremo egoísmo, a sentirse bien porque aunque ella no tenía vida amorosa, por lo menos no estaba agonizando de dolor como Rosita. Podía distraerse viendo como ajeno el caos urbano; como una película futurista donde cualquier monstruo podría salir en cada esquina, pero no había temor porque uno trae encima metralletas y granadas, ¿no?, para defenderse de los Javieres babeantes que pretendían atacarla. O incluso podían meterse al cine, aunque fuera tan tarde, a disfrutar una película de amor de acuerdo al tercer milenio; con entregas desafortunadas y totales en desnudos groseros, pasiones que se agotan en dos horas y con un perfecto extraño, al que las heroínas vuelven sólo para enterarse de que es un agente secreto en misión suicida y le recordarán para siempre como el amor perfecto; o bien se lo borrarán de la

memoria con frialdad supina, como buenas hembras maquinales y adaptadas a su tiempo.

Cualquier cosa era preferible a quedarse allí ahora, en su sillón comprado a plazos, con una caja de pañuelos desechables, viendo de nuevo —con una montaña de palomitas bajas en grasa acabándose entre sus dedos— la versión Greta Garbo de *La dama de las camelias*. Era un buen pretexto para llorar, el mejor de la vida. Y lo hizo sin recato cuando el padre de Armando le ruega a Margarita que lo deje, por su bien; y cuando ella muere, Dios mío, qué certeza tardía de ser gemelos de alma y sin embargo, tan distantes en su realidad amarga. Qué delicia, llorar sin freno; qué alivio desagobiar el pecho, por ejemplo, de la impotencia-mujer ante el poder del hombre.

Sí, qué alivio llorar sin límites; pero no era lo más saludable para la supervivencia.

Así que a la mañana siguiente, un sábado de cielogris, en el cual el sol seguramente daba calor allá, sobre las nubes de humoniebla, salió en jeans y su saco color obispo a caminar por las calles cercanas, a comprarse una camiseta en el mundo de puestos de usado, junto al centro comercial de su colonia. Caminar hasta caer rendida, sí, castigar sus pies mientras las neuronas trataban, en el departamento defensivo de su inconsciente, de encontrar la solución para salir de aquella trampa de ratas libidinosas en que trabajaba y poder vivir.

Las camisetas serán de colores desagradables, buscaba una roja, de tejido ligero y enorme, que le permitiría atraer sólo eso cuando se levantara en domingo. Sin embargo, tuvo que conformarse con una color verde, de tono tierno, que tenía un ramo de margaritas en el pecho. Al volver a su auto y buscando las llaves, metió la mano en el bolso del saco y encontró la tarjeta de Sara, la mujer amanerada, de melena imposible y ademanes exquisitos que contara sus amores bíblicos, ¿Por qué no? Una desvelada platicando con una extraña no era mal destino para un día lleno de desolación, aunque el sol brillara en todo su esplendor en alguna parte del infinito, ajeno a la sombra de su realidad urbana.

Llamó sin concentrarse realmente, a todos los teléfonos de la tarjetita: se ostentaba escritora y maestra particular de yoga; habló a su domicilio, a su estudio, al celular. Finalmente, después de dejar un recado en alguna máquina, ella se reportó. Era caída la noche. Quedaron de encontrarse en un punto equidistante de sus respectivas viviendas.

Esta vez iba vestida de largo y blanco, con unos broches de fina madera en el cabello, que lo recogían sobre las orejas. Encima una gabardina de lana gruesa, bastante envejecida y que a Raquel le recordó las de su abuelo, aquellas que guardaba desde los años de lluvia limpia, cuando lo elegante para el hombre era usar sombrero de fieltro y algo

decente y fumar el cigarrillo de lado. Sostuvieron una plática superficial por muchos minutos.

Una borrachera juntas no significaba confianza auténtica, o deseos ciertos de construir una amistad. Sin embargo, ambas percibían la atmósfera tranquila que se forma en el encuentro amistoso; esa seguridad de estar frente a alguien con suficiente madurez como para contarle un secreto. Después del tercer cigarrillo, que Sara fumaba con una bellísima boquilla de coral, después del segundo café con negro licor de la misma esencia, después del segundo rodeo sobre el clima, Sara se decidió a entrar en materia.

—Debes estar muy sola —dijo. Tras un chorro de humo lento y sensual— para animarte a hablarme a mí.

— ¿Qué tiene de particular? Me gusta hacer amigos.

—No mientas, prefieres la soledad y se te ve a kilómetros.

—Mira, tú no tienes aspecto del líder de masas.

—Bueno, al menos me siento bien en las fiestas; cuando tú llegas comienzas a contar los minutos que faltan para irte.

—No, Sara. En una reunión donde estoy con amigos, siempre disfruto; pero tienen que ser pocos y escogidos.

—Es lo mismo... ¿cuáles amigos?

— ¿Trabajas en una editorial Sigma?

— ¿La empresilla de la fiesta aquella? -Nada que ver. Me invitó una compañera a quién ellos editaron una novela. Por cierto, horrible diseño, pésima encuadernación, le robaron toda la edición y todavía les rinde pleitesía. Yo por eso prefiero editar mis propios libros.

—Así tendrás de dinero.

—Sí.

—De cualquier modo quiero agradecerte, por eso te llamé... que me ayudaste aquella noche a librarme del acoso de un tipo. Es una pesadilla.

—Por favor, hija, qué clase de garrapata puede ser para no aceptar un desaire; y sobre todo, que tú no lo puedas mandar al carajo.

—Pues una garrapata sí es, Pero hay un detalle insalvable: es mi jefe.

— ¿Y quién te tiene trabajando ahí?

—Ay, ahora eres tú la ingenua.

—Yo no dije que eres ingenua.

—Peor tantito... ¿pendeja, entonces? Tengo dos caminos, ¿no? Aguantarme o renunciar.

Me aguanto porque no me da mi ganas irme, ¿darle gusto, al muy cabrón? Necesito el empleo, ¿crees que vivo de aire? Y si me voy sale igual. Es humillante soportarlo y es indigno que me vaya.

Sara guardó silencio; era un razonamiento lógico. Las dos quedaron quietas; Raquel cabizbaja, recorriendo con el dedo índice la orilla del plato del café. Sara miraba sobre el imaginario horizonte. Estaban en un restaurancito o restaurantico

concurrido; era un bonito barrio, lleno de gente y automóviles, iluminado a medias y que a pesar del bullicio se prestaba a la conversación íntima.

No tengo mucha tela en mi vida para aconsejarte, hija; habló al fin, encendiendo otro cigarrillo. Siempre fue ese mi problema; decir que no era igual a decir nada y luego, al confirmarlo en el rechazo abierto, los galanes enfurecían y me hacían la guerra. Una vez me vi obligada a darle un bofetón a uno, delante de todos sus amigos y compañeros de trabajo. Me costó el veto de los periódicos en que escribía.

—No me digas... pues a buen árbol me arrimo.

—Sí, corazón —dijo Sara, con un gran suspiro.

—¿Tú escribías en periódicos?

—Uy, no sabes. De los periódicos me fui a las revistas; columnas eróticas. Hubieras visto todo el dinero que me pagaba.

—¿Te pagaban?! Eso sí no te lo creo.

—No te burles, muñeca... me faltó decirte que las revistas eran de mi hermano, los periódicos, de sus amigos, y ni por eso me dejaron volver a entrar. Hasta mi hermano se hizo aliado del pinche fauno.

—Oye, no me levantes el ánimo, de veras no lo necesito.

—Hay un truco que si funciona —dijo Sara, a boca de jarro.

—Soy toda oídos.

—Búscate un galán y embárraselo en la cara. Pero tiene que ser uno mejor que él, no un monigote cualquiera.

—Créeme... un monigote cualquiera es mejor que él.

—Eso lo sabes tú; pero él no. Tienes que buscarte uno que le saque ventaja con dos automóviles nuevos, diez centímetros de estatura, seis kilos menos y, si se puede, también diez años.

—¿Y de dónde saco ese ejemplar?

—Ah. Eso sí no te lo puedo resolver.

—Si me encuentro uno así, adiós problemas.

—Ay, niña... ¿cuántos años tienes? Pídele a alguien que haga el teatro, un geisho que sea tu cuate.

¿Cómo en las películas? No, me suena cursi... y pensándolo bien, a lo mejor arremete más, por orgullo. Quizás si finjo interés, se va: un acostón, aunque me muera de asco y santo remedio.

—¿Tan mala eres en la cama?

Raquel se puso roja; hizo una breve pausa antes de comentar, con risa nerviosa.

—Si le finjo amor se va más rápido, ¿qué no?

—Ay, mi vida... si le finges amor, La que se va eres tú: Te va a correr.

—¿Será capaz?

—¡Por supuesto! En eso, todos son unos cabrones, preciosa. No; la mejor solución es el galán tipo diez.

Me la pones fácil.

Se hizo el silencio; había una música de fondo muy tenue, que apenas dejaba filtrar sus notas de piano entre las voces. Comenzó a lloviznar. Ambas pensaron en que eran las últimas gotas del verano. Pronto el frío bajaría de las nubes y aposentaría en la tristeza de las calles, atestadas y sin embargo empaçadas de soledad y angustia. La gran ciudad se agudizaba afuera, las luces de los autos se multiplicaban debido al tráfico.

Era aún temprano. Sara comentó algo sobre unos hombres de mediana edad que hacía rato las observaban. Como yo no tengo ya nada que explotar, es obvio que el blanco eres tú le dijo. Raquel sonrió con tristeza y ni siquiera tuvo curiosidad por hacer un diagnóstico sobre el dato. —Eres divorciada, ¿verdad? —preguntó de golpe a Sara.

Sí —dijo Raquel.

Tomó entonces su bolso, sacó la billetera; su nueva amiga le dijo que ella pagaba, que total eran puros cafés con licor. Ella dijo gracias; se besaron en la mejilla y se prometieron llamadas en la semana. Ambas supieron, también, que pasaría mucho tiempo, imposible de domesticar y lleno de dificultades que dominaba el monstruo urbano, para que pudieran verse de nuevo. Sara se quedó sentada; Raquel salió y se cubrió el rostro de la llovizna con su bolso. Mientras llegaba a su auto.

V

Sonó el teléfono rojo de la mesita, junto al sillón de ver películas y llorar. Era de plástico y lo había comprado por la forma de corazón, tan cursilona, de sus teclas, además era pequeño y eso daba lugar para la caja de pañuelos desechables.

Se lavaba los dientes con movimientos veloces, por lo avanzado del reloj y porque era lunes; la movía el reflejo del asalariado: lunes de volver corriendo al suplicio. Debió contestar con la boca llena de espuma: «Uh bobedito...»

Había llamado Javier para indicarle que tenía una cita en la Súper Secretaría, a las nueve:

«Betancourt no puede ir, amaneció enfermo; es una visita de cortesía, tienes que presentarte como emisaria entre los licitados para su campaña de nuevos servicios ciudadanos; te darán un documento identificador o un gafete, para exponer la propuesta en la reunión para el caso. El encargado se apellida Rubio y es todo lo que sé».

Quizás a Javier le daba gusto mandar a Raquel a ocuparse toda la mañana en un trabajito sin chiste; probablemente pensaba que con eso la humillaba, le recordaba que mandaba él, al menos sobre su

sueldo, sobre las acciones de sus días en la oficina. Probablemente él creía que eso a ella le dolía; pero en realidad Raquel se alegró, aunque colgó de mala manera. No era grato ir a territorios casi desconocidos a buscar personas cuyo nombre completo no sabía; pero podría tomar el café sin prisa, ponerse el rímel con calma, sin embarrarlo por todos lados: traigo ojeras de vampiro, murmuraba ante el espejito, pasando el cepillo por sus pestañas, con los ojos muy abiertos. Gary Oldman nunca se vio tan feo como Conde Vlad, frente a Winona. Detuvo el vaivén de la mano cuando recordó que, precisamente en esa oficina, trabajaba su Gregory guapo. Después de un instante, bajó los aperos de belleza y miró al vacío. Lo hizo con preocupación, pues el recuerdo le produjo un pequeño vuelco de emoción.

Estará allí, pero... ¿seré tan estúpida como cuando a los quince me conformaba con ver pasar por la acera al galán de la esquina?

Bebió un sorbo caliente; estaba ante la mesita de su minúscula cocina que era sólo para dos, sentada en un banquito alto y con los tacones apoyados en el travesaño.

¿Será incurable esta estulticia de soñar despierta?

Terminó el café tan despacio y con tal fruición que el reloj se fue de paso, y luego el corazón golpeó de nuevo, como cuando se cepillaba los dientes.

Me imagino que eso de ensoñar con un varón hermoso comenzó —murmuraba en su mente,

vestida con su mejor traje sastre, mientras se alisaba la falda y se daba un último vistazo al espejo— en la Guerra de Troya. Porque Helena debió hacer un bizco de satisfacción cuando vio a Paris; no de balde se animó a dejar a Agamenón por él, aunque se achicharraran todos. Aunque eso es literatura... Y ya corría escalera abajo, hablando casi en voz alta. Y ni siquiera eso, sino epopeyas bélicas, nada qué ver con el amor o con suspirar por los príncipes. Las cosas serias tienen que ver con la guerra. No con los besos del par de idiotas que se enamoraron entre grandes caballos de madera. Este aferrarme al espejismo debe ser la influencia de las novelitas que escribe Fiona Evelyn Bo, la autora colombiana de best sellers de esquina que pronunciaba Betancourt; por cierto, otrora y aunque fuera por un fin de semana, también había sido su novia.

O probablemente —hablaba y forcejeaba con el encendido de su auto, que no terminaba de responder— es por lo mal que me sentí como estudiante, desentrañando heroínas desahuciadas leyendo a Tolstoi y Camus; preferí quedarme en una inocencia de película antigua.

¿Dónde están las mujeres, caramba? Y ahora sí estaba enojada, porque el motor no arrancaba; ¿dónde están? se dijo, abandonando la lucha en un suspiro profundo y supervisando el estado del maquillaje en sus ojos, en el retrovisor. Las que se enamoran de los hombres que no representan

sueños de niña, ni galanes de cuentos que juraron ciertos; o simplemente las que no esperan nada, sino que son felices dándolo todo. ¿Qué mujeres son éstas? ¿Quién las inventó? Los hombres, digamos. ¿Y qué inventaron las mujeres? ¿Los Gregorys guapos? Los hombres esperan mujeres que no existen; las mujeres, hombres que no existen. Qué horror, la única forma de resolver eso rotundamente, es un convento...

El auto no prendió. Debe ser castigo porque estoy blasfemando, se dijo, mientras veía cómo un hombre joven, de facha cercana a un sabiondo universitario, sólo que sin barba y bañado, se reía descaradamente de ella, recargado en la pared. Algo habló y ella bajó el cristal:

— ¿Qué dices?

—Es el motor de arranque, está fuera de tiempo o algo así... yo me quedé sin gasolina —y señaló a un auto todavía más viejo que el suyo, estacionado en la acera de enfrente— Raquel salió, a punto de sudar y estacionada en el estrés. De su mente huyeron los pensamientos. Su cerebro, como el de Sahara... Pues no voy a la Súper Secretaría— renegaba para sus adentros— y el hombre-holograma, Betancourt y Javier, al carajo. Ignoró al prófugo del aula, empezó a caminar despacio, como en una tarde otoñal en Central Park, en una actitud de escape, como si tuviera tanto dinero que su vida consistiera en contemplar obras de arte y

beber vino blanco en compañía de homosexuales sabios y cariñosos-

—Oye, ¿no quieres un aventón?

— ¿Eh?

—Te llevo, estoy esperando a mi chava, que fue por gasolina.

—¿Mandaste a tu chava por gasolina?

—Uy, no la conoces. Se manda sola. No tarda, si quieres te llevamos.

— ¿Cómo sabes si voy hasta la Tierra del Fuego?

El muchacho bajó la vista, indeciso, y cuando la miró de nuevo tenía una gran sonrisa. No debes trabajar lejos, diario llegas media hora después de la salida.

Uh, ahora resulta que somos vecinos y nunca te había visto.

Hablaban de lejos, no pudo evitar sorprender al muchacho en una barrida de diagnóstico, con la mirada. Eso le molestó y estaba por decirle que no, gracias. En eso, vio a lo lejos una muchacha en jeans, con pelitos rubios y esquelética, como Mia Farrow. Venía sonriente, cargando un galón de líquido ámbar.

—Ya estuvo, ahí viene —dijo el prófugo— Tú sabes si aceptas, vamos hacia el norte Y supongo que tú también...

No tuvo más remedio porque cuando vio el reloj ya eran las nueve menos diez. Quería asustarse por ser tan incumplida con los jefes, pero no lo lograba pues a pesar de todo, Betancourt era irrelevante en

su vida, mientras el estudiante, por cierto de nombre Ángel, trataba de volar en su carcacha. Mía la miraba sonriente, tenía una expresión expectante y nerviosa, como gata al acecho.

— ¿Trabajas mucho? ¿Eres jefa de algo? ¿Tienes novio? ¿Qué estudiaste? ¿Hace mucho que vives en este edificio? ¿Tienes hijos?

Raquel contestaba sí, no, no, literatura, un año y pico, no... le rogaba a Dios llegar pronto para que aquel suplicio terminara. Al arribo de su destino dio las gracias, juraron los tres tomar café reunidos en alguno de los dos departamentos, se despidió y entró volando al edificio de una planta y mitad cristales que ostentaba desniveles sin fin y parecía no terminar, convertido en un laberinto donde no encontraba al mentado señor Rubio. Nadie lo conocía, al menos en esa ala del edificio. Entonces preguntó por el departamento de publicidad y le dijeron que el nombre del jefe era Ruiz, no Rubio, que hoy no había asistido a trabajar.

Así que se encontró de pronto perdida en un mar de estatuas con aire de poderosos o indiferentes y no supo qué hacer, si volver con las manos vacías o insistir en hablar con aquellos burócratas intratables. Lo más inmediato era acudir, en efecto, al área de promoción y preguntar por la secretaria de Ruiz, y después de caminar mirando —sin ver— los rostros, se detuvo en un espacio decorado con muebles color caoba, donde una hermosa secretaria atendía frente a una puerta de

madera con labrados modernistas. Aquella muchacha, de pelo impecablemente negro, ojos oscuros, grandes y una piel como leche, le quitó el aliento porque parecía un retrato vivo de Verónica del Valle, la novia de Archie.

Abrió la boca para preguntarle por «la secretaria de», y de pronto apareció el hombre- holograma. Salió de la puerta modernista e interrumpió el diálogo no iniciado, dando órdenes y entregando papeles, alisando su pelo desde la sien hasta la nuca con la mano izquierda y mirando en forma un poco impaciente a «Verónica», mientras ella le pedía aclararle, si es tan amable, las precipitadas órdenes. Llevaba un pantalón gris de caída perfecta y corbata color azul mar, con las mangas de la blanca camisa levantadas.

—Muñeca, nada más entrégalos y discúlpame porque se me va el vuelo... ¿le avisaste a Robledo de la urgencia de firmar el contrato? —y entonces, sin darse cuenta, volteó a mirar a Raquel, que permanecía con la boca un poco abierta y tan inmóvil, tan rígida, que un soplo hubiera bastado para derrumbarla.

¿Qué la hizo volver a la realidad, cerrar la boca y cobrar conciencia de que necesitaba cuidar su dignidad, cuando aquel hombre le dijo: «buenas tardes, disculpe... ¿tal vez venía a buscarme a mí?»
¿Tanto dolor vivido Hola soledad en que chapoteaba diariamente? «No, gracias —respondió—, buscaba al Señor Ruiz.» Con algún

desconcierto, él dijo Hola «Ah...», y miró fijamente a la mujer de pelo negro-azuloso y en melena exacta. Ella entendió que debía escucharla y el holograma desapareció, justo Igual como cuando ella despertaba de pronto, a los catorce años, esperando sorprenderlo y así tocarlo. La chica de Archie la llevó hasta el área de publicidad y cuando la secretaria de Ruiz se disculpaba: «pero no puedo molestarlo en su casa, ya que está enfermo», Roberto-holograma-Gregory llegó de nuevo, caminando muy aprisa, ahora convertido en maniquí de aparador, de traje gris completo, corbata en su sitio y lentes dorados, ignorando a todos y dando órdenes, interrumpiendo a la secretaria de Ruiz y urgiéndole a hablar con él aunque fuera por teléfono, pues necesitaba estos y los otros datos. Volvió a mirar a Raquel y no hubo sorpresa, la vio como si fuera transparente y esta vez ella empezó a sentir una desilusión que bajaba a lo profundo, como a un pozo petrolero tejano de la película *Gigante*, al sospechar que aquel ejecutivo protomacho era igual que cualquier Javier, sólo que limpio y bien vestido.

La secretaria estaba marcando al teléfono cuando ella, aislada en la burbuja inventada para controlar su coraje y no exponerse al rechazo, dio una media vuelta con el garbo de una bailaora de flamenco y comenzó a alejarse de aquel mar de esclavos finos que no merecían un instante más de su presencia.

El mecanismo funcionó, pues durante el camino hacia el exterior decidió imaginarse frente a las torres oxidadas de los pozos petroleros que poseía Rock Hudson, lamentablemente solitarios, sin el angelical rostro de James Dean mirándola, compasivo. Salió y se quedó paralizada en la acera, viendo pasar los autos en aquella avenida que a esta hora sufría un tráfico monstruoso, volteó a ver de nuevo el edificio, que parecía un palacio moderno, rezumaba dinero y presunción de políticos de pasillo. Terminó de aplastarla la certeza de ser como un grillo solitario después de una tormenta. Entonces Roberto-Gregory salió rápidamente por la puerta, esta vez cargando, con desenfado, a su espalda un portatrajes y un maletín en la otra mano. Dios mío, otra vez no, se dijo, y volvió el rostro rapidísimo para quedar de nuevo como estatua. Luego, un auto todo lujo y color vino se detuvo casi frente a ella, sólo un metro más delante. Holograma-Roberto se acercó disponiéndose a subir, pero el chofer ya había bajado, corriendo, a abrir la puerta. De pronto y volteando hacia el lado opuesto, ella escuchó una frase que jamás hubiera esperado: «Raquel, discúlpeme... en otro momento la hubiera atendido en forma adecuada...» Giró la cabeza, se encontraron las miradas y ella por supuesto, rígida de estupor, no pudo contestar. «Déjeme hacer algo para compensarla —siguió Roberto— ¿vendrán por usted?, ¿quiere que Pedro la lleve a su destino?

Si tiene tiempo de darse una vuelta hasta el aeropuerto, después puede dejarla donde guste.» Por lo visto aquella mañana era la dictada, por el mencionado destino, para las escenas cursis, porque hasta un Ángel había encontrado en su camino. Y por medio del coraje, de la anterior indiferencia, por su orgullo siempre puesto delante de cualquier otra debilidad, ella sonrió igualito que Bette Davis en sus mejores escenas Y subió al auto color vino murmurando «gracias», mientras acomodaba las piernas y se sentaba con toda propiedad.

Fue la única palabra que dijo en todo el camino. No había nada que conversar, estaba molesta y además el temblor de las piernas amenazaba con llegarle hasta el pecho o la voz; porque Holograma-Roberto se las miraba con un disimulo muy barato, Se despidió del ejecutivo con una sonrisa que él no correspondió, se dejó estrechar la mano como si fuera una dama del siglo dieciocho y cuando Pedro la dejó en la esquina de Publicidad y Más S.A. bajó en silencio e hizo un movimiento discreto de cabeza, demostrando complacencia, para que aquel «Jaime» se fuera sin preocupaciones.

Mientras se inventaba en su cabeza frases para explicar a Javier sus manos vacías y guardaba los recuerdos de lo acontecido, subió la escalera murmurando despacio: se acordó de mi nombre, el infeliz... eso quiere decir que me tiene enfocada. El muy petulante... dentro un fauno, afuera un

cordero... cómo le falta para engañarme, con todo y su corbata de Calvin Klein... ¿o será de Dior?

Llegó hasta la puerta de la oficina, nadie la había visto... Estuvo a punto de entrar, pero una voz sobrenatural le hizo a dar un giro y regresar poco a poco, escaleras abajo.

¿Sobrenatural? Sí, porque esta orden de soltar la mano de la rutina, el cumplimiento del deber y los pies en tierra provino de un nivel antes nunca percibido por ella. Por primera vez experimentaba ante un hombre un gozo así, y tan grande era que deseaba no dejar de sentirlo. Aunque fuera el lugar afectivo más común y cursi del Universo. Unos cuantos minutos junto al holograma de su adolescencia, la posibilidad de tocarlo aunque no lo hiciera: había llegado a una meta que creía absurda, sobre todo por el toque melodramático que implicaba en su vida. Porque comprendió que, después de todo, realizar un sueño no era algo tan extraordinario como todos decían. Se puede, si se tiene paciencia. Así que bajó de nuevo a la calle y se dirigió a casa, a recorrer calles o al café con enrejos del capuchino, no importaba. Sólo deseaba prolongar la cercanía de Gregory lo más posible. Nada más para precisar bien el momento; nada más para subrayarlo en su vida. Luego, lo olvidaría.

VI

Lo olvidaría, no se repetiría. Porque —pensaba, aterrada y mientras nerviosamente hacía sonar la cuchara en la porcelana del café— los hombres casados son copas vacías y las divorciadas un vino fácil. Un galán de dos semanas puede resolver una urgencia hormonal y adiós. Vale la pena el riesgo aunque a veces la solución sale peor que el problema. O seguir la corriente a un mentiroso con tal de que me lleve al cine. Engañarme por gusto, pues también; hacerle creer que soy virgen para cuando ya me invitó a cenar y después decirle que «no estoy preparada», hasta dejar buen terreno para ponerse romántica.

Pero esto... sería abrir la puerta a mi desventura. Dios mío. No es posible estar temblando porque se dignó mirarme... así de poco me aprecio. ¿Serán los remolinos estáticos de mi soledad? ¿Autocompasión? ¿Melodrama instintivo, por el gusto innato de llorar que me heredaron mis abuelas? ¿Autoanálisis barato en el que me enredo por gusto?

El café de los enrejados verdes estaba solo. El bello mesero, ausente. En su lugar habían puesto un

bigotón en sus cuarentas que olía a tabaco. Sin embargo, ella flotaba en regocijo, muy perceptible, casi incontrolable, como el oleaje del Océano Pacífico. Pasó una hora y luego dos... era tiempo de comer y el hambre no llegaba.

Se fue a casa.

Se quitó todo y vistió una falda larga, de franela ligera y deliciosa, que al entrar el otoño recuperaba del fondo del closet. Se recostó y cerró los ojos, con la mente libre. Escuchaba las olas, sentía el mar a sus pies, tras su mirada, un nublado benigno provocaba vientos cuyo roce casi sentía en sus mejillas.

De pronto, miró el techo, captó la quietud de la habitación y sin embargo descubrió que la soledad había desaparecido. Se incorporó de golpe y dijo en voz alta: «Qué silencio...es el amor que viene.» Y volvió a tenderse, esta vez con los ojos abiertos. Comenzó a murmurar «no digáis que, agotado su tesoro, de asuntos falta, enmudeció la lira...», «mientras haya unos ojos que reflejen los ojos que los miran...»

«Qué solos se quedan los muertos», pensó, antes de caer en el sueño, cuando la tarde agonizaba.

El timbre del teléfono fue como un leve seísmo. Despertó y la oscuridad era tan envolvente que podría suponerse flotando en alguna órbita celeste.

Pero no. Estaba en su cama, era su cuerpo, su respiración. Encendió la lamparita de mesa. No se fijó en el reloj, el teléfono parecía tener urgencia ultraterrena. Levantó la bocina de los corazones en su salita, y dijo un «hola» dormido, profundo. Del otro lado escucho la voz de Rosita.

¡Era Rosita!, con su conocido tono de infelicidad. Ven, Raquel... me siento muy mal. Alcanzó a sentarse en el sillón de llorar. Rosy con la voz quebrada, luego silencio; Rosy diciéndole que Enrique la había dejado, que esta vez era definitivo. Uy Dios mío...

Y cuando Raquel logró percibir la realidad y comenzó a articular frases, fue por el recuerdo de Roberto Megrán junto a ella, en un deslumbrante automóvil color vino. Y la confundía el entretejido de rostros, de su amiga en lágrimas y el perfil de él con bigote impecable y lentes de oro, sin mirarla de frente y orgulloso, sorprendido de que se hiciera la digna...

—Espérame Rosy, no te entiendo bien... ¿Cómo sabes que esta vez es definitivo?

—Porque es cierto, ¡esta vez es cierto!, créeme...

—Bueno, te creo, cálmate.

Lo contradictorio de sus pensamientos la llevaba del éxtasis a la pena. Comenzó entonces a decir las frases de siempre, como una grabación que ya tenía un siseo envejecido. Eres tan joven, no puede ser que sientas que el mundo se acaba. Vas a volver a encontrar a un hombre atractivo y bueno que te

quiera, Rosy, de veras, no llores, trata de ser fuerte por que sin la vida te gana...

Y con el sonido de su voz el silencio del otro lado se fue haciendo más prolongado, y era evidente que Rosy tenía sueño, estaba rendida en llanto y muy decaída por aquel cansancio amoroso que llevaba ya un peso semejante a cuatro vidas.

Logró sentirla tranquila y luego la oyó colgar, pero el sueño se había ido. La casa, en penumbras, murmuraba su incredulidad, no comprendía cómo su corazón pétreo no lograba conmoverse con el llanto de aquella, tan su amiga.

Debe ser, pensó tallándose los ojos y bostezando, porque ya vi todas las películas de Sara García; porque descubrí todos los trucos de actuación de Dolores del Río y porque Silvia Derbez nunca me arrastró con sus lágrimas fáciles. Los melodramas gringos de hoy, los agoté después de ver los seis primeros. Debe ser también por eso. O porque mis propias lágrimas ya me tienen harta... porque un enamoramiento propio o ajeno, con un poco de esfuerzo, puede verse fríamente desde fuera: Te produce una expresión ausente, capacidad mental para convertir el mundo en un paraíso de luz y bienestar; puedes encontrar belleza en todo lo que se mira y bondad en todo lo que hacen todos los demás.

Sí, es un estado mágico... pero con un soplo de realidad, todo desaparece.

Así que se levantó a lavarse la cara y entonces vio que aun llevaba el reloj en su muñeca. Las tres ¡Las tres!... ¿de la mañana?

Asomó a la pequeña ventana de su recámara, y el cielo estaba nulo. Terminé de dormir, ni modo, dijo mientras preparaba una toalla para bañarse con agua a punto de ebullición, y así dejar que su cuerpo encontrara el centro de gravedad emocional. La sensualidad se convertiría en un abrigo seductor mientras recordaba aquellos galanes de sus años niños, cuando sus senos comenzaron a crecer y sus caderas a redondearse. Aquellos jovencitos tan imbéciles como ella, a quienes revoloteaban mariposas en las pupilas cuando veían a las muchachas, sobre todo aquel Humbertito de cabello ensortijado, moreno y tonto, pero precioso, que la rondaba todos los días al salir de clase y nunca se atrevió a hablarle.

El baño caliente, la toalla anudada en la coronilla estiraba los ojos hacia atrás y ella se juró igualita que una efigie de Cleopatra.

Puso mascarillas en su cara, una tras otra para que el reloj avanzara, pinto las uñas de sus pies con un rosa suave y tallo sus manos con la mezcla de limón, miel de abeja y azúcar que recetaba la abuela Adelaida, según decía su madre. En efecto, la piel quedaba lisa como la mejilla de un bebé.

¡Bebé! Y Raquel levantó la vista, miró hacia el vacío y luego más allá de la ventana, aquella por la que

alcanzaba a mirar un pedazo de calle...Niños...
deben tener niños.

¿Roberto Megrán llevando un niño de la mano?
¡Pero por supuesto! Y qué bueno, porque eso
tocaba más fuerte la alarma contra la ilusión. Los
hombres casados son copas vacías y las divorciadas
un vino fácil.

«No, no y no. Ya no debo pensar que te amé»,
comenzó a canturrear aquellos boleros favoritos de
su madre, cuando la claridad del día empezó a
borrar el zafiro del cielo, a comerse las estrellas —
seguramente, porque no alcanzaba a verlas desde
allí—; llegaré temprano por primera vez en mucho
tiempo; soportaré los regaños con el estoicismo de
un gladiador. Ave, Megrán las que se rendirán al
amor imposible, te dan los buenos días.

Deliciosa longaniza frita con verduras, pan tostado,
café con leche. Un panqué de chocolate y adiós.
Qué maravilla comer, simplemente comer.

Cleopatra, sí. Claro que como ella, feliz y dueña
del mundo, sí señor. Un traje sastre color camello,
zapatos color del oro viejo, el porte de Catalina la
Grande y la espada de Damocles del amor sobre su
cabeza... salió a la calle y se dirigió a su miserable
empleo.

VII

Efectivamente, su nuevo ánimo hacía que los desplantes furiosos de Javier la dejaran indiferente. Entre suspiro y sonrisa de ella, él pasaba frente a su cubículo-celda y percibía su figura como la de un camello desvaneciéndose, a paso distante.

Betancourt y la mujer tucán, gracias al encantamiento de la ilusión, desaparecieron de su horizonte, se volvieron invisibles. Aunque la mujer de colores siempre buscaba la oportunidad de molestarla, hurgar en su oficina, mirarla con desprecio y envidia, de fingirse su amiga con un descaro digno de la peor actuación de Emilia Giu, Raquel la erosionó con la imaginación hasta desaparecerla, con el viento de su nuevo —aunque muy discutible— romance.

El que Betancourt se convirtiera en un fantasma anodino no era novedad, pues no contó nunca en su vida; era un pobre inútil, con una habilidad innegable, eso sí: disfrazar la desorganización de la editorial ante los dueños, pretender que todo iba de maravilla. Se convenció de ello desde aquella tarde en que lo vio caminar por los pasillos, con las manos enlazadas detrás, sirviendo de guía a las

tres personas que habían enviado desde España para revisar el estado de cosas. Le escuchó con sus propios oídos decir: «Ella es la licenciada Verno, nuestra dictaminadora y jefa del Consejo Editorial; ella cuida la calidad de nuestros productos.» Supo entonces que el Súper jefe era capaz de cualquier cosa.

¿Consejo Editorial? ¿Calidad de los productos? Realmente fue un momento difícil, porque necesitó un equilibrio fenomenal para sostener su cara de palo a pesar de la carcajada que tocaba con estrépito en su conciencia. Le brillaron los ojos a punto de risa; él lo supo, y precipitadamente se llevó de allí a los españoles.

Desde entonces, fue un secreto entre los dos, ella sabía de su condición inútil y mentirosa; él sabía que ella sabía. También que el changarro lo sostenían ella y Javier, mientras el percibía el sueldo mayor. Así es siempre ¿no?, se convencía ella después; lo que importa aquí es sacarle provecho al secreto.

También desde entonces comprendió que trabajar con aquel hombre era una bomba de tiempo: o se hartaba ella o lo despedían a él, cuando los dueños descubrieran su fraudulento lío. Al crepúsculo de ese preciso día comenzó a leer los avisos de empleos en el diario que siempre recibían en la oficina, pero nunca encontraba algo que realmente le moviera el ánimo y despertara su pasión. Todos los empleos pedían mujeres jóvenes, todos eran

para principiantes; nada sólido como para luchar por ello. Las buenas ofertas eran para hombres. Un empleo miserable es mi sino, se decía al tomar su bolso antes de salir, todos los días, a las siete de la noche; debo retomar la universidad, se ilusionaba, caminando por la acera mientras veía pasar los autos de lujo en la Gran Avenida. Debo perfeccionar mi inglés para brincar hacia alguna compañía extranjera; debo mejorar mis conocimientos de administración de personal, debo... Y esa tarde, buscando el lápiz labial para el último retoque antes de salir, en la bolsa de mano, se dejaba vencer despacio por el último influjo del día, esperando encontrar en los rincones de su mente la energía vital que esta vez sí la impulsará al instituto de inglés, o a un café internet para revisar los portales de las universidades en el mundo y buscar opciones.

Hoy pensaba así, se entretenía tontamente y soñando, en vez de simplemente encaminarse como todos los días a su auto medio viejo, medio nuevo, hasta el restaurancito de tres por tres donde cenaba porque era el más barato del barrio, o simplemente a su cocina por un yogurt descremado. Siempre a corta distancia de su vivienda, para sentirse segura; siempre cerquita de su cama y de su televisor, de su video junto al cual, ordenadísima, le esperaba una colección de películas antiguas dignas de un museo.

La agresividad de Javier no perturbaba su equilibrio emocional. Era una dificultad antigua. Sufrir los portazos y las frases cortas sin mirarle a los ojos; que la dejara trabajando horas extra sin atisbos de compensación de sueldo, significaban una piedra pequeña en el zapato para ella, que con los días había solidificado en un pequeño callo existencial. Incluso ahora, encaramada en los suspiros que provocaba el recuerdo del perfume de su hombre-holograma, reía por dentro observándolo, inmune al vendaval. Es igual que resignarme a la billetera siempre vacía pensaba; quizás en el futuro, o al menos en sueños, terminará por llenarse.

¿Y qué te importa si no se llena? ¿Qué de insuperable tiene saber que Javier me desea, aunque lo odie? ¿Cambiarán mis anhelos, mis recuerdos, mi presente? Había encontrado el lápiz labial finalmente, y se pintaba ante su espejito de mano: siempre queda refugiarme en la tarde, en la mirada del mesero bello, como un italiano; en los aparadores con vestidos para muchachas menos gordas que un palo de escoba, en las películas de Greta Garbo.

¿Qué tiene de profunda esa ilusión de volver a sentarme con Gregory-holograma en su auto color vino? Lo único que podría darme es un abrazo y una noche de hotel tan falsa, que me dejaría más agudo el sabor agrio de la mediocridad. Desbaratar así la burbuja tornasol, mi transición de la infancia a mujer, no vale la pena. Así estás bien, Megrán,

lejos e intocable. En ese momento de encrucijada vital, la voz, con un ligero tinte agudo que tanto aborrecía, quebró sus pensamientos.

Estos dos boletines deben corregirse ahorita —dijo Javier, parado frente a ella y dejando papeles sobre el escritorio—, se van a prensa mañana y los clientes están molestos por el retraso. Los entregas, por favor.

Ella levantó la vista, depositó la suave e inútil indignación de sus pupilas en el saco gris a rayas de Javier, que exhibía más su vientre a punto de ser voluminoso y las solapas sucias, a punto de necesitar tintorería. Ella no le dio su mirada; despegó la vista de su espejo un instante y no respondió. En su pantalla, en ese momento se desplegaba el antepenúltimo reporte de una novelita de Evelyn Bo que —increíblemente— le había resultado entretenida; quizás esta mujer dará el salto, finalmente, a estrenar un rincón inédito de su imaginación, se dijo.

Muy bien, respondió después de muchos segundos. Javier dio media vuelta; ella volvió a sus pensamientos, a la convicción del oropel del auto color vino y el bigote impecable, los lentes de oro, la mirada clara y fría de su hombre perfecto.

Una eternidad después, con un suspiro puso el punto final del último párrafo del último reporte. Imaginó la figura de Roberto Megrán como una burbuja de espuma que estalla ante la vista y salpica con gotas imperceptibles de humedad. Se asumió

en la noche, que hacía buen rato que había comenzado, caminó hacia el pasillo de la oficina, busco el servidor de agua para beber en un conito y miró por la ventana: la ciudad estaba ya bajo el manto de la oscuridad. Entonces vio que nadie había. Ni siquiera Javier. El silencio era total, y los boletines encargados por el camélido, aún la esperaban. Sintió entonces un nudo en el pecho que subía a la garganta sin remedio. Sonrió en la penumbra, burlándose de la misma porque imaginó alguna escena de *Los otros*, e hizo una expresión imaginando su cara pálida y con la mirada irradiando dolor, igual de bella que la de Nicole Kidman. Apretó el conito con un mohín y las pupilas fijas en las sombras que saltan de los cubículos vacíos; lo echó a la basura, sacó su bolso de su oficina, la única encendida. No apagó la luz y abandonó los boletines a su suerte. Bamboleando el bolso salió con las piernas temblando y no se despidió del portero. Eran más de las ocho.

Hoy merezco una cena de lujo, dijo en voz alta. El restaurante de los enrejados sirve un salmón almendrado que hoy quiero cenar, y luego me voy al cine.

Una hora y media después se encaminó a los cinemas del centro comercial más cercano, que estaban a veinte minutos, con todo y semáforos. Así que se resignó a entrar a la función de las diez y treinta. No había una sola película que valiera la pena, tuvo que aguantar el asco mientras compraba

un boleto para ver una masacre de bandidos y antihéroes, donde el mismísimo Bruce Willis pondría su cara bonita en pose de tres cuartos, únicamente para ser admirado. Se consoló pensando en que quizás la edición de la cinta y la música fueran buenas; e incluso las palomitas, por lo menos, serían un epílogo agradable para su noche.

Prefiero asquearme con Bruce como último recuerdo del día, que con las solapas percutidas de Javier. Prefiero el sabor de las palomitas con grasa que el olor del aceite del piso de madera en la oficina. Prefiero la humedad del cine, que la asfixia de las paredes de mi prisión-empleo.

Cerraba los ojos con intermitencia mientras saboreaba las palomitas y así evitaba las escenas de sangre; bebía refresco en las sesiones de puñetazos. Se deleitaba, eso sí, con las imágenes del ambiente-ciudad futurista, que no lo era tanto pues fácilmente cualquier rincón de un barrio latino de chicago estaría lleno de grandulones buscapleitos; y nomás salir a la acera de aquel cine capitalino de la monstruosa y mayor ciudad del mundo, daba para encontrar la misma pátina de mugre de por lo menos cinco décadas, es el asfalto de las calles.

Y entonces los vio. Una pareja se besaba a tres filas de distancia, una cabellera de varón engominada, un estropajo en cráneo femenino, como alambres retorcidos. Diosmionopuedeser... Betancourt y la mujer tucán.

Salió disparada del cine Se refugió en un cafetín del centro comercial, suspiró con alivio cuando estuvo bien lejos de ellos. Se frotaba la frente, angustiada. Ojala hubiera un lugar en el mundo donde evitar cualquier recuerdo de esa miserable oficina. De todos modos, es la última película de Willis que veo en mi vida. Es la última vez que vengo a este cine.

Llegó a casa casi a la media noche. No hubo consuelo. Puso, increíblemente, *Ciudadano Kane* en su video y la vio, completa y sin un asomo de sueño, sentada en el sillón de llorar. Y no era el asombro por los escenarios, las imágenes externas de la mansión, o la espectacular chimenea del salón principal lo que la extasiaba y la llevaba a mirar y mirar esa película. Ni siquiera los hermosos ojos de Orson centelleando de ambición y crueldad, al encarnar aquel personaje manipulador que tuvo al mundo en el bolsillo, convertido en un fajo de billetes.

Era la prisión de Welles, saberlo un niño genio que creyó doblegar la realidad a su prodigiosa inteligencia e hizo una película para estrangular el orgullo de un ricachón de su tiempo. Quizás Raquel Verno disfrutaba con masoquismo esa cinta cuando deseaba situar los pies en la tierra; recordar que la gente con inteligencia se quema las alas con el calor del sol. Imaginaba que con ello consolaba sus ansias rotas, porque nunca, a pesar de que la

lucha por ser libre era el motivo de su vida, había
logrado batir las alas y levantar el vuelo.
Y si Orson no pudo... ¿Por qué podría yo?

VIII

El gran jefe le reclamaba y era cierto: había quedado sin resolución el compromiso más importante —para la empresa— de los meses recientes... Raquel Verno huyó del campo de batalla laboral por un impulso de su corazón... aterrado como un conejo, por cierto. Era importante insistir, hasta lograr el contrato. ¿Cuántos pretextos le armó a Betancourt? ¿Cuántas mentiras le había dicho ya, con tal de no volver a la Súper Secretaría a cerrar el contrato de campaña para los nuevos servicios?

Inventaba excusas hasta para sí misma. El lunes dijo que los dictámenes de las dos últimas novelitas de Fiona Evelyn Bo tenían atraso y los españoles se habían conectado con ella para reclamarlos; imposible postergar. La verdad es que la angustia la desmañanó como nunca, pues se había soñado que la perseguía su galán-holograma para ponerle un grillete. El martes concibió el absurdo de que había prometido a Javier actualizar su archivo —una masa desordenada de papel sobre el escritorio— porque «el pobre tiene gripe». Cierto, Javier se había reportado enfermo; pero eso le había dado a

ella gusto, no pena. Pasó la tarde peleando con el caos de papel, pensando con todas sus neuronas en un pretexto para el día siguiente.

Pero el miércoles fue imposible inventar nada. Al primer «es que...», Betancourt la miró en forma asesina.

—Usted es la única que puede conseguir ese contrato, Raquelita... Robledo me habló ayer para ponerme en ultimátum y me preguntó por usted. Convocaron a licitación a otras nueve agencias y todas quieren el contrato... Nos están esperando. Virgen de las Doncellas Voluntarias, se dijo: ¿Qué hago, encima con la envejecida jauría erótica de Robledo? Si tan sólo tuviera alma de mujer tucán, alegre y dispuesta; pero soy un fraude en el juego de la seducción. Instantáneamente llegó a la conclusión criminal de que, si Robledo le tiraba el lazo, quedaría desempleada por negarse a la complicidad; pero si era Roberto-Gregory quien la seducía, igual se haría al abismo, pero al menos feliz. No había otra salida, por lo tanto, que el desastre.

Dos veces, en su juventud, sufrió acoso de hombres con ascendencia. No cedió, pero el tormento fue tan intenso y se avergonzaba tanto, que el recuerdo de aquellos rostros masculinos, de sus manos sucias que —presa de gélida parálisis— dejó pasar en algún momento por encima de sus ropas y sus miradas dominantes, se habían fijado en su memoria como manchas de tinta en una tela vieja.

Eran como aquella plasta roja que echó en la escuela sobre su vestido nuevo de niña, recién hecho por mamá, regresó con la falda mojada y las manos irritadas por el esfuerzo loco de quitarla, en el baño, desesperadamente y sin resultados. Una paliza, sí, eso se había llevado por manchar su vestido nuevo, que quedó inservible. La mancha se quedó también en su alma, la culpa carcomió sus noches durante meses, porque el vestido fue roto en hilachos para limpiar la mesa de la cocina y cada vez que pasaba frente a sus ojos, el hilacho hurgaba en su herida con maloliente saña.

Hundida por segundos en aquella memoria, dio un salto a la actualidad cuando sonó el teléfono de Betancourt. Sintió que haría pucheros... Dios mío... alcanzaré mis cuarenta sin lograr un centímetro de valor para enfrentar la violencia psicológica.

—La esperan a las doce, sáqueles toda la ventaja; acuérdense que son nuestros mejores clientes...

Así que llegó al portal vítreo de la Súper Secretaria esa entrada mañana de miércoles con la misma actitud que hubiera tenido ante el cadalso. Suspiró antes de entrar y no habló con nadie hasta llegar a la oficina de Robledo. La secretaria la miró como si fuera transparente y nunca a los ojos: la anotó en la lista de espera bajo un error de omisión; «El señor recibe sólo a personas citadas». Decidió que era inútil discutir con ella; si no estaba anotada en la agenda de la secretaria, cualquier lucha estaba

perdida. Pero no se atrevió a retirarse. Estuvo allí dos horas y media; cuando el hambre deambulaba ya por su coronilla, muy avanzado el mediodía, se dio cuenta de que Robledo tenía rato de haber salido del edificio por alguna puerta secreta, de aquellas que construían en las recámaras de los Luises de Francia para recibir a las amantes.

Maldita de su mañana perdida; no puedo cobrar la humillación al esperpento de secretaria porque hubiera significado el bloqueo para Publicidad y Más, S.A. Comprendió que en todo ese tiempo, Robledo nunca se enteró de que ella estaba allí. Infernal poder el de las secretarias.

No dijo palabra, enfiló hacia la salida lentamente, buscando alguna frase contundente para responder a las preguntas de Betancourt y mandarlo al infierno, aunque la despidiera. Absorta, tropezó con Roberto Megrán. Se golpearon, porque iba cabizbaja mientras el revisaba, caminando, unos papeles con su eterno gesto de prisa. Se dieron de costado, se miraron con azoro, comenzaron una sonrisa entre nerviosa e indecisa.

—Uy —dijo Raquel-alter-ego—, qué casualidad más predecible, qué falta de romanticismo... qué bien se ve de cerca, qué firme tiene su cuerpo...

Qué gusto verla, como le va señora Verno. ¿Ya la atendieron? *Nofijeseblablabla*.

La invitó a su oficina después de varios québarbaridadcómoesposibe. Ella explicó la razón de su tardanza en reportarse. Al menos, enredó los

pretextos de tal forma que deseó no tener que repetirlos: la mentira sería obvia. Dijo haber recibido llamadas desde España pidiendo dictámenes de las obras más recientes de Fiona Evelyn Bo, mediocridades aparte. Megrán se disculpó a la vez por el silencio; le dio su palabra de que el contrato era de Publicidad y Más, de que Robledo segurísimamente, no se había enterado de su presencia, que él se encargaría de concertar el encuentro entre el jurídico de su empresa con el jurídico de la Secretaría, para ultimar detalles; que Betancourt podía darlo por hecho.

Ciertamente, tenía seguridad en su voz y no era demasiado gruesa, le emergía desde su pecho, no su garganta, y tenía un volumen discreto. Aquella voz intencionalmente seductora, en efecto, la sedujo. Mientras le escuchaba decir bromas estudiadas, tomar poses predeterminadas para hacerse contemplar por las mujeres, ella se decía «cuánta hermosa vanidad dios mío», y sonreía con sinceridad, no con burla, presa ya de un sentimiento amoroso al ver semejante inocencia. Es encantadora la conciencia que tiene de su guapura, ¿qué haces con un hombre así? Admirarlo, Raquel Verno, no lo decepciones. Él quiere que lo adores, pues adóralo, porque vale la pena sólo para poder tocarle... las mejillas, abrazar su torso, sentir su cuerpo todo entero pegado a todo el tuyo...

—... ¿No le parece que estamos avanzando en actitudes propositivas? Le acortamos al ciudadano el tiempo en ventanilla y además le agradeceremos, mediante los bonos de puntualidad, que cumpla sus obligaciones... Es un gran logro, dada nuestra anterior y muy deficiente cultura de servicios de gobierno... ¿no lo cree?

— ¿No lo cree así?

Raquel cerró sus dientes, porque los labios los tenía ya cerrados, estupefacta, en una doble tensión: dejarse seducir y guardar la forma.

—Nunca he creído —dijo ella, en un alarde inusitado de funcionamiento neuronal en multicanales— que las ideas nuevas entren en las conciencias utilizando el ánimo positivo... ni el negativo. Las ideas nuevas siempre chocan con la inercia de lo cotidiano, de las rutinas; me parece que además de la novedad, por muy positiva que sea, hay que ofrecer diversión al ciudadano que se acerque a pagar. No sé... quizás un cambio de colores en el logotipo, un decorado nuevo en las ventanillas, a lo mejor hasta el sorteo de un viaje entre los cien primeros pagadores.

Megrán echó atrás su cuerpo, recargó la espalda en el sillón ejecutivo de piel negra y descansó sus brazos en los postes para tal efecto. Permaneció escuchando, guardó silencio y poco a poco, segundo a segundo de aquel pesado no decir nada, ella comprendió, con creciente temor, que había

emergido otra vez su condición de marisabidilla espantahombres.

Y haciendo alarde de trapequista emocional, conciencia ante la sumisión seducida, continuó hablando, logrando que pareciera sólo una pausa necesaria aquel silencio después de sus propias, petulantes frases.

—...Sin embargo esa brillante estrategia que usted propone, será el elemento base para que ellos queden encantados y reciban un propicio mensaje de que la eficiencia hacia ellos es lo que les preocupa a ustedes verdaderamente, no el dinero que traen. Realmente es muy inteligente la propuesta... ¿usted la formuló?

Entonces la mirada de él se endulzó, perdió el tono-acero defensivo y enseguida bajó a sus labios esa misma dulzura, mientras contestaba y volvía a su posición relajada y hacia adelante, por cierto con el tono de falsa modestia más descarado:

—Sí, bueno... pero usted sabe que, en mi situación, quien debe llevarse todo el mérito es mi jefe... es el secreto de toda eficiencia en este medio.

—Claro, señor Megrán, es un signo más de su agudeza, lo felicito.

—¿Qué le parece si lleva estas ideas a su superior como anticipo y nos vemos mañana o lo más pronto posible, para elaborarlo con más detalle y entregárselo todo por escrito?

Entonces, gracias a un mensaje transtemporal de sus abuelas, ella aprovechó el instante con una agilidad asombrosa.

—Encantada, señor Megrán, sólo que tendrá que volverme a dar los detalles de la propuesta; es muy complicada para que la entienda yo a la primera.

—Por supuesto, Raquel... ¿Puedo tutearla?

—Sí, por favor...

Y entonces se levantó lentamente, con un falso gesto indeciso, colocó su bolso en el hombro y fingió tartamudear.

—Eh, ¿usted me llama o pido una cita?

—Discúlpame...—dijo Roberto mientras tomaba su vibrante teléfono celular— me acaba de entrar una llamada.

¿En qué momento perdieron su color las paredes, su ropa, los muebles de madera finísima de aquella oficina, los edificios que se perfilaban más allá de los grandes ventanales? Todo se tornó gris, blanco y negro. La noche bajó a la calle, las luces se prendieron. Su traje era tipo sastre, oscuro; sus zapatos, de collar en el tobillo. Llevaba un sombrero pequeño, ladeado y con un velo a grandes cuadros que le cubrían los ojos. Se miró guantes blancos y hasta la muñeca, su bolso de laza metálica y corta, colgando de su antebrazo. Megrán se levantó y ella pudo ver su pantalón ancho, de valenciana impecable, su camisa de cuello almidonado, la corbata, todo bajo un saco de solapas anchas; luego tomó un sombrero de fieltro

del perchero junto a su escritorio, se lo puso también, un poco inclinado a la izquierda. El ala le sombreó los ojos; la miró sonriente y le dijo, colgando el teléfono en su enorme base de acero: «Te acompaño a la salida». Caminaron mientras él tomaba su codo con mucha discreción; igual que Gregory e Ingrid, Rock y Doris, Arturo y Libertad... incluso se sintió muy, muy parecida a Julia Roberts y a holograma le vio cara de Richard Gere. La falda angosta y a media pierna le impedía a Raquel caminar con la misma soltura del tercer milenio; el tiempo la atrapó.

Cuando se vio en la calle, lentamente la irrealidad se fue desvaneciendo; volvió el mediodía, el ruido, la soledad interior. Megrán la había dejado hasta frente a su auto, que nunca le pareció tan medio nuevo, bello, radiante y de un hermoso rojo cardenal. No supo qué se dijeron al despedirse, nunca lo recordó. Jamás comprendió cómo regreso a la oficina, qué le dijo a Betancourt, qué mirada airosa había derramado sobre la mujer de colores, hasta la hizo bajar la vista.

Las palabras de él que quedaron fijas en su memoria, como las puertas de la incertidumbre y a la vez la dicha, fueron: «¿Me aceptas una invitación a comer, mañana? Conozco un lugar muy agradable, donde podremos platicar de todo, no sólo de trabajo».

IX

Estuvo atrapada entre papeles toda la mañana, sin apreciar el cambio inexorable de los números en el reloj de su pantalla. No percibió el transcurso de las horas ni extrañó el timbre del teléfono junto a su teclado, en caso de que una mano masculina, de ejecutivo impecable, hubiera decidido marcarle.

Era viernes, llegó la hora de salida y Megrán no llamó, pero ella no tuvo conciencia de ello hasta que estaba en su departamento, a las nueve de la noche y recostada, con el cutis ya perfectamente limpio de maquillaje y puesta, para dormir, la camiseta verde con margaritas en el pecho, Miraba al techo con una expresión beatífica y la memoria empapada del ligero y fino perfume de su hombre-holograma.

Recordó de pronto que la había dejado plantada y, lejos de sentir un golpe maligno en sus sentimientos, con el corazón frío y casi en el mismo instante buscó la tarjeta de Sara y marcó sus teléfonos. Contestó en el celular y tras su voz se percibía un escándalo mayúsculo. Se identificaron a gritos.

Raquel dijo:

—Me urge hablar contigo, estoy enloqueciendo...

—Bienvenida al club, nada más que ahora mismo estoy en una fiesta que dio mi hermano,

¿Por qué no te vienes?

—Gracias Sara, prefiero que nos veamos mañana, a la hora de comer y en el mismo restaurante, si puedes con la resaca.

—Estoy tomando agua, querida, ya me bebí todos los martinis de la semana.

—Nos vemos allí a las dos.

—Sí, nos vemos.

Por supuesto que la somnolencia nunca llegó. Comprendía, mientras asimilaba que el vacío hecho por Megrán era predecible: hacerse desear, exceso real de trabajo, había casi cualquier causa para el silencio; para esta circunstancia de mega ciudad y tiempo de sexo-caos, desaparecer era perfectamente normal. Sin embargo... ¿por qué lo comprendía tan bien y no sentía una gota de ansiedad? ¿Por qué, incluso, casi no le importaba? Puso en la tele de su salita todos los noticieros, todas las películas viejas, que no antiguas, que estaban en los canales mediocres y de factura barata. Después de la media noche se encontró una de escenas gratis, que así las llamaba por su inevitable y soso afán de emitir juicios sobre toda historia que le pusieran enfrente, fuera filmada o escrita. Sin embargo, en algunos de los requiebros amorosos de una pareja, donde las atmósferas estaban sólo insinuadas, los gemidos endulzados,

los contornos de los cuerpos únicamente sugeridos, Raquel comenzó a llorar con una suavidad tal, que la mirada se le nubló y sólo supo la causa hasta que una gota cayó sobre sus manos.

Eso es... por eso no te importa Raquel, le dijeron sus lágrimas; vives como en un sueño donde la piel no existe; has olvidado el toque de vida de una caricia, has perdido el deseo en el pasado, has muerto de amor abandonado... y ahora este presumido te deja sembrada en la conciencia esta certeza de estar sola, como una lagartija en una duna del Sahara. Dios mío... ya no recuerdo cuándo dejé de ser virgen ni qué pasó después, comprendió, mientras secaba sus ojos.

El sueño le asaltó bien entrada la madrugada; ella había doblado sus piernas sobre el asiento del sillón y recargado la cabeza en el respaldo. Así quedó hasta que el pedazo de cielo visible a través de su ventanita que daba a la calle, empezó a ponerse color azul-zafiro, por el ligero empuje del alba. Amanecería en un par de horas. Raquel soñaba.

Entonces, sonó el teléfono. Fue como sentir un disparo entre la conciencia y la vigilia. Levantó la cabeza de golpe y en su cuello punzó el dolor. No comprendió hasta el cuarto timbrazo; contestó y escuchó la voz de la madre de Rosita.

—Raquel mijita, perdóname la imprudencia pero estoy asustada, no sé si llevar a Rosy al hospital, tiene una crisis de llanto... tú eres su única amiga...

—No se preocupe señora... eh... ¿una crisis?

—Es que no te he dicho que está en cama, no quiere comer y está muy débil, el doctor ya vino pero no reacciona está enferma de tristeza y no me quiere contar nada... ¿puedes venir a verla? ¿La llevo al hospital?

—No mire... no se apure —Raquel miró a través de la ventana el color del cielo, que de un zafiro ennegrecido había pasado a gris sucio y profundo— en cuanto amanezca yo paso por su casa ahí vemos...

Rosy estaba dormida y reducida a un desfile de huesitos a lo largo de la cama. No quiso despertarla, se sentó en silencio cerca de ella, en espera de que recuperara la conciencia. Raquel imaginó que su amiga se lo agradecería; era preferible el limbo de los sueños que su realidad, siempre desmoronándose de amor por aquel seudo padre, seudo amante que le tenía la vida en pedacitos.

—Que no quiere comer nada, que está muy anémica que ya le rogué de todas las formas, pero vomita lo que llega a pasar, le dijo la madre. Le hemos puesto suero, inyecciones, le doy masajes... no quiere nada, nomás me mira y llora.

Raquel supuso que tendría que regañarla, suplicarle, preguntarle... ¿Qué decirle, si no deseaba vivir sin él? Se preparó para enfrentarla,

aunque sabía en el fondo, de su cariño de amiga, que probablemente ella le contara sus motivos para morir, pero no le concedería el honor de renunciar a su voluntad suicida, a menos que le trajera en carne y hueso al señor de sus desdichas. Pero eso era un asunto que ella no podía —ni quería— hacer, así que el letargo de su amiga le sirvió de espacio para anticipar el encuentro e imaginar cómo ayudarla.

Cuando Rosy abrió los ojos, era entrada la mañana. Raquel se había dormido en el sillón de aquella recámara como en el suyo, en la misma posición de la noche anterior. Cuando despertó, poco a poco, y se percató de dónde estaba, se estremeció al ver a la enferma con la mirada fija sobre ella, con un gesto carente de vida.

—Rosy... ¿Hace mucho que despertaste?

Ella negó suavemente, con la cabeza.

Guardaron silencio. Rosita suspiró, movió despacio las piernas y miró al techo. Duraron así muchos minutos y el silencio materializó una quieta comunión; abrazó sus soledades, cobijó los recuerdos y anhelos que durante años habían compartido. Luego, Raquel se levantó y se sentó a la orilla de la cama, con movimientos lentos acarició el cabello escuálido y color de oro viejo de su amiga, quien la miró, esta vez con gran tristeza. —Iba a tener un niño —dijo—, y lo perdí porque estoy anémica. Por eso estoy en cama, no me puedo esperar... no quiero...

Raquel bajó la vista y se dejó hundir en un mutismo que no podía romper, porque si lo hacía tendría que llorar y no estaba allí para eso. Su amiga necesitaba mucho más que una inútil frase de compasión.

—Mi mamá no sabe... Concluyó la enferma.

— ¿Y de veras crees, manita, que ese niño hubiera sido feliz? Tal vez la vida te tiene reservados hijos de un padre amoroso, que esté contigo, que los cuide...

Siguió hablando, sacando frases de esperanza como desde el fondo de un cazo que contenía un elixir agotado mucho tiempo atrás. Tenía el corazón deshilachado y goteando sangre, porque el sueño fallido de aquella amiguita suya, única por muchos años, simbolizaba también sus propias pérdidas. Cuando había deseado un hijo y su pareja se lo había negado argumentando cualquier espera egoísta, para tranquilizar su instinto. Sin embargo, en este momento, también el dolor por ver a aquella niña de cabellos tristes era muy agudo, pero desprendida de recuerdos decidió actuar, en el sentido literal: pretender optimismo, negar lo que sentía.

¿Dónde había visto esta escena? En *Sentido y Sensibilidad*, sí... se dijo asumiendo el contacto sobrenatural con Jane Austen. Era ya una imagen, repetida millones de veces en la vida. O quizás en alguna otra cinta donde el llanto es un desahogo insuficiente, donde la garganta y los ojos secos

pertenecen a un dolor más hondo: el de la desesperanza. Recordó esa escena en la que Emma Thompson, vestida de heroína, le ruega a Kate Winslet, vestida de su hermana moribunda de amor, que no la deje sola; en la que aquella mujer que siempre sabe qué hacer con la vida y ante la adversidad, se derrumba por miedo a la soledad.

Dios mío... no puedo creer que esta mujer tan bonita, tan mi amiga, se vaya a morir por eso...

Niña...dijo, con deseos enormes de que fuera un buen invento—, le voy a pedir a tu madre un caldo caliente porque me muero de hambre; y vas a tener que comer conmigo. ¿Estamos? Porque para pollo frito, que te encanta, no está tu estómago, ¿verdad? Y como de aquí en adelante vas a dedicarte a buscar un verdadero hombre que sepa valorar tus bellos ojos, tus piernas torneadas, tu cabello de sirena y todo lo demás, tienes que darle vida a tus mejillas o te voy a dejar atrás...

Rosita sonrió, y continuó así mientras Raquel daba vueltas y pedía a la madre que hiciera una sopa, una avena con manzana o lo que ella considerara propio. Siguieron platicando mientras Rosita, aunque no lograba color alguno de vida en la piel de su rostro, al menos comenzaba a construir un brillo ligero en la mirada.

—...Es —le contaba Raquel— un tipo que ni más ni menos lo bajaron de un aparador de tienda

fina... ¿Has visto los maniqués en las boutiques de hombres que están cerca de mi trabajo? Pues igualito. También es lo mismo de sangrón, ni te imaginas, se cree el último dios griego y está casado... así que no eres la única mensa que se ilusiona con un muñeco con dueña, guapa.

El caldo, recalentado de un guiso intocado del día anterior, fue servido entonces por la madre y ambas comieron a cucharaditas aquel elixir de calor de hogar, mientras Rosita escuchaba un torrente de frases tontas y Raquel disimulaba con miradas rápidas su propio corazón roto.

Y no era —claro que no— por el plantón del maniquí o porque de verdad le interesara conquistar el corazón de aquel hombre-ilusión, que ella bien sabía empresa imposible, sino porque una grieta se había abierto en la coraza de su razón, la había derramado en el suelo y ahora ella chapoteaba en ese lodo hecho de pensamientos objetivos y lágrimas secas, para tratar de reírse de una tragedia que había vivido varias veces: un sueño de amor construido de puras fantasías y pedacitos de realidad interpretados en forma equivocada.

La madre entró sigilosamente, en un intento de solidarizarse con Raquel para acorralar a Rosita y volverla a la vida. En ese momento su hija abría la boca para recibir una cucharada de caldo de manos de la amiga. Quedó en silencio mirándolas, se le llenaron de agua los ojos, bajó la vista hasta sus manos, a su delantal, volvió a mirarlas y salió

despacio, más tranquila, pero nadando también en el mar de desdicha en el que ellas flotaban.

Al medio día, con los ojos enrojecidos por contener las lágrimas, Raquel llegó al restaurante donde se había citado con Sara. Era mucho antes de la hora; jamás era impuntual al revés, pero pasar un tiempo muerto en una de las mesas era más atractivo que deambular como un fantasma entre la gente que corría y atiborraba las banquetas, sacando a los demás los ojos con los paraguas y bajo la llovizna que anunciaba un invierno bastante melancólico.

Sara tardó tanto que ella tuvo tiempo para observar a la gente con gran detenimiento; vio pasar parejas, mujeres solas, hombres ansiosos, con esa mirada que tanto se ve en ojos masculinos, buscando carnes de mujer. Hizo un ensayo: se prometió encontrar una mirada de varón que se posara primero en el rostro de las mujeres. De unas tres docenas de transeúntes que alcanzó a escrutar, sólo encontró un ejemplar. Era un señor muy compuesto, de vestimenta pobre aunque immaculada, que se detuvo en la acera como indeciso, como cansado, y se recargó un poco en el filo del ventanal del restaurante. Pasaron de largo mujeres de todo tipo, mayores y desaliñadas, jóvenes muy arregladas, vagas semidesnudas con uñas y labios negros, había de todo en aquella zona. Era un barrio de tiendas, abigarrado de imágenes comerciales y aparadores. El señor miraba a todas

a los ojos; sólo cuando se alejaban de él veía sus cuerpos; una amplia mirada al trasero, los zapatos, el peinado.

Raquel estaba junto a la ventana, en el interior. El hombre no se percató, en todo el rato, de que ella lo observaba. Luego, en un lapso de quietud, de pronto sintió la mirada de ella y la vio, a través del cristal. Quizás fue, en todos los minutos de investigación que pasó allí de pie, la única mirada de mujer que devolvió el interés que buscaba. El hombre enrojeció, sacó un inverosímil pañuelo blanco, de tela con orillas bordadas, y se limpió el sudor. La miró de nuevo, muy nervioso, dio un giro y empezó a alejarse.

¿Cuándo fue la última vez que había visto un pañuelo de tela? No recordó. ¿Cuándo un hombre realmente solitario en busca, anhelante, de compañía? Varias veces, en el cine antiguo. De cien, uno busca el amor en las aceras, se dijo. De cien películas, hoy casi todas tienen el amor como aderezo y la aventura o el terror como plato fuerte. La última historia de amor que tuvo importancia fue la de Romeo y Julieta.

¿Por qué pienso en el amor...? En el fondo tal vez sólo deseo unas manos de hombre en el cuerpo, el cosquilleo en mi entrepierna, un orgasmo que me devuelva el interés juvenil por la vida. Todo el mundo quiere ahora sólo eso. Yo también, por qué no...El amor se ha vuelto en el idioma inglés un interludio intrascendente del sexo, en español un

cursei tema de mujeres y en francés la tragedia que todos cargamos a cuestras. En mí es un veneno que desata la nostalgia, el caos de las ideas...

—No fue borrachera, pero sí una desvelada brutal, amiga. Me acosté cuando el sol ya se había levantado...

Sara llegó sorpresivamente, por el lado opuesto a donde ella miraba y seguía al hombre de anacrónico pañuelo. Se sorprendió y volvió la cabeza de golpe. La vio allí, sonriendo y con ojeras, el cabello arreglado apenas, vestida en sus colores mortecinos y con una expresión maliciosa.

—Ahora tendrás que decirme el motivo de tu locura; que en estos tiempos apocalípticos puede ser cualquier vuelo de mosca o rechinado de puertas.

Raquel guardó silencio unos segundos. En ese momento comprendió que durante los cuarenta minutos que llevaba allí sentada, sólo un mesero le había preguntado qué deseaba, agua, había dicho, mientras llega una amiga. Cuando llegó Sara, acudieron dos, uno a componer los cubiertos y el florero; otro a pedir la orden. Pidieron agua y una sangría. Luego, dos ensaladas y filetes. Siguieron en silencio porque Raquel no soltaba prenda. Finalmente, Sara comenzó a hablar de la fiesta de su desvelo.

Era de políticos, dijo. Mi hermano maneja mucho sus negocios con dinero que consigue a través de contratos de gobierno... mala cosa. Yo le digo que

esa moda tendría que desaparecer, que no confíe más en los avatares de esa forma de poder, pero no entiende. En la reunión andaban algunos Súper Secretarios y sus lugartenientes, engolosinados en afinar relaciones, dicen ellos, con un par de gobernadores que asistieron. Los capitaneaba Roberto Megrán, si lo conocieras... un tipo que se transforma en una especie de puente dorado para esos contactos.

El comentario cayó a los pies de Raquel como una pedrada inesperada, pero no preguntó a Sara cosa alguna; al menos específicamente sobre él. Detalles de la reunión sí; como la comida o...

— ¿Y las mujeres van a esas fiestas? —dijo sin pensar.

Las esposas y sólo a veces. Son asuntos muy formales. El reventón es ya cuando todos están borrachos y se quedan sólo los más resistentes al alcohol. Las señoras y los funcionarios menores se van, permanecen los «picudos», ¿me entiendes?, los que toman las decisiones. Allí se entera uno de todo; es un verdadero miasma.

— ¿Y tú... por qué te quedas?

—A todos los conozco, confían en mi discreción. Además, creyeron que estaba borracha también. Mi hermano, otro de los Secretarios y Megrán eran los anfitriones y pues... eso me daba derecho a quedarme. Esas vivencias me dan mucho material; estoy proyectando una novela, ¿sabes?, pero no de política, sino de homosexuales.

Raquel, entonces sí, sintió que su mandíbula caía poco a poco y el bocado preparado en el tenedor se le quedaba a medio camino. Sara, al verla, soltó una carcajada tan espontánea y deliciosa que Raquel no pudo menos que reír también, nerviosamente primero y luego casi sin control.

—Algo tengo que inventar, mujer; tanto silencio tuyo me está convenciendo de mejor irme a dormir... y no es del todo broma ¿eh? Algunos de ellos son maricones de lo más fino, no tienes idea. Se van a Mónaco, Suiza o Marruecos a vivir sus romances; de última, a los bares lujosos de San Francisco.

—Sara... dijo Raquel al fin; siento el amor rozándome la vida y la piel; está a punto de robarme totalmente la tranquilidad. O digamos que no el amor precisamente... no es una novela rosa esto, sino mi necesidad que se desborda; siempre estoy a la orilla de un precipicio, con el corazón en carne viva y dispuesta a dárselo al primer catrín o melenudo romántico que me lo pida. Necesito protegerme porque un hombre que anda por allí me va a hacer pedazos. Aconséjame por favor, tengo miedo.

—Uy, hija mía. Me acabas de presentar tu vida como una tragedia isabelina; lo dijiste en forma elegante, pero no la amueles. ¿De verdad es tan dramático el panorama? ¿No dependerá solamente de un acostón con el tipo y que luego se vaya? A

veces parecen príncipes y en la cama se convierten en sapos.

—Ojalá fuera eso nada más. Una noche desafortada la consigo en cinco minutos. Te emborrachas, te metes a un bar y a las tres horas ya estás en tu casa, satisfecha de sexo y durmiendo la mona. Se arriesga la vida y terminas con una resaca olímpica, pero es lo de menos.

—Pero bueno... tu pesimismo no tiene límites hoy. ¿Quién es el afortunado, si se puede saber?

—No importa... lo juro. Lo que me trae en las nubes es... ¿tú nunca pensaste en cómo sería tu amor perfecto?

—¿Mi Tarzán y Jane? ¡Por supuesto! Mi ideal era un poeta atormentado a quien yo salvaba del suicidio todos los fines de semana; pero nunca lo encontré.

—Pues yo sí. Está vivo, existe y me corteja.

Esta vez fue Sara la que dejó el bocado a medio camino, pero su expresión quedó, a medio camino también, entre la burla y el asombro. Y Raquel no lo supo, pero no era por creer o no lo del romance, sino por la sospecha de estar ante un ejemplar de mujer trasplantada de otra época, sembrada entre vendavales locos como en *Cumbres borrascosas*, jugando al amor transcendente en un páramo desierto.

X

Durante la comida, Sara había roto su propia cuota semanal de alcohol y se bebió seis cervezas, después de la sangría. Raquel se limitó a tomar limonadas; de otro modo hubiera llegado a su casa con las piernas temblando, más todavía. Un poco por el cansancio y otro por el consejo reiterado de su amiga, que al final era un empastado discurso de borracha:

—Búscalos tú y de inmediato acuéstate con él. Pueden pasar tres cosas: que te decepcione por ser un inútil en la cama; que te guste mucho porque sea muy bueno, pero como ante una entrega fácil ellos se decepcionan, te deja, te retuerces un rato de coraje y se acabó; la tercera opción es que le guste mucho a los dos y se queden enganchados, esto es que se enamoren; pero es lo menos probable. Las dos primeras cosas te convienen, la tercera no; aunque... digo... es la menos probable.

Sólo eso le faltaba, claro, nada más una revolcada con su ideal de hombre. Era igual a mezclar jalea real conservada en ánfora egipcia por cinco mil años, con un saborizante sintético del tercer

milenio. Sara no entendió nada, se dijo; ella no ha sentido esta angustia cenicientera.

—Pero no sabes lo que significa para mi ver a ese tipo —había protestado—; tiemblo, se me confunden las ideas... hace mucho que lo tengo en la mente, es como si nos reconociéramos desde otra vida... La risotada que Sara había liberado ante semejante «discursi» — así le llamó— sólo era comparable a cuando avisó que escribiría su historia de homosexuales.

—Raquel, querida... esos tormentos se han difuminado en la Historia; ahora es muy simple: Adiós príncipes, bienvenida la soledad monotónica... monolítica... de la autofusi... ciencia femenina.

— ¿Tú hubieras hecho el amor a los cinco minutos de conocerlo, con tu poeta suicida? ¡A ver, dí!

—Por supuesto; lo que yo quería era encontrármelo, saber que existe... no vivir otra vez *La dama de las camelias*.

Fue el colmo. Que le pisoteara su heroína favorita, fue el colmo. No insistió; la dejó hablar; filosofar sobre los inconvenientes del romanticismo en la era del sexo seguro y la multiorientación sexual.

—Todo está muy bien, muy claro... pero el corazón tiene razones que la razón desconoce

—dijo, entre los arrastres de lengua de su amiga. Uy, fue la gota que derramó el vaso. Ante el gesto de petulancia de Sara por semejante lugar común, Raquel se dio cuenta de que no había pensado la

frase. Su amiga perdió el aire sofisticado y había levantado la voz para regañarla como a una niña:

—Pero ¿Cómo es posible? ¿Pues quién es el Dionisio-Apolo ése? Eres una mitómana, lo que necesitas es un psiquiatra.

—Pues mira —Raquel ya entrando en coraje— se llama Roberto Megrán y me acabo de enterar que lo conoces. Quizás sea un Celestino interesado que se mueve entre políticos, como dices; un lacayo de ricachones...pero eso lo quiero averiguar de primera mano, aunque será igual porque no me importa.

Después de ese comentario Sara enmudeció. Se limitó a mirarla con aire ausente y luego volteaba hacia la calle, con gesto introspectivo. Se le bajó la borrachera, dio por terminada la comida, se despidió con un medio abrazo y la dejó allí, sin más.

Después ella se quedó a comer un postre mientras se hacía cruces sobre aquel repentino silencio. Pensó mil cosas, recorrió la conversación y todas las anteriores, durante todo el camino de regreso, buscando causas. Nada tenía sentido, pero a Raquel, estacionada en la sinrazón, realmente no le afectaba.

Subía la escalera de su edificio con trabajo indecible y creyó estar bajo la enajenación de una pesadilla cuando vio de pronto salir de uno de los departamentos del segundo piso al universitario prófugo.

—Ya no se ha descompuesto tu automóvil, por lo visto —dijo.

Ella le miró desolada; pensaba que en ese momento, un encuentro así... válgame... Estuvo a punto de soltarle un «me confundes, no te conozco». Sin embargo, del cielo bajó una máscara sociable, sonrió e incluso contestó:

—Tengo un buen mecánico aquí a la vuelta... Me tiene bien vigilada, ¿no?

—Es inevitable que me dé cuenta: siempre lo estacionas junto al mío.

—Mira, no me había fijado... así que aquí vives. Ella trató de seguir, él la interceptó con un gesto que parecía casual.

—Tengo un problema con las tuberías del baño, ¿están bien las tuyas?

— ¿Eh...? Pues, supongo que sí.

— ¿Me dejas ver?

—Este...

—Bueno, digo... es obvio que no en este momento, otro día.

—... Sí, otro día.

—Sirve que conozco tu depa, nos prometimos un café y nada...

—Oye, Ángel... Ángel, ¿no? Vieras que me siento mal, estoy muy cansada... nos vemos después, ¿no?

— ¿Te acompaño?

— ¡¿Cómo?! ¿Por qué?

No te asustes, caray, lo que pasa es que traes muy mala cara y no me animo a dejarte ir sola. Te puedes perder, andas como en un planeta que no conoces... ¿Traes mal de amores?

Fin del tema, por favor... Eso lo dijo Raquel con el gesto, quien volvió a la realidad y vino a su mente la imagen de las comedias de Jorge Negrete y Pedro Infante, donde la impertinencia dulzona de un macho se consideraba la mejor expresión de galanteo. No respondió. Como si se echara atrás trenzas y revoloteara la falda de holán, siguió subiendo mientras en sus labios, inevitablemente, surgía una sonrisa.

— ¿Qué te importan a ti mis males de amor? — dijo, ya de retirada. Ángel suspiró ruidosamente y siguió terco:

—Pues a mí me mandaron a volar hace dos días y traigo una espada clavada en el pecho.

Raquel se detuvo, sonrió más, bajó la frente y a poco no pudo contener una risa suave y relajante. Volvió la cabeza esperando que el muchacho respondiera a su expresión y sin embargo, estaba serio.

— ¿Y crees que si yo traigo otra, te aliviaría en algo?

—Claro: ¿para qué son los amigos? Entra y nos tomamos un café.

Raquel volvió sus pasos y, muy despacio, se sentó en uno de los escalones.

—Es lo más que puedo darte. Mi vida social se reduce a las casualidades; cuéntame, si quieres, pero no te garantizo que yo cuente lo mío.

Ángel se sentó muy junto a ella, en el mismo escalón, pegado a la puerta de su departamento. Su ex se llamaba Blanca, vivieron dos años juntos, se enamoró de otro...«imagínate que duró poniéndome el cuerno como seis meses antes de levantar el vuelo... y ni siquiera lo hizo con el fulano, se fue a la frontera sola, la muy cabrona, con intenciones de pasar de mojada...»

—Pero cómo de mojada... dijo Raquel.

—Tú no sabes, está loca —dijo él.

—Y por qué te gustan las locas, Ángel, también tú debes tener un tornillo suelto.

—No lo dudo, pero ella me gusta que le voy hacer.

La noche comenzó a estacionarse en el pasillo, el foco de la puerta de su amigo estaba roto.

—Exploió, hace tiempo —explicó—; debe haber sido por las malas vibras. Fue durante una pelea, el último día que nos gritoneamos.

Raquel no podía dejar de sonreír ante la melena, de tres días sin conocer peine, que cubría el perfil de Ángel, mientras hablaba. Desesperadamente solo; así se veía, pensó. Y más reía porque ella se sentía peor: como un mongol en la tundra, o un esquimal sin trineo en Groenlandia, flotando sobre un iceberg. Finalmente el muchacho, mostrando sus uñas sucias, la miro con ojos inyectados de insomnio y le ofreció un cigarro. Ella rechazó con

un gesto y a la vez se incrustó en su pecho una carga compasiva tan grande que borró su sonrisa.

Mientras su amigo echaba bocanadas de humo, ella maldijo su suerte de tener conocidos fumarolas y neuróticos; recordó a Sara y sus volutas elegantes, pero igual de tóxicas, y sintió también en ese instante el mismo agobio que ante Humphrey Bogart con su perpetuo pitillo de lado, aunque fuera en las cintas de plata. Pero en esta ocasión faltaba poco para sentirse protagonizando *Leaving Las Vegas*, sólo que no estaría mal incluir en la escena el cuerpo con que Dios dotó a Nicolás Cage; o al menos el talento monstruoso de Al Pacino en *Insomnia*. Y finalmente se dijo, bajando la vista, que era una frivolidad suprema estar pensando idioteces frente al sufrimiento de un ser humano y, al fin mujer y madre potencial de todos los hombres, soltó su perorata de consejos, buscando redimirlo.

Trabaja tu autoestima, cuando a uno lo dejan el mundo se derrumba, pero también el ego. Conquistate unas dos muchachas, pero no lo tomes en serio, estás muy joven y bla, bla. Al final del discurso, Ángel dijo, mirándola fijamente por unos instantes, algo inesperado:

—Tú das el consejo y te quedas sin él ¿no? Tienes una mirada a la defensiva, unas caderas y caminar notoriamente abstemias desde hace rato... digo, no te ofendas, pero cuando una mujer dura mucho

sin sexo, se le nota... y muestras algunos detalles más que dicen a kilómetros que eres divorciada.

—Oye, así que también eres insolente...

—¿Por qué insolente? No pretendo lastimarte, uy, perdóname. Tal vez hablé con una confianza que no me has dado.

—Exactamente.

—Bueno... pues disculpa, yo nomás quise decir que andamos iguales y a lo mejor eso nos ayuda.

Siguió un largo silencio, Ángel esperaba que Raquel se fuera incluso sin despedirse, pero no fue así. Por el contrario, comenzó a llorar muy quieta, lo cual hizo que el muchacho se sintiera mucho peor.

—Válgame santa Lorena Velázquez... lo menos que quería era hacerte llorar.

Entonces ella, entre el agua de sus ojos le miró incrédula:

—Estás loco, le dijo. No me digas... no me digas— saco un pañuelo de su bolso y se secó la cara — que también te gusta el cine antiguo.

—Y el nuevo, y de todo... dijo él, sonriendo tristemente.

—Estás loco...

—Y... ¿no me vas a contar? Yo ya me quité hasta los calzones...

—No seas vulgar.

—Ay, Raquelita, ¿qué no vamos a ser amigos?

—No sé, Pero ahora no te voy a contar. Gracias por desnudarte, pero no...

—Uy... me vas a salir una duquesa.

—Ni modo, buenas noches. Está muy oscuro tu pasillo, va a venir el Drácula de Coppola, todo guapo, a mordernos los pies —y se levantó.

—NO me gustó ese Drácula.

—Estás más que loco, es la versión más auténtica y hasta enriquecida que he visto.

—Pero está falseada la novela, qué poca madre del director... y ya no me digas loco.

Raquel ya se iba, subía las escaleras y al escuchar la frase, volteó atrás con la boca semiabierta:

— ¿Eres escritor o crítico, también?

— ¿Cómo también?

— ¿Eres poeta suicida?

— ¿Qué? No, mujer— y le dio una gran sonrisa— me gusta escribir cuentos y cosas, pero nadie me hace caso. Yo trabajo en lo que puedo y voy a ser antropólogo.

Comentaron dos o tres asuntos más de su vida; la conversación se volvió trivial y agradable. Ángel insistía en que entraran a tomar un café.

—Estás mal de la cabeza... café a estas horas; de por sí no duermo... pero gracias — dijo ella.

—Tú te lo pierdes — dijo él.

El buenanoche llegó finalmente, y lo dijeron juntos.

Cuando ella llegó a su recámara se echó vestida, se quitó los zapatos e inexorablemente, empezó a sollozar de nuevo. Eran pasadas las ocho, ni siquiera encendió la luz. Desfilaron por su

imaginación los zafarranchos de Blanca y Ángel, vio a ella trabajando en la maquila de chicanos, con su rostro y pelitos rubios, y las manos llenas de callos. Recordó los pleitos fenomenales con su marido, aquel hombre egocéntrico y ambicioso que la dejó para irse tras una carrera diplomática y una beca en Europa. Lloraba sin freno, pero sofocada, convencida de que si abría la puerta de su soledad, un batallón de fantasmas mundanos entraría a despedazarla. Entonces, en el centro justo de su miedo, en el epicentro de aquella lucidez ante el sufrimiento, sonó el teléfono. Tardó en contestar, dijo un «bueno» gangoso y desganado.

— ¿Raquel? Buenas noches.

— ¿Sí?

— ¿Estás enferma? ¡Cómo me costó trabajo encontrarte! Espero no te molestes por el exceso de confianza.

Era Roberto Megrán.

XI

Por supuesto, el insomnio tardío la había acosado peor que nunca y el sol la encontró despierta, tomando un café con crema sabor amaretto que sacó de su rincón de exquisiteces. Era uno de los minis gabinetes de la cocina, donde tenía un paquete nuevo de pequeños chocolates blancos — sólo seis, muy especiales— guardados en una caja dorada y una botella de vino, rojo y español, que reservaba para degustarlo sola, cuando enriqueciera con alguna nueva joya antigua su colección de películas.

Estaba despierta, con el cerebro bloqueado y contemplando el rosa grisáceo de la aurora, que despuntaba entre los tejados de su vecindario, mientras esperaba que el café hiciera su efecto y le trajera lucidez. Sólo recordaba, esforzándose mucho, las últimas frases dichas al teléfono de su hombre-holograma: «Es urgentísimo, prepara la campaña, faltan sólo dos semanas... Robledo (acá y allá)... una tarde de trabajo y ya está». No recordó que la había invitado a comer, que le dijo «allí podemos hablar de todo, no sólo de trabajo». Así es él, pensó, así de falso mi romance. Ni

siquiera recordaba que la había ilusionado con una comida íntima. La había perseguido sólo para mencionarle los pendientes, aunque había un detalle: si sólo pretendiera trabajar, le hubiera hablado a la oficina, investigó su número personal y eso era revelador.

Cansadísima; así estaba. No quería, ni podía pensar. No despertó totalmente, pero un baño caliente le reconcilió con el mundo. Cuando secaba su pelo vino a su mente el recuerdo de su último amante: un divorciado triste con el cual hizo el amor sólo dos veces y no porque él no insistiera. Estaba todavía enamorado de su esposa y Raquel aún rezumaba rencor hacia los hombres. Tenía cabello entrecano a pesar de ser joven; y trataba de ser cínico, el pobre. Cuando le habló con intenciones de hacer el amor por tercera vez, ella simplemente aclaró su firme intención de no exponer más corazones al desastre. Él no entendió, claro; era obvio que le invadía el desamparo y buscaba nada más sentir algo en la piel... Cualquier cosa. Quizás en ese momento estaba sepultada en el despecho de tal manera que se identificaba con vampiresas: Sharon Stone o la antigua Marlene Dietrich, por lo menos.

Antes del divorciado, recién separada del farsante marido que la vida le había encasquetado, se relacionó con un muchacho tan parecido al indefenso Ángel, que la comparación le daba náuseas. Era aburrido, inocente, melencólico y

hermoso, con la piel tan tersa que aún recordaba con placer la sensación de recorrer su espalda con las yemas de los dedos. También recuperó ese recuerdo, mientras se secaba sus piernas y se ponía la bata. Se sirvió otro café y tuvo tan clara la sensación del abrazo del divorciado —cálido y a la vez un poco desesperado—, que se estremeció.

Llegó la certeza entonces, mientras se servía de nuevo café (la tercera taza ya, y no llegaba la luz a su mente), de que no fuera amor lo buscado en ellos, de no haberse preocupado un solo instante por los sentimientos de nadie, ni siquiera los propios. Supo, con total certidumbre, que en aquel momento pensaba todavía con dolor en el presuntuoso que la había dejado con todas sus ilusiones truncadas.

Los amantes le contaron sus vidas, pidieron consejos, ofrecieron su oído para escucharla y ella nunca soltó una frase confesional, ni siquiera después del sexo, cuando realmente se sentía relajada, casi contenta, al menos por ese rato.

Esta vez, a pesar de la situación tan parecida, es decir, hundida en la misma soledad, su corazón estaba limpio y virgen como el día uno de su primer éxtasis amoroso. Con este hombre no existía el recelo o algún prejuicio; iba al encuentro de una certeza: con él iría a donde emocionalmente quisiera llevarla, al paraíso o al abismo... y se iría contenta. Y si no la invitaba a rincón alguno del

amor, también estaría a su merced y no le haría reproches.

Así de tonta he quedado; se dijo, mientras otra vez echaba crema perfumada de amaretto al café, Así de ciega, porque si él está, todo brilla y no veo otra cosa... por eso. Porque él tiene una gota de luz en la mirada que viene desde el principio de los tiempos... de mi tiempo. Siempre he estado con él, mi sentir siempre ha sido suyo... santo cielo... y pensar que no sé la causa, ni me importa.

Se hacía tarde para su trabajo, el teléfono repicaba y ella estaba segura que era Javier. Llevaba días de atraso con la revisión de algunos encargos de clientes menudos, tenía novelitas de Fiona Evelyn Bo acumuladas, cosa que jamás le había ocurrido. Su cerebro iba lento, Javier se pondría monstruo, pero no le importaba.

El galán la había invitado a trabajar en su oficina dos días después, sin más. Quedaron en cierta hora, allí la esperaría y adelantaría detalles del proyecto.

Llegó tarde y Javier trató de regañarla mientras ella le respondía con una sonrisa tan evidente en la mirada que él fue bajando de tono hasta terminar con la frase de siempre: «Que no vuelva a pasar, bonita». Siempre decía lo mismo; a Raquel nunca la castigaba realmente; no le pagaba horas extras, pero igual jamás le descontaba los retrasos ni la acusaba con Betancourt, ella lo sabía y en forma descarada —porque después sentía un remordimiento atroz— en muchas ocasiones

presentaba su mejor sonrisa y el tono más sumiso de la galaxia para quitárselo de encima.

Desde dos días antes de ver al amado anduvo arrobada y sintió tan claramente los celos de su jefe que se vio obligada a encerrarse en su cubículo para evitar las miradas de sospecha.

Así que al caer la tarde del día señalado salió a la calle con un maletín lleno de papeles y sintiéndose una reina. Llevaba ropa convencional y oscura, igual que cualquier empleada neoyorkina de medio pelo, zapato cerrado y el cabello recogido. No era invierno aun, pero el ambiente era el mismo; lloviznaba en frío.

Caminó entre las pequeñas gotas hasta el estacionamiento del edificio y al caer sobre sus hombros a su saco tipo sastre, ella las sentía como pequeños diamantes coronando su dicha. El humoniebla dominando el cielo y la desolación negruzca del aire le parecieron indicadores de que soñaba, y además miraba su sendero sobre las aceras como si el piso fuera de nubes que recibían el sol desde algún confín impreciso. Así de iluminadas le parecían.

Por supuesto, en los rincones inconscientes estaba segura de haber rescatado del arcón milenario de sus genes, las escenas de *El mago de Oz*, incluso la patética *Blancanieves* o, en el colmo del delirio, la propia *Bella durmiente*. Pero era tan cristalina su convicción de entregarse a la felicidad de sólo estar con él, a despecho de cualquier realidad mezquina

o convencional, que incluso la vereda de nubes pareció escalonarse hacia arriba y dejó atrás, mientras llegaba a su automóvil, todos los desplantes de su ex, la tristeza incrustada en la mirada del divorciado y el tedio espiritual del jovenzuelo para simplemente recordar que tenía catorce años, que la imagen de un hombre exacto a sus sueños había aparecido al pie de su cama adolescente, había encarnado y esa tarde le esperaba en algún lugar del otro lado de esta vida. Así que, cuando llegó a la Súper Secretaría, los pasillos alfombrados, las paredes revestidas de cedro, las secretarias que parecían muñecas de cómic le hicieron valla, según ella, para que no llegara tarde a la cita. En efecto, Roberto Megrán la esperaba puntualísimo, esta vez no le hizo esperar y al entrar lo descubrió con las mangas arriba, el reloj en la muñeca izquierda, los brazos con el vello justo, la corbata fuera de sitio y un ligero desorden en el cabello.

¿Le pareció hermosísimo? Por supuesto. Ya cualquier situación sería un marco perfecto para admirarlo. Se sentó sonriendo frente a él y puso el portafolio sobre el escritorio. Él ofreció café y ella declinó. Le sirvió un vaso con agua desde su mesita personal sin que se lo pidiera. Se disculpó mientras terminaba unos apuntes, antes de trabajar, y ella le dijo que tomara su tiempo.

Mirar su mano con el anillo en su mano izquierda, mientras escribía, fue de pronto un golpe al ánimo,

pero luego pudo fijarse en sus dedos, en sus uñas limpias, pues tenía la mano derecha cerca de la frente, en la inmaculada camisa y después él levantó la mirada, sonrió y le dijo: «Por favor, ponte cómoda».

Ella se levantó a mirar las fotografías en las paredes, buscó la calle a través del ventanal de tamaño mediano que dominaba a su costado izquierdo en la habitación, pero imposible encontrarla pues la llovizna lo cubría todo. La visibilidad alcanzaba unos cuantos metros. Contempló la realidad frente a los cristales esmerilados de la ventana, que por cierto le daban al exterior un aspecto cubista. Se hizo el silencio total en la oficina y ella no lo percibió, concentrada, de forma inverosímil, en tratar de percibir el sonido de la lluvia. Quedó tan absorta al comprender que estaba en uno de los sitios quizás favorito de Roberto, que sonrió sin darse cuenta, con los ojos fijos en los cristales. Al momento siguiente, él habló despacio a su espalda, tan cerca que fue para ella una caricia en la nuca.

—Me parece que no podremos ir a un restaurante hoy, como te había prometido. Con este tiempo y tanto trabajo...

Ella no respondió; enmudeció de felicidad al comprender que conservaba su palabra de invitarla. Él continuó:

—Ven, vamos a darle fin a esto, llevo dos semanas muy inquieto y ya quiero soltarlo.

Raquel cerró los sentimientos con una facilidad asombrosa, incluso para sí misma. Decidió trabajar y lo hizo, hasta que la penumbra los rodeó y sólo quedaron visibles las siluetas de los dos, que reproducía en las paredes la lámpara del escritorio. Relajados, discutían amablemente mirando los papeles, se veían mientras hablaban y finalmente asentían alternativamente, con la cabeza, al llegar a los acuerdos. Se entendieron a la perfección; Raquel sabía que eso pasaría mientras mantuviera (así lo hizo) la discreción respecto a los aciertos o errores del plan. Sugería, nada más; se daba manía para puntuar lo que ella deseaba y cambiar las propuestas, sin que él se sintiera agredido. La estrategia dio resultado, porque al final de las dos horas y media de trabajo, la miraba arrobado y sereno.

—Esto hay que celebrarlo, ¿no? Esta campaña levantará los bonos del Secretario hasta las nubes. Ya vienen los tiempos electorales y quiere posicionarse, a veces está tan nervioso que se pone inaguantable... quiere ser gobernador de su Estado, o por lo menos senador... ¿te dije?

—No...

—Disculpa entonces; no sé por qué te cuento estas cosas burocráticas, tan planas.

—¿Y de qué quieres contarme? Hablar de la vida siempre es difícil; vale más hacerlo sobre cosas interesantes.

—¿Interesantes?

—Sí, la política es muy interesante, ¿Qué no?

— ¿La política? Por favor, no me digas eso...

— ¿Por qué... no me crees?

—No es eso... es que hablar contigo de ese tema es lo más alejado de mis deseos.

—Bueno, tampoco me apasiona —dijo ella, levantándose y disponiendo sus cosas discretamente, para retirarse—, pero si lo necesitas, puedo aguantar. No te voy a discutir, eso sí. A menos que me hablaras de cine, por ejemplo si viéramos juntos la película *Nixon*, de Oliver Stone, quizás nos metiéramos en un berenjenal polémico que terminaría en pleito. Tuve una tía — ya murió— cuyo idealismo setentero mexicano es como una coraza en su cabeza; ella me contó todo. O vemos *JFK*, o incluso *La sombra del caudillo*, si lográramos cazarla en alguna parte. ¿No has leído *Guerra y Paz*? Yo nunca la pude terminar; ni la novela y casi ni la película.

En ese instante, cuando él comenzó a mirarla con ojos fríos, sintió un ligero temor, al comprender que había aparecido —otraveznodiosmío— su terco perfil de marisabidilla. Guardó un silencio de tumba de pronto; siguió guardando cosas, simuló concentrarse agudamente en colocar sus plumas preciosas, finas y viejísimas — regalo de su padre, ya muerto— en el compartimiento exterior de su bolso. Bajó la vista y casi se obligó a paralizar las neuronas. Sus piernas comenzaron a temblar y hasta ese momento hizo conciencia de que al menos

ya no se alteraba su pulso con sólo verlo. Cuando hubieron pasado los segundos suficientes para acomodar las plumas, se atrevió a mirarle. Él había bajado la vista y lentamente movía sus manos, también guardando papeles. Era fascinante contemplar que hacía las cosas del lado opuesto a la normalidad: la izquierda era su mundo, el lado del espejo para ella.

De pronto, a pesar de la penumbra le descubrió una leve sonrisa. Ella volvió a sentarse, lo miró detenidamente, a la expectativa. Él sintió esa ligera ansiedad en ella y la miró quieto y a los ojos:

—No te asustes, Raquel; no me molesta que seas inteligente. Me dan miedo las mujeres como tú, pero también me fascinan.

Ella siguió muda. Terminaron de guardarlo todo y se enfrentaron, de pronto, a la total oscuridad de la Secretaría. Afuera, aún lloviznaba. Caminaron hacia la salida por pasillos sin fin, que a esta altura ella no reconocía ya. Él la conducía con seguridad, tomándola del brazo, prendiendo y apagando lámparas a su paso. Cerca de la gran puerta, sacó las llaves de su auto con la mano derecha y con la izquierda tomó la suya.

Permanecieron allí, bajo la cornisa del portal y refugiándose de la lluvia, ante los ojos del guardia velador que, sentado en los escalones que daban a la acera y mojándose los pies, les dio las buenas noches. Ambos respondieron en coro. Roberto

Megrán pidió al hombre le trajera su auto y no soltó la mano de ella; «te llevo al tuyo, ¿Dónde está? »
¿Que dónde estaba? ¿Y ella qué sabía? Era el último de los pensamientos. Lo rescató del fondo del calor suave con que él acariciaba sus dedos: «...lo dejé lejos, como a dos cuadras...», dijo, en un susurro. Subió al auto color vino cuando lo tuvieron enfrente y él se portó con una discreción que la dejó casi asustada. La llevó hasta su automóvil bajo el goteo pertinaz de los diamantes de agua, y la despidió recordándole que tenían pendiente una cena para celebrar el contrato. Se dijeron adiós y él no arrancó de nuevo hasta que ella hubo encendido el motor y se alejó hacia la noche.

XII

Como él recordaría el vestido azul cobalto y además recién aprendía que el tiempo para estar juntos era impredecible, pasó los días siguientes buscando otro, que fuera hermoso, para la cena prometida. Si supiera el mundo —hablaba en voz alta mientras se miraba al espejo antes de salir de casa— el estado mágico que significa «no tengo qué ponerme», la cursilona de Fiona Bo podría escribir obras de arte con el tema. La crónica del instante —en que una mujer no sabe qué ponerse—, se vuelve eterna y las novelas de la vida interior, de tiempo elástico que han escrito los genios de la literatura, cobrarían un nuevo enfoque.

Pero bueno... quizás un instante eterno es, para los hombres, un segundo antes del primer balazo en una batalla; el gesto misterioso de un ejecutivo todo poderoso que les dirá «el puesto es tuyo», «te aumentamos los honorarios»; o peor, cuando la mujer que aman les dará el sí para la cama... que no para la boda, ingenuas nosotras...

Un instante eterno, para una mujer que «no tiene qué ponerse» significa una reflexión sobre su lugar

en la vida; una evaluación de su capital social: sus formas corporales, la seguridad en sí misma. Significa redimensionarse en la comunidad donde vive; saber dónde está ubicada; reevaluarse ante el hombre que estará a su lado, o sentirse miserable y fea. Significa compararse con otras mujeres y saber si destaca aunque sea medio meñique por encima de sus cabezas, o queda al menos igual que todas, jamás por debajo. Saber qué ponerse dice todo de la autoestima; no saber puede revelar una desdicha interior infinita porque nunca se ha tenido el dinero suficiente para comprar lo que se quiera; o bien que se es tan tonta que se piensa que los trapos lo hacen todo.

No lo hacen todo; no. Pero cómo ayuda un escote, un color adecuado, una pulsera reluciente, un zapato bonito que nos queda cómodo.

Se miraba al espejo de cuerpo entero, empañado y de fondo carcomido que estaba allí, en el departamento, desde que ella lo rentó. Se miraba en fragmentos y le había inspirado suficiente respeto su antigua dueña como para conservarlo. Se miró y se vio bien, incluso guapa. Su pelo como mantilla de terciopelo color tabaco, ahora lo dejó suelto porque la sensualidad no le permite dormir. ¿La sensualidad? ¿No será la calentura, Raquel?, se decía... Qué vulgaridad, no; la sensualidad. La que se usa para escoger un vestido; para imaginar el primer beso, para saborear de antemano la rendición en las sábanas... La sensualidad de

arreglarse las manos y que sean bellas; las pestañas, la piel, incluso liberar la mente de todos los temores.

Si el mundo-hombre supiera la significación del «no tengo qué ponerme», lo aprovecharían para controlarnos más aún, en lugar de dejarle ese capital inconmensurable al mundo de los diseñadores, al fin mujeres también en cuerpos de hombre.

Así que con toda su sensualidad buscaba un vestido nuevo, porque imaginaba que él se lo quitaría en algún momento, pero para ello antes habría recorrido su textura por las caderas, en la cintura; es decir, debía ser de tela suave. Y no de cualquier color, sino uno provocador, como un durazno discreto o no, mejor un elegante vino oscuro, como hubiera usado Isabel Primera de Inglaterra. O un blanco con ribetes rojos y dorados quizás, al estilo María Félix... ¿Qué tonos usarían María Callas, Salomé, Catherine Deneuve? Cuántas interrogantes, y ninguna respuesta, diosmío.

Recorría las tiendas en estado hipnótico después de la jornada de trabajo; salía unos minutos antes y pasaba frente a la oficina de Javier, ahora empequeñecido por la eficiencia de ella y que Betancourt había aplaudido, dados los resultados para atraer al cliente. «Súper Secretaría». Pero no sólo estaba silencioso y cabizbajo por celos laborales (eso creía ella); sino por la ostentación que hacía Raquel de su felicidad que era para él un

flechazo de Cupido, pero por la espalda y sin aviso: Javier sangraba. Ella conversaba con él de trabajo, comentaba infinidad de detalles sobre sus tareas cumplidas, para que comprendiera cuán cuidadosa era de su deber; pasaba muchos minutos entregándole reportes y recogiendo más trabajo, pero no percibía en absoluto la mirada, bañada en desolación, que él le dirigía.

Si lo hubiera notado, *El Paraíso Perdido* habría sido un cuento de niños, ante el derrumbe de su ánimo. Tal era el jalón que experimentaba Raquel, por las presiones de aquel patrón —así se portaba— que le exigía no sólo trabajo; con su prepotencia la obligaba a bajar hacia la escatología de la realidad, hacia las baldosas de las calles, la tierra contaminada y la lluvia enlodada con humoniebla en sólido. Y no porque su opinión le importara; era que podía despedirla y su sueldo miserable no daba para algún ahorro. Tenía miedo de la furia de aquel camello libidinoso.

«Está enamorada», la frase martilleaba la frente de Javier. «Está enamorada carajo...»Y la veía pasar, la contemplaba caminar de espaldas con toda su lascivia, pues no se atrevía a mirarla frente a frente. Ella, paseando por Saturno, le sonreía.

La víspera de un viernes de asueto, dos semanas más tarde y después de decidirse por un vestido rojo muy oscuro de satén fino, sencillo, con un escote a cuadro bastante profundo —que permanecía colgado en la puerta de su closet desde

hacía media semana esperando el llamado — timbró el teléfono y era él. La mujer tucán le había pasado la llamada y, extrañadísima, no encontraba forma de indagar el chisme. Se relamía los bigotes para acusarla de algo, y al mismo tiempo temblaba de envidia, pues el gesto estupidizado de Raquel revelaba que era un galán.

Después de justificarse de cualquier manera por la tardanza, surgió de Roberto la invitación a cenar, esa misma noche.

A partir de que colgó, Raquel se transportó definitivamente al mundo perfecto de los enamorados. Ella no lo supo, al menos en ese momento, pero la ilusión realizó la transición no sólo en sí misma, sino también en la realidad. Se materializó un mundo en el cual no había grietas en las paredes, ni suciedad en los baños; donde su sillón de escritorio tenía tapizado nuevo; Betancourt era igualito a Gary Cooper y la mujer tucán fue una versión a colores de Teresa Velázquez a cinco minutos de la decadencia, pero aún muy guapa.

La calle se transfiguró en barrio sofisticado de una ciudad europea: Llena de gente hablando otros idiomas y de casas antiguas, valoradas por la espiritualidad de sus habitantes. Su casa fue ahora un departamento decorado a la última, donde el rojo del teléfono de corazones tenía estilo art déco y sus cortinas, sillones, sobrecama, almohadones,

un conjunto de texturas similares, como en la mejor revista «Hogar» de los años ochenta.

Su vestido rojo la esperó pacientemente, hasta que llegó el momento; todo estaba listo, sus uñas manicuradas, su piel, el cutis por las mascarillas, el corazón...

¿El corazón? También el corazón, para apresar el instante de encuentro, así fuera sólo una vez y jamás se repitiera. Porque allá, en el fondo de sus pensamientos, había situado la desolación de saber al hombre por quien siempre deseó ser abrazada, viviendo en un mundo familiar ordenado y otro de trabajo lleno de promesas frívolas de poder y dominio, dinero y relumbrón; estaba allí también agazapada en alerta, una alimaña llamada «verdad» o «realidad cruda», dispuesta a inyectarle en el corazón adrenalina para devolverle la vida, pues cuando todo terminara, ella moriría.

Uy, Raquel Verno. Qué filme has encontrado para vivirlo y no sólo llorar mientras corre frente a ti, dijo su voz interior. Está Gregory, Armando, Heathcliff en carne, en hueso también ahí, esperándote; encerrado en un común ejecutivo de traje, con ambición política y segundón de un ministro. Al menos hasta ahora tiene los ojos, la voz, estatura, mirada y calidez en la actitud de tu holograma de los catorce años. Si después de asomarte a su alma se la encuentras fea, nos morimos otra vez y aquí termina todo. Lo peor que puede pasarte, Raquel Verno —dijo frente al

espejo y antes de salir a su cita— es que te quedes igual que antes.

Caminaba, taconeando alegremente, mientras se alejaba de su automóvil ya estacionado y rumbo al restaurante de la cita. El vestido tenía un redondel elegante y asimétrico en la falda que lograba un movimiento travieso. Llevaba puesto un hermoso saco de ante gris muy oscuro, heredado de su madre, que sólo usaba en ocasiones solemnes. Muy erguida, bamboleaba un poco el bolso de mano y sonreía. Siempre ocurre así, ¿verdad?, pensaba; el susto, ilusión, mitomanía y desesperación ocurren antes de encontrarse con lo muy esperado. Una vez que llega el momento, todo lo perturbador se esfuma y hay que detenerse a vivir el instante.

Cuando la palabra «instante» pasó por su mente, cobró conciencia de algo que no supo si era buena señal o un funesto presagio. Roberto le había pedido encontrarse en el restaurante de los enrejados verdes, en «Don Diego»; ella no lo percibió antes por la despistada costumbre de no memorizar nombres de calles o números de casas. La dirección mencionada, seguida al pie de la letra para encontrar el lugar, al encontrarlo se transformó en un espacio tan frecuentado y tan común, que de pronto pensó que si no habría sido, todo su alboroto, una burda premonición.

Algo de su alegría desapareció al remontarse a la tarde en que lo conoció donde discutió con aquella amante suya de estampa perfecta, de cabello como

atardecer que se alejó furiosa y llorando. Su compañera de trabajo, según averiguó después; es decir: el lugar más común de cualquier novelita de Fiona Bo.

No tuvo tiempo de más sólo evocar la imagen de Roberto con la Perfecta y discutiendo, cuando le vio allí, por fortuna sentado en otro sector del restaurante. Era puntual, no estaba alterado; quizás fue un error no hacerlo esperar... después ella se dijo que tenía que mandar al carajo toda desconfianza y los escrúpulos. La razón es para después; ahorita, déjate sentir, se repitió mientras llegaba a su encuentro y él se levantaba para recibirla.

Sonrieron, platicaron; de trabajo por supuesto, de lo bien que iba todo. Ordenaron vino y luego ensaladas, todo iba de maravilla y luego ella vio la expresión de Roberto cambiar, de la rigidez amable a una grata naturalidad. Mirada suave y sonrisa relajada; era el vino, era que ella también se sentía cómoda. Entonces Raquel pudo ver con cuidado sus facciones. La ceja espesa y con un cierto desorden; los ojos claros con lentes que parecían de oro, pero no lo eran. Aún a través de ellos, la mirada era suave, entregada, serena; con una sonrisa al fondo. Debe ser —pensaba ella—, porque lo estoy mirando como a un dios y porque así soy de burra.

Tenía también una cicatriz pequeñísima en una mejilla, muy cerca del immaculado bigote (ni

grande, ni pequeño), sus dientes frontales eran bellos, pero uno de sus colmillos estaba ligeramente desviado, lo cual hizo recordar a Raquel la contundente guapura de Gary Oldman en su caracterización de Drácula.

La nariz era natural, recta, de hombre, el cabello, eso sí era perfecto y él lo sabía: oscuro, de ondulaciones precisas para el peinado; abundante y dócil.

Lo más grato era su voz; tenía un timbre acariciador, la seducía a conciencia, con las modulaciones que hacía al preguntarle lo elemental. Que dónde naciste, qué te gustaba jugar de niña, cómo son tus padres, ¿tienes hijos? En mi pueblo no había tiendas de juguetes, decía ella; me subía a los árboles y brincaba la cuerda; mi padre murió siendo yo muy joven, no tengo hermanos y por fortuna no tuve hijos, mi matrimonio fue un desastre...

Tomaba más vino, y después de la tercera copa ella sintió la inseguridad y el corazón roto al momento de sentir la frase a punto de salir de su garganta: Tienes unos hijos preciosos, vi las fotos en tu oficina...

Pero no se atrevió. Ella sabía que él sabía; le preguntaba cosas para enterarse si aún tenía esposo, para valorar la situación; ella se sintió en una terrible desventaja; la lucidez la hizo de pronto sentir un puñal en el pecho: Él tiene un refugio, yo no. Este hombre me va a matar de dolor.

Entonces se dedicó a escucharlo, guardó una quietud y un silencio casi absolutos, mientras le miraba hablar y relajarse más y más junto a ella, al extremo de rozar su brazo con el suyo y hasta que, en los giros de las frases gratas —para él, por ejemplo contándole de la última reunión con un Senador que era su amigo— le tomó la mano y apretó sus dedos, intentando comunicarle su alegría.

—El secretario se irá derecho a la candidatura, vas a ver —decía—. Robledo lleva muchos años haciendo relaciones y ya tiene el dinero para la campaña; hay muchos intereses que se beneficiarían si él fuera Senador o Gobernador de su Estado.

Se acercó el mesero para ver si pedirían la cena; él dijo que sí, ella no contestó. Roberto pidió un platillo ligero, Raquel nada. En el silencio obligado después de ordenar, ella decidió cambiar el rumbo del tema y lanzó quizás con el aguijón por delante, el comentario:

—Una tarde estabas aquí, con una mujer... trabaja en la Secretaría ¿Verdad?; la vi el día de la junta. Es guapa...muy, muy guapa.

Roberto la miró entonces sin ensombrecer gesto y sí, aunque sólo un poco, la mirada.

—Sí —dijo, después de unos instantes— Mercedes ha sido mi asistente por casi seis meses. Entonces ocurrió la catástrofe: bajó hasta la mesa un silencio sordo, un mutismo pesado que se sintió

como una llanura helada, una tundra con todo y viento desolador que comenzó a alejar a Roberto irremediabilmente de aquel momento tan grato. Ella se atrevió a hablar hasta pasado un minuto y no se daba cuenta de lo que decía:

Vivo sola desde hace dos años, no tengo intereses fuera de mi trabajo. ¿Te gusta el cine? Yo veo a veces hasta dos películas en el día. La actriz cuyas facciones me gustan más es Elsa Aguirre; hubiera querido parecerme a ella... pero mi madre siempre dijo que más bien le doy un aire a María Elena Marqués, era su favorita cuando era joven e iba al cine con mi padre.

Después de dos o más recuerdos, trajeron la cena de Roberto y ella finalmente guardó silencio. Reflexionó muy claramente mientras, con el pretexto de observar cómo él se preparaba para comer, pasaban algunos segundos y no sentía pena por el comentario hecho. Era una buena forma de hacerle ver que ella no se hacía ilusiones. De decirle: no soy ninguna ingenua, Roberto Megrán; no te voy a besar los calcetines o la argolla de matrimonio llorando de gratitud porque me miras y me adulas. Tengo muy claro mi destino contigo y a qué te voy a acompañar: tu aventura es para mí una meta, pero no pienso dejarte mi alma en prenda. Ojalá me dejes después de la primera vez; ojalá no vuelvas a buscarme después de este encuentro, no voy a morir de soledad otra vez, por culpa tuya.

Y mientras las frases circulaban por su cabeza, sintió un nudo en la garganta tan peligroso, que volteó a otro lado, según esto contemplando la noche. Trató de ver, ilusa, las estrellas. La luna era sólo una mancha de claridad al fondo del humoniebla. Entonces, él habló despacio, no había consumido bocado alguno, sólo colocó la servilleta en sus piernas y tenía el tenedor en la mano izquierda, que descansaba sobre la mesa.

—Esa tarde terminé con ella; sólo hicimos el amor una vez. Fue un absoluto fracaso; a la hora de la verdad sentí frío su cuerpo, miedo en sus gestos... comprendí que me pareció siempre muy bella, pero en realidad nunca me gustó... ella me perseguía... Me da mucha pena, porque pues... creo que sí se enamoró, ¿Sabes? Tampoco se trata de hacerle daño a nadie; todavía me tiene rencor, pero pronto la vamos a cambiar de área, para que esté más tranquila.

Entonces, Roberto Megrán tomó con el tenedor un pedazo de espárrago y se lo llevó tranquilamente a la boca. Raquel sintió, sí, como diría en cualquier párrafo de Evelyn Bo, el aguijón de los celos. Pero no fue un pinchazo; fue un dardo envenenado que le hizo circular por las venas una pesadez de plomo, una desolación inesperada... diosmío, qué descontrol. Sin embargo, no se movió, porque si hacía cualquier gesto, sería de rabia y él lo notaría. No pudo reaccionar; no habló, no movió su cabeza, no le miró.

Después de semejante acto de cinismo, si fuera un Heathcliff, de melena morena y piel tostada, tal vez la hubiera tomado en brazos y la hubiera poseído a la fuerza; Gregory la hubiera mirado de soslayo con la ceja izquierda levantada, despectivo. Armando, decepcionado, la hubiera insultado. Pero Roberto terminó su bocado en forma elegante, acomodó el tenedor sobre la orilla del plato y suavemente le dijo:

—Es mejor así, Raquel. O... ¿Prefieres que invente una mentira? Recuerdo que estabas aquí sola, esa tarde. Recuerdo que te vi en el gesto una honestidad y un asombro tan ingenuo que deseé que ella fueras tú y entonces te hubiera llamado para hacer las paces. Pero eras una extraña y yo estaba muy enojado con Mercedes. Me hizo un drama; ella siempre supo mis condiciones...

Entonces, Roberto de pronto calló. Se detuvo en seco al recordar —pensó ella— que estaba casado, que era un galán comprometido hasta el cuello con una familia y unas apariencias; que estaba escenificando una escena no hipócrita, no... para nada, porque era muy clara su intención de no ocultarle a la pretensa su realidad, pero ese repentino silencio era al menos una prueba de que tenía algo de conciencia. Porque vergüenza, no era, estar avergonzado... ¿por qué? Para eso son hombres, decía la bisabuela

—Ah, me recuerdas... ¿me recuerdas?

—Clarísimamente estabas sola, tomando un café.

—No entiendo por qué. Sería más lógico que recordaras el momento por lo que ella sufría, no por mi ingenuidad, según esto —y dijo la frase un poco ofendida.

—Bueno, te confieso que tu aspecto tan natural me despertó cierta nostalgia, no sé.

—¿Natural? ¿Te refieres a mí estampa pobretona o a que se me nota lo bruta?

Roberto rio de muy buen talante; soltó una risa tranquila que hizo a ambos relajarse porque ella terminó por sonreír, pero no más.

—No te niego — dijo él, después de unos momentos— que tu apariencia revelaba pocas complicaciones. Pensé: «Ella es una mujer normal y está sola... y yo me dejo llevar por estas divas problemáticas». Pero bueno; eso duró muy poco, ¿eh?; porque en unos cuantos días supe la verdad; que de normal no tienes nada, que eres inteligente y complicada, tienes un orgullo a prueba de fuego y las piernas más bonitas que he visto en una mujer. ¿Se atrevería Raquel a decirlo? ¿Se atrevería? Sí; se atrevería:

—No estás enamorado de tu esposa, ¿eh? Te aburres, estás enredado en la rutina... algo así ¿verdad?

—Y tú no renuncias a ser la sabionda de todas las situaciones, por lo visto —habló tan rápido que ella se asustó—, No sabes nada de mí; salvo que tuve un romance con Mercedes y eso porque te lo dije yo. Llegará el momento, quizás, de contarte sobre

mi vida marital, pero será muy desagradable, y no será hoy.

—Uy bueno, pero no te enojés, Roberto Megrán —dijo ella, ahora sí muerta de celos—; yo sólo deseo recordarme a mí misma dónde estoy situada, discúlpame si lo dije en voz alta. Y mira, no es tan difícil saber algo más de ti, aparte del puesto que ocupas y en qué consiste tu trabajo.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué no es tan difícil?

—Se adivina, se adivina Megrán. Los hombres como tú tienen un molde y no los hacen en él, ustedes se acomodan.

— ¿Y también es predecible que tiembles cuando me acerco a ti? Se te nota mucho, vieras. Las mujeres inteligentes y leídas como tú, ¿es normal que se emocionen tanto ante los ejecutivos de molde?

— ¡Vaya! Ya sentía yo venir tu petulancia. Me parece que la revelaste demasiado pronto. Si te pasas de la raya te vas a privar de disfrutarme en la cama.

Raquel lo miró, ahora sí, enojada. Celosa; indignada. Habrase visto semejante patán, pensaba; qué desilusión. Entonces Roberto, que sonreía en una forma un poco forzada y tensa, la miró fijamente, sin mover un solo músculo. Luego, lentamente, hizo el movimiento predecible de las novelitas Bo; le tomó la nuca y se acercó a besarla. Le puso los labios tibios, mucho más que tibios, en los suyos. Los abrió, ella también, se hundieron en

un placer unos segundos y luego ella reaccionó, separó su cara, le miró a los ojos y le dijo, con una lucidez inesperada.

—No vas a hacer conmigo lo que te dé la gana... tendrás tu aventurita, pero será cuando yo quiera.

—Perfectamente —dijo él, separándose y con voz de hielo—; así debe ser porque si no, se pierde todo el encanto.

Se sirvió una copa más de vino; ahora sí, muy enojado.

Raquel no habló más. Sintió desmoronarse algo en sus sentimientos; no era desilusión, pues ilusión nunca hubo, la realidad era violenta; el único indicio de romance era su propia tontería ante aquel hombre que ella imaginó perfecto. Esa realidad, de pronto, se volvió otra vez mediocre, el cielo gris, las mesas sucias, los meseros desarrapados y con el uniforme con puños gastados. Se acercó uno tras de ella entonces y, tomando la botella en forma tan profesional como en los restaurantes franceses — o así lo imaginaba, de tanto leer novelitas—, le llenó otra vez la copa. Volteó a decir «gracias» y lo dijo, pero con un tono apagado por la sorpresa; era su mesero moreno y hermoso como italiano, que la miró con tristeza unos segundos y luego bajó la vista. Entonces, le llegó la chispa de la inspiración, reaccionó instantáneamente, con el talento femenino más puro;

— ¡Hola! —le dijo, y sonrió lo más coqueta que pudo—, ¿Trabajas tan tarde?

El abrió mucho los ojos, se iluminó su mirada y correspondió el gesto.

—Sí —dijo muy caballeroso, con voz inesperadamente varonil y segura...; hace unos días me cambiaron el turno. Se le extraña... —y la frase fue dicha cuando ya se retiraba.

—Ya es tarde; uno tiene que estar en casa a una hora razonable —dijo entonces Megrán golpeadamente—; ¿te quedas?

Ya entrada en gastos, viendo que su estrategia había dado en el blanco, Raquel se armó de valor, aunque tenía el corazón roto:

—Sí, Roberto, me quedo. Yo vivo sola, nadie me va a regañar.

—Bien; te hablo en la semana a tu oficina, hay cosas de la campaña muy incompletas todavía. Se levantó, fue a la caja y pagó la cuenta. Al volver lo hizo con brusquedad, tropezando con una o dos sillas. Así que ebrio y celoso, pensaba Raquel, era el último adorno que le faltaba. Machista, presumido y cínico... no puede ser... así no era mi Gregory, ni Armando. Pero bien mirado... ¿Cómo eran?

Mientras lo veía llegar, el gesto de él comenzó a suavizarse; se paró junto a la mesa, la miró con párpados caídos y ya casi con mansedumbre, le tomó la mano y la jaló para obligarla a levantarse.

—Vámonos. No seas caprichosa, conmigo eso no funciona.

Ella se levantó, y sí, tomó su bolso, volteó a ver a su hermoso mesero y sonrió para despedirse. Él la jaló del brazo con fingida suavidad, salieron del restaurante y justo en la acera, todavía con la luz del portal iluminando sus pies, el hombre le rodeó la cintura con ambos brazos, pegó su cuerpo al de ella y le dio el beso más largo, apasionado, dulce y profundo que Raquel jamás viviera.

XIII

Recordó al despertar que tenía una amiga muy querida, en la escuela secundaria, a quien contaba todos sus pormenores amorosos y sexuales. Que si tuvo la regla, que la cadera me está creciendo, que me miró al pasar y sentí esto y lo otro, que me besó, pero no sentí nada por el sabor a chicle de menta... Se llamaba María Antonia y era fea, bajita y sin alas, lo cual era incongruente dado su carácter celestial. Le acompañaba en todas sus inquietudes afectivas, sus inseguridades académicas y soledades familiares. Le escuchaba con adoración y la boca abierta.

Años después, cuando cierta malicia despertó en su interior, comprendió que aquella amistad incondicional sólo podía tener carácter lésbico. María Antonia, en reciprocidad, le platicaba de todo, menos sobre lides amorosas. Volvió a verla, diez años después de la graduación, con un cuerpo obeso y masculino, el pelo corto y la mirada dura. Era candidata a diputada y declaraba en televisión. Ante la imagen, a Raquel se le enfrió el alma en forma retrospectiva y duró días bajo el impacto. Un hermoso recuerdo se borró. En ese tiempo, su

próximo marido era el amor de su vida y comprendió que ya no hubiera podido contarle nada con esa estampa.

Fueron días de luto.

Con esto recibió la mañana; apenas clareaba y el recuerdo del beso llegó al instante de despertar y también la desesperación, incrustada en la piel por todos los centímetros, al no haber logrado su programada noche de sexo. Nada más pasó, ni siquiera caricias atrevidas, sus manos no bajaron por sus caderas, no la apretó contra sí con el ansia que ella hubiera deseado.

¿Será homosexual?, dijo en voz alta, mientras alejaba de sí las sábanas y percibía la resaca del vino; uy, dolor de cabeza y cansancio, para colmo.

Lo feo no era eso; lo feo era la ausencia de felicidad, por haber atisbado apenas la satisfacción de sus descargas hormonales, por haberse quedado en el umbral del placer. Lo entendió de pronto, al asomarse por el ventanuco hacia la calle, casi oscura todavía. Esto se lo hubiera podido platicar a María Antonia, ella supo de su holograma, le dijo hasta como eran sus ojos y labios. Ahora, el mejor beso de su vida la dejó vislumbrando el Paraíso, a pesar de la conciencia de lo mentiroso del instante. Decidió hacerse un café y olvidarse, por lo pronto, de todo. Un baño caliente, una aspirina y vuelta a la realidad. Esto va mal, se dijo, cualquier otro hombre me hubiera hecho el amor en la acera.

Ausencia de felicidad, un vacío porque la última vez que se había enamorado así —es decir no con un simple aleteo de golondrinas o leves suspiros sepultados en el trajín cotidiano—, al ver a su galán reencontraba la vida. Así sentía al ver a su intelectual y después egocéntrico marido, cuando todavía ella lo creía sabio. Cuando sólo deseaba ser para él —si así se lo pedía— una Nicole Kidman perfecta, como en *Las esposas de Stepford*.

Esto tenía que contárselo a Sara, en ausencia de María Antonia. Se estremeció al recordar que también su nueva y rica amiga tenía aspecto lésbico.

Algo anda mal en mis hormonas, atraigo un maniquí de traje que sólo falta que sea bisexual y mis amigas favoritas parecen hombres. Lo pensó mientras se enfundaba en unos jeans ajustados, deslavados, residuos de su vestuario de recién divorciada. Un pulóver blanco ancho, unos zapatos tenis ligeros. Era viernes feriado y de tianguis, de compra o cualquier actividad desesperada, pues había infinito tiempo para pensar en las soledades de toda su existencia.

Horror.

Así que luego de comprar cereal y latas de atún, jabones y servilletas, verduras y melones en el market agringado y gigantesco de su colonia, habló a todos los teléfonos de Sara y no la encontró. Dejó recados; pasaron las horas: Sara ausente. Volvió a casa al borde de la angustia, recordando

obsesivamente el beso de su galán de película que sin embargo ignoraba cómo acariciar y adueñarse clandestinamente de mujeres guapas cuando tenía la oportunidad.

Es un pendejodiosmío. Y se acurrucaba en su sillón de llorar, con las piernas recogidas, mientras con el televisor en cualquier película cursi, miraba sin ver, sentía la garganta dura y apretaba los puños. Afuera, la tarde bajaba y para colmo había comenzado una llovizna invernal, ideal para una crisis nostálgica.

Como si yo le estuviera pidiendo algo; al contrario, quisiera ver cuántas mujeres dispuestas a una noche de amor a cambio de nada, se va a encontrar en su vida. Y no un acostón con desconocidas, no un sexofácil con amenaza de muerte por el sida-ruletarrera; digo de amor, Armando Roberto... de amor, estúpido; del que te tengo yo, por lo menos. Entre sus pensamientos tristes, sin embargo, deambulaba el rostro de la mujer con cabello de crepúsculo; le atormentaba que, si esa hermosa Eva no le había conmovido, Raquel tampoco tendría la llave mágica, necesariamente. No le gustó mi compañía, no le gustó mi beso; no debí provocarlo con mi verborrea de bruja... Y escondía la cabeza entre sus rodillas, a punto de las lágrimas.

El televisor tenía un volumen mínimo, no le interesaba lo que ocurría en la pantalla. De todas formas había cambiado de canal a una serie de historias reales de hospital, de esas que se

desarrollan en sala de emergencias con baleados, atropellados o mujeres golpeadas que cuentan su espantosa vida a las trabajadoras sociales. Cosas que mastica la sociedad de este pozo de humoniebla — se decía— mira nomás cuánta agua negra lleva el resumidero...

De pronto sonó el teléfono de teclas de corazón, y el sobresalto fue tal que sus pies, de la orilla del sillón, cayeron al suelo. Contestó de prisa, con un temblor en las manos. Era Sara, se pusieron de acuerdo: nada qué hacer y aburrimiento atroz por ambas partes. «Te invito a cenar a mi casa, quiero que conozcas mi estudio», dijo su amiga; le dio una dirección, tomó su bolso y sacó una vieja gabardina gris de su closet. Contra su costumbre, no se miró al espejo antes de salir.

Encontró la dirección en una colonia situada en lo alto de unas lomas, con residencias rodeadas de bardas, como castillos medievales.

En la penumbra se distinguían jardines, rejas altas y ladraban perros en la distancia; se adivinaban parapetados en las enormes entradas residenciales, al final de las veredas que conducían a ellas. *El perro de los Basherville* o los canes cabezones del cementerio en la película *Damien* no hubieran sido más elocuentes para acentuar la temible atmósfera. No me extraña que Sara viva en estos Montes Cárpatos, decía en un murmullo, buscando a pie y

bajo la llovizna, ya de noche cerrada, el número que le había dado. Empezaban a enfriársele los pies y un airecillo molesto le helaba las orejas, cuando estaba a punto de darse por vencida.

Cualquiera diría que rechinaría la verja cuando, después de encontrado el lugar y al tocar el timbre, ésta se abrió. Sin embargo, ocurrió algo fantástico: no sólo abrió en total silencio, sino que todas las luces del jardín se encendieron, como si hubiera llegado Cenicienta al castillo. Era un lugar hermoso, con faroles pequeños pegados al piso y que señalaban las veredas de baldosas pulidas, árboles iluminados con foco de luz dirigida para acentuar los verdes lentejuela, como trajes de noche que creaba la humedad de la equipata; el portón de la entrada a la residencia era labrado, de cedro y asombrosamente perfumado. Cuando llegó, un sirviente ya abría y la hizo pasar a través de toda la casa. Durante el trayecto pudo observar rápidamente los decorados del salón de recibir, con sillones de telas lisas y adornos de naturalezas muertas; vio el vestíbulo que contenía la escalera, desierto y con una sola lámpara con lágrimas de cristal colorido colgando del techo, vio un tramo bastante amplio de la biblioteca, toda de madera y hasta vislumbró pedazos de la cocina, en metal color acero y blancos deslumbrantes, lámparas indirectas y acogedores ventanales con vitrales esmerilados y blancos, dibujando frutas y que daban al jardín trasero.

Una vez allí, recorrieron un camino con baldosas ásperas hacia un edificio mediano terminado en forma esférica y con un ventanal de la misma geometría que dominaba una parte del techo. La puerta era doble, pero de factura normal, y al entrar Raquel vio a Sara en la penumbra de la mediana habitación, ocupando un gran escritorio lleno de papeles, libros, tazas vacías de café y una lámpara baja que daba luz sólo en el teclado de su computadora. Al fondo, un librero en completo desorden. El resto de la oficina revelaba un desaliño pacífico y era hermosa. Los muebles cómodos, sillones amplios y de cuero con aroma a nuevo, alfombra limpia, una chimenea crepitante y lo mejor de todo: frente al fuego, una mesita de cristal con varias botellas de vino y todo lo necesario para servirse. Menta, licor de café, aguardiente, ron, vodka, una cantina completa.

—Estoy por terminar la página, mujer; siéntate y calienta tus pies, sírvete algo, no sé...

Siguió el silencio y en efecto, Raquel se sentó en uno de los sillones, se hundió ante el fuego con deleite, sin poder creer que, finalmente, el amanecer tortuoso de aquel sábado había conducido su vida a un buen anochecer. Puso hielo en un vaso de orilla dorada, sirvió amaretto, se quitó los zapatos y comenzó a sentir el calor de la chimenea con un placer como debió sentir Margarita Gautier en los brazos de Armando.

Hasta ese momento hizo conciencia de lo desaliñada que se encontraba; el cabello mojado y escurrido, sin la gabardina se notaba su pulóver ancho y viejo, largo hasta la cadera, y a sus jeans les faltaban cinco minutos para ajarse, justo en el trasero.

—No puedo creerlo —dijo a manera de excusa, cuando Sara se sirvió medio vaso de aguardiente y se sentó frente a ella— no me maquillé en todo el día.

—Las he visto peores. Si vieras las fachas que traen a veces las niñas bien en los viajes de ultramar, que vagan por las costas del país regando sexo, dinero y drogas...

—Uy, bueno... no es mi costumbre; siempre me arreglo, ¿sabes? Pero últimamente...

—...tienes demasiado qué sentir, ¿no? ¿Cómo va tu romance? ¿Ya hubo cama?

Raquel calló, pero no por discreción: fue el tono de Sara; percibió en su voz un gramo de ironía.

Después de gastar el silencio en quitarse los zapatos tenis empapados, deshacerse la coleta del cabello para procurar que secara y subir las piernas al sillón; dijo lo primero que se le ocurrió:

—No te busqué para hablar de eso... me sentía mal dejando pasar los minutos en blanco. No quería hacer nada, pero tampoco estar sola.

—Nadie quiere estar solo; a mí me gusta la quietud y el silencio que a veces inunda este estudio; pero

por cierto tiempo. A las pocas horas salgo corriendo a buscar a alguien, quien sea.

—Qué te diré yo, que llevo así dos años. ¿Vives sola en este palacio?

—No, pero como si lo estuviera. Tengo un hermano joven, que nunca para en casa; dos criadas que hacen todo, el jardinero...

—¿Ya no tienes padres?

—Murieron casi juntos, viejos y de tanto amarse. Se fueron con veinte días de diferencia.

—Eso es amor...

—¿Por qué no te has buscado una pareja, Raquel? Si no te gusta estar sola, te sobra manera de conseguir un tipo que te haga el amor y ande por la casa; no dan lata si sabes cómo tratarlo.

Raquel sonrió con tristeza: depende de lo que quieras —respondió—; si es sólo sexo, es sencillo y dura poco. Pero no puedo quitarme y ponerme parejas de encima, Sara. Ya lo he intentado, es mucho trajín para los sentimientos. Soy anticuada, que no antigua.

—Pues no involucres los sentimientos, mujer. Megrán, por ejemplo, tiene su familia, su posición, su trabajo. Le ha invertido mucho tiempo y dedicación; sabe lo que quiere. Si te dejas envolver te hundes, pero si las reglas son claras... lo disfrutas...

—Sí... gracias por el consejo, pero no lo necesito.

—¿Porque ya estás enredada o porque ya lo tienes bajo control?

—Te interesa saber ¿verdad? ¿Quieres mucho a Roberto?

—No seas tonta, niña; me subestimás. Me preocupas tú.

—Estoy mayorcita, entiendo este asunto requetebién.

—¿Entonces?

—Ya te dije, no vine a hablar de eso. Vine a ocupar mi tiempo en algo interesante.

—Bueno, entonces hablemos de algo interesante, pero no me vas a dejar con la curiosidad de saber si ya hubo cama. Dime eso, y a otra cosa.

Ahora estaba claro: Sara estaba celosa. Y no se notaba en la frase, ni el tono de la voz, sino en la mirada; fija en Raquel, insistente, fría. No era la pregunta de una amiga, sino de un detective que busca culpas. Dijo con el tono más natural posible:

—No, fíjate. Todavía no; ni siquiera tengo claro si de veras habrá cama, como tú dices.

Se hizo el silencio; Sara puso el vaso, al que ya quedaba sólo unos milímetros de aguardiente, sobre la mesa y con una lentitud meditabunda, con recelo excesivo. Pasó un minuto, o dos; incluso pudieron ser cinco. La realidad confusa que Raquel percibía, por el licor y el cansancio, por la falta de alimento y el ambiente adormecedor, no le dejó ver claro el paso del tiempo. Entonces, ante la actitud de Sara, comenzó a hablar confesionalmente, en voz baja.

—Lo que me pasa con él, no es con él... más bien es un pretexto para recordar mi soledad

—miró a Sara, que había bajado la vista y permanecía inmóvil—. Perdí a mi padre muy joven, tal vez esa sea la causa de que un hombre como él... bueno, ni siquiera lo conozco bien, pero se ve tan seguro, tan tranquilo... a una le dan ganas de subirse a la carroza y dejarse llevar, ¿no? —y sonrió, bajando también la mirada.

Su amiga había vuelto a tomar el vaso de aguardiente y bebía.

—Sí —dijo entonces, tras vaciar el trago—; parece un hombre muy seguro de sí. Pero no tiene grandes atributos. Un carácter común y corriente, se divierte con las cosas simples y le gusta el poder como a todos los hombres. Lo tiene... por lo menos lo comparte... vive pegado al Secretario por su posición... su sueño dorado es que mi hermano le consiga un puesto por ahí, cerca de donde a veces se hacen cosas y se gana buen dinero. Con gesto frío, que Raquel había fingido, Sara hizo una pausa larga, que cuando estuvo a punto de ser incómoda rompió para continuar:

—Hay algo en él, sin embargo... siempre he sospechado que en algún momento —no sé cuándo le ocurrió, tal vez después de casarse o cuando le dieron su primer puesto importante— se empezó a sentir incómodo, como atrapado... como si soñara con otra vida que ya no puede, y en el fondo tal vez no quiere tener. Pero mira —y sonrió con

cansancio— finalmente todos queremos libertad, todos vivimos así, ¿no?

¿Y cómo sabes todo eso?

Sara suspiró, se sirvió con lentitud más aguardiente, se levantó y habló de espaldas, dirigiéndose a su escritorio.

—Tal vez lo sé, tal vez lo supongo. Como buena escritora imagino cosas. He convivido muchos años con él; desde que éramos muy jóvenes. Perteneces al grupo de mi hermano; incluso en una fiesta en casa conoció a Marianita, su esposa.

—¿Marianita? —dijo Raquel, con gesto agrio.

—Aja. Ni modo, hermana, así le dicen.

—Bueno, pues sí; ni modo; Un nombre muy apropiado.

—¿Apropiado para él o qué?

—Para una esposa.

—Tú fuiste una esposa y no te llamas Clarita o Adrianita.

—¿Es tu amiga?

—No, Dios me libre.

—¿Entonces? —Ese es el problema, ¿ves? Estás deseosa de involucrarte, de saberlo todo de él, ¿Qué carajos quieres con un casado, si ni siquiera sabes esperar a que te llame, tenga tiempo o deje a Clarita o Adrianita sola, para verte?

—Sara...

—¿Qué?!

—¿Estás celosa de mí?

Para ese momento, Sara había encendido un cigarro de doce centímetros, del color de los puros; echaba grandes bocanada sentada a su escritorio, con éste y algunos metros entre los dos. —Qué ocurrencia, ¡por favor! Los celos dan cuando otra persona tiene lo que uno quiere.

—Eso es la envidia; los celos amorosos son otra cosa.

—Roberto es mi amigo...

—Entonces, ¿lo estás defendiendo de mí? Él me busca; y yo me dejo encontrar. Pero si a esas vamos, él tiene más culpa. Yo estoy sola; si tienes reproches, ve a hacérselos a él.

Raquel se levantó, se puso la gabardina con movimientos bruscos; apuró el vaso de licor

—era el segundo—; se tambaleó un poco y buscó su bolso.

Sara se levantó con decisión y, sin mucha seguridad, comenzó a hablar, primero con cierta prisa y después a ritmo natural:

—Estos hombres, éstos con los que trabaja tu galán, son una pandilla repugnante. Los oigo hablar de sus estrategias para despedazar enemigos... bueno, ellos les llaman enemigos, pero son hombres con poder de los otros bandos, sean políticos o consorcios de capital. Sólo piensan en ganar, en aplastar, en obtener más dinero: Aquel dominio, la empresa fulana, el puesto en el Congreso, la gubernatura tal, el municipio zutano, donde alguien siembra caña, o café... No he

querido saber, jamás le he preguntado a mi hermano sobre fábricas de droga. Hay dos o tres tipos que llegan a ratos, con guardaespaldas y todo, que no me gustan. Seguramente también eso se reparten, aunque a mi hermano le gusta jugar, pero no con el peligro. Me da miedo por él, que finalmente no es mal tipo, vieras; y por supuesto por Roberto, que sin deberla ni temerla... se lo puede llevar el diablo... es peón de un Secretario...

—Por eso digo... lo quieres mucho, se te nota.

— ¿Me estás oyendo, estúpida? No entiendes nada...

— ¿Qué quieres decirme? ¡Dilo de una vez!

Raquel estaba de pie, con su bolso en la mano, en una postura desaliñada y con el pelo en desorden; hecha una piltrafa, pero con fuego en la mirada.

—Pues que no te ves como un entretenimiento, como un rato de gusto que él se quiere dar; tú te vez como la amante «mujer soñada», con el gran drama encima, dispuesta a darlo todo a cambio de su sonrisa ensayada y un rato de teatro...

— ¿Y desde cuándo lees el pensamiento? ¿Qué clase de pendeja crees que soy?

— ¡Es que se te nota demasiado! Mírate, mujer no duermes, te juro que no comes. ¡Ten cuidado!

—Ya cállate, Sara, por favor —Raquel lo dijo después de un breve silencio; se sentó de golpe, con los ojos húmedos—; si algo tengo claro, es que durará un suspiro. Mi problema no es lo que viva

con él, sino lo que vendrá después, cuando tenga que juntar mis pedazos. Una se enamora de un hombre que te ama, o te aprecia y te da algo. Megrán no me ha prometido nada; él sabe que yo sé... si te preocupo yo, deja de hacerlo. Si te preocupa él, pues menos, porque en realidad no le importo. Y si te preocupas por ti, razón de más para que duermas tranquila. Ni él, ni yo, estamos dispuestos a enamorarnos. Nada habrá, sólo cama... y quién sabe...

—Con lo que yo siento no te metas, porque puedes decir estupideces. Estás hecha un trapo, ojalá pudieras verte en el espejo.

Raquel guardó un inesperado silencio; las dos permanecieron inmóviles por minutos, hasta que Sara se acercó a la mesa y se sirvió un nuevo trago de aguardiente. Entonces Raquel secó sus ojos, que ya habían vertido algunas lágrimas y habló serena:

—No sé por qué te cuento estas cosas; no somos realmente amigas. La verdad me la dijiste tú en una ocasión: soy muy solitaria, tú me escuchas, me aceptas y te lo agradezco—Raquel se miró las manos, reflexiva—, no sabía que eres amiga de Roberto. Estoy invadiendo espacios que no debo. Fue un error llamarte, fue un error...

Se levantó, se dirigió a la puerta del estudio, abrió y se detuvo ante el jardín empapado y el cielo en llanto.

—Qué noche tan horrible...

Tómate otra copa, mientras escampa. No te vayas así, tal vez no somos tan amigas, pero... total, estamos solas, nos caemos bien... vamos a emborracharnos, ¿no?

Raquel sonrió con gran tristeza y cerró la puerta de nuevo; se quitó la gabardina, se sirvió esta vez un whisky en las rocas, tan fino y aromático que, al ser un lujo que difícilmente podía permitirse, estuvo dispuesta a disfrutar sin remordimientos.

XIV

Lo que había sido sospecha antes de la borrachera, creció al momento de recuperar la conciencia. Fue sentir igual que aquel dolor punzante en las sienes y la resequedad de la boca. La aurora cobraba forma, apenas era el principio de la resaca.

Con el sentimiento de derrota, ahora no sólo sentía a su amor estúpido-fantástico muy lejos, sino además unos ruidosos celos en su cabeza.

Se acostó con él, estoy segura. No fue ayer o anteayer, pero lo hizo y no lo olvida. Algo ha de tener el muñeco, algo tiene para que una mujer como Sara, que ha probado todo el amor, se sienta su dueña.

Trató de levantarse y el mundo se sintió peor que estar viendo escenas de *salvar al soldado Ryan*. Como cámara loca, las paredes de su propia casa y el lejano ruido de la calle parecían danzar, produciéndole náusea; uy, qué dolor en las sienes. Fueron ocho whiskys en las rocas, tres discusiones más sobre la inconveniencia de enamorarse de un hombre frívolo y para rematar manejó sola y en la madrugada; atravesó la ciudad neblinosa y sombría, igualita a la Transilvania de Coppola.

Logró incorporarse, tuvo que hacerlo en forma imperiosa y llegar al baño. Después se echó agua fría en la cara, luego caliente y el mareo no pasaba. Dos aspirinas... no, tres; y a la cama de nuevo.

Los ejecutivos perfectos son peores de conflictivos que los poetas suicidas, le había dicho Sara, en plena beodez; la diferencia está en que los enredos emocionales y la desesperación te la pasan a ti, te la dejan en el vientre después de hacerte el amor y se quedan como si nada... es que son muy eficientes, ¿ves? Al día siguiente ni una duda los asalta, ni siquiera para escoger la corbata. Por lo menos los poetas son honestos y se matan de un solo tiro o se alcoholizan; los ejecutivos se mueren despacito en la gloria, entre dinero y poder; o se van vaciando el alma hasta que se vuelven cínicos...

Tú... —había dicho Raquel—, eres capaz de inventar lo que sea... Roberto no es un cínico.

Todavía, reina... todavía. Se les puede ver en qué momento del proceso van, nomás fíjate en el color de la piel o en el gesto que tienen... cuando se les pone la cara como tiesa y de un color tan perfecto que parecen muñecos de cera, ya son cínicos y están muertos. Hasta eso... con Megrán vivo esperando que se transforme. Se pone así por temporadas, en las campañas políticas, por ejemplo; pero luego vuelve a ser el mismo... el indeciso.

Raquel estaba ahora de bruces en la cama, los recuerdos le daban vuelta con una lucidez

espantosa. Sacudió los pensamientos y se quedó dormida al poco rato, mientras una pesadilla le mostraba a Megrán abrazando a Sara por la cintura y besándola sin freno.

Despertó ocho horas después, con la tarde avanzada. El sol, desanimado y abatido por el humoniebla, sin embargo, brillaba; hacía sombras cuando se asomó a la miserable terraza que ella llamaba patio. Tenía como únicos aperos de utilidad un banquito para alcanzar el tendedero de dos hilos de alambre y con herrumbre antigua que cruzaban el cielo, y un lavadero de cemento rosa con una pileta siempre seca, pues goteaba y cualquier intento de llenarla caía en el vacío.

Tomar el sol no era lo que eso podía llamarse, pero algo la impulsó a buscar oxígeno, aún consciente de una asfixia no proveniente de fuera, sino de sus entrañas, el sitio podía situarse su falta de amor hecha llaga, un espacio ácido y ardiente que había despertado con el roce de su eventual amante, encontrado en horas hábiles, entre los escritorios y las computadoras, los faxes y los boletos de avión con viáticos, las secretarias parecidas a Verónica del Valle y los pasillos alfombrados para burócratas finos.

Se sentó en el banquito, por cierto de plástico y adquisición suya. Era casi tan apreciado como el teléfono con teclas de corazón y su televisor

pequeño y a color. Desolada y con la piel seca, la mirada como de vidrio gastado, sin peinar y en bata, miraba al cielo buscando un recuerdo. El cielo de su pueblo natal, quizás; o los desayunos domingueros de su madre, el frío suave del jardín que su padre cultivaba en ratos libres, cuando ella vestía calcetas y orejeras, gorro y abrigo junto a un autor de sus días tan contundente como una hospitalaria montaña, que regaba vigorosamente las plantas y se acomodaba la bufanda.

A la par de aquel recuerdo que le inspiraba certeza de vivir, recordó el beso. No fue tibio; fue hirviente. Dulcísimo, rebuscado de toques por toda la geografía de sus bocas. Por segundos, él se quedaba quieto y unido a ella sólo tocando los labios, casi como pensativo, y después una oleada de ansiedad los invadía a los dos y apretaban sus rostros, como deseando acabar aquel manjar delicioso. Al terminar aquella especie de acto sexual con sólo bocas y neuronas, se separaron e inesperadamente él bajó la vista, apretó su frente con la suya y quedaron en silencio muchos segundos. Caminaron hasta el auto, no hablaron más. Cuando estuvieron frente a la medianía del barrio en penumbras de Raquel, sólo le dijo:

—Gracias por tu compañía, yo te llamo.

Y se fue.

Cerrado el recuerdo, bajo el sol mortecino de la ciudad pavorosa donde había decidido vivir y rumiarse su loca soledad, vino a su encuentro un

deseo de reír de buena gana. Lo hizo. Se sacudía suavemente, estaba viviendo todavía restos de la borrachera y eso facilitaba estar consciente de su comicidad como si tuviera un espejo enfrente:

Es tiempo de sexo casual, Raquelita —dijo, en voz alta— tiempo del uve i ache, del orgasmo fácil, de las tiendas porno... ¿Cómo es posible? Yo con estas ganas y el holograma de mis sueños estacionado en un beso, como en cualquier mala película de los años sesenta.

Se levantó entonces, se metió al baño y soltó el agua caliente. Tomó más aspirinas y café cargado hasta que se desvaneció su sonrisa auto burlona. Se embadurnó de cremas y mascarillas, de maquillaje y rubor hasta que estuvo presentable, incluso bonita. Calzó unos jeans casi nuevos ajustados, un blusón de colores vivos. Salió a buscar a su mesero encantador, aunque eso significara recorrer buena parte de la ciudad hasta el decorado verde, viejo y elegante de aquel cafecito para gente sola. Su precioso amigo no estaba. Era su día de descanso seguramente; entonces pidió un platillo delicado, escogido con mucho tiento, para sentirse importante. Luego fue a buscar un cine donde pudiera ver una buena película, aunque fuera con un depresivo y oscuro argumento francés, o un sexoso griterío italiano. Igual podría funcionar un cine para intelectuales, de esos donde la petulancia recorre el brillo de los anteojos y las bufandas esnob pululan entre las butacas; pero al recordar

los aires de importancia que se daba su ex — cuando se dignaba invitarla— en la sobremesa de la cena, desgranando las atmósferas, redescubriendo los símbolos, descalificando directores y burlándose del aspecto heroinómano de las actrices, sintió náusea.

Escogió un romance gringo, cursilón e interesante porque el galán era nada menos que Nicolás Cage. Después de todo no podía sentir nostalgia contemplando los bíceps y pectorales del *Ojo de serpiente*, al compararlos con el bigote de Roberto; o quizás los hombros bien proporcionados y masculinos del hombre-holograma, que para nada sugerían el lavadero en el vientre del gringo ejemplar. Así que para olvidarse también de cómo hoy los jóvenes y no tanto, se desnudan sin preámbulo después de la segunda copa en un bar de cualquier barrio, mientras ella se comportaba como una virgen posmoderna, compró una bolsa de palomitas y comió hasta que tocó el fondo. Prefirió de momento no comparar el hoy con medio siglo atrás, cuando el hombre excitaba a la mujer por la forma en que ladeaba su sombrero o con el estilo para fumar; ignoró por ese momento que entonces el trasero del varón era plano y si de cualquier otro modo, ofensivo para la moral. Recordó sin nostalgia que el abultamiento posterior, tan lucidor hoy día, daba pautas para confundir los géneros y total, no pasa nada. No pudo evitar tampoco el desasosiego que le producía

no decidirse ante el gusto de un hombre con una parte posterior redonda, o no. Igual pasaba antes —hoy no, por supuesto— con el tamaño del pene, el cual después de la seducción era irrelevante, pues el amor ya se había estacionado en los corazones y las inconveniencias eran solucionables con la práctica y la imaginación. Asimismo no quiso recordar que antes las mujeres seducían con los gestos de entrega, con entrecerrar los ojos o la forma de mover el cabello, con la curvatura sugerida de la cadera y enseñando solamente la pantorrilla y el tobillo. Cuando el varón llegaba al ombligo, hoy echado al aire a simple vista y hasta con piercings dorados o diamantinos, cuando había ombligo entonces, es que la suerte estaba echada y los límites franqueados. Así que olvidó quién era, qué quería del mundo y el calor de Roberto. Porque ante la ausencia de preámbulo amoroso y sugestivos devaneos de sombrero, cabello y miradas, ella no encontraba otra cosa que la cama desierta y un instante quizás fugaz de placer, condenado a morir porque no había recuerdos que lo mantuvieran en las neuronas o los sentimientos. Cuando terminó la función era entrada la noche, se fue a casa y se sentía ya tranquila cuando entró a su departamento, dispuesta a dormir y recuperar su miserable vida que, por lo menos, era tangible, manejable y concreta.

El teléfono timbró de madrugada. Los corazones de sus teclas sintieron desde lejos su atónito

sentarse, la vibración de sus pensamientos confundidos con los sueños. Dio un salto a traspiés y contestó con voz ronca, desde la inconsciencia.

—Que no puedo dormir tranquilo, te digo... ¿me oyes? Estoy en una reunión y no puedo hablar más fuerte. Pienso en ti todo el día, quiero abrazarte y necesito decírtelo.

—¿Roberto? ¿Estás borracho?

—Sí... bueno, no sé... porque quisiera que estuvieras aquí y hacerte de todo detrás de las cortinas... ¿me oyes?

—Sí te oigo, Megrán, pero no sabía que también haces tonterías...

—Si eso es morirme de ganas de hacerte el amor, pues sí, soy un perfecto pendejo. Quiero estar contigo, ya, ahorita.

Y colgó.

No pudo recuperar el sueño, naturalmente. Sentada en la oscuridad, la angustia le impedía siquiera prender la luz, para dejar de sentir aquel miedo y desamparo. Estaba ya clareando cuando dejó de sentirse excitada, recordando el dorado falso de sus anteojos, en lo carnoso de sus labios y en su cintura, cuando le abrazó sobre las ropas. Que si tendrá las piernas peludas, que si sabrá acariciarme donde me guste, que a lo mejor cuando estemos en la cama todo esto se vuelve humo, porque todo termine en un minuto.

Una vez que empezó a salir el sol, volvieron las imágenes de Nicolás Cage, la noche cerrada por el

humonebla y las estrellas ausentes. Se durmió deseando que volaran las horas y, en lo más íntimo, que sonara el teléfono de corazones de nuevo, lo más pronto posible.

XV

La verdad sea dicha, todo ocurrió con una rapidez maravillosa, a tal grado que al despertar ya con el sol en su rostro, el lunes siguiente, se le deshizo el hechizo en la memoria como si hubiera vivido un vertiginoso melodrama de suspenso.

En ese instante no recordaba detalles, pero estaba dolorida y feliz, cansada por el sueño intermitente, pero, en paradoja, con una energía que podría ser utilizable en Cabo Cañaveral. Las imágenes del fuego saliendo del avión Discovery, elevándose al cielo, o las frenéticas batallas entre las naves de *La guerra de las galaxias* eran una pálida sombra de lo que sentía en el corazón, henchido de ganas de vivir y en un remolino emocional casi insoportable.

Apenas había avanzado la mañana del domingo, después de la llamada ebria de Roberto, ella dormía aún cuando en efecto, sonó de nuevo el teléfono y era él. Recién levantado, hablando ronca y misteriosamente, dijo con una voz queda que luchaba por ser firme:

—Dime dónde vives, voy por ti y te invito a comer...

Ella dijo que sí, por supuesto, avenida tal, número tantos, cuarto piso apartamento dieciséis, es un edificio de color indefinido, no te vayas a perder... —Arréglate para verte bonita, me voy a escapar como pueda...

—Te espero.

Se convirtió en una ráfaga limpiando su casa y cambiando las sábanas, tomó un baño de jabones perfumados, se arregló la piel y el rostro, secó el cabello, maquillaje acá, perfume allá. Apenas logró terminar, la hora de la comida transcurría cuando tocaron a su puerta y estaba él allí, bañado y guapísimo, con camisa casual de colores vivos y los ojos desvelados, el cuerpo tembloroso y no por restos de alguna embriaguez, sino por una intensa excitación que de pronto ella no percibió porque temblaba igual. El pasó a su salita. Se sentó en su sillón de llorar, apenas en la orilla. Se frotaba las manos, insólitamente nervioso y le dijo, palabras más o menos, que no tenía claro por qué estaba allí o si el futuro existía para los dos en alguna versión de los hechos, pero que no podía más. Ella se quedó muda y perpleja porque Roberto Megrán, el ejecutivo incólume de mirada casi fría tras los lentes dorados y el escritorio entre alfombras, ahora era un hombre con la barrera de la intimidad rota y no porque Raquel se la hubiese quebrantado con insistencia o artilugios eróticos, sino por alguna razón que provenía de él mismo, de sus propios tormentos.

No dijeron más; no recordaron el hambre ni la falta de sueño; se abrazaron simplemente, estuvieron así unos segundos y luego empezaron a besarse y temblar más, a gemir. Ella le llevó de la mano hasta su cama, parecían obsesionados por sentirse la piel en cada centímetro, se quitaban la ropa tan despacio que los minutos parecían detenerse, se miraban a los ojos enlazados en una extraña sintonía que ninguno de los dos conocía de antes.

¿Cómo supo Raquel que Roberto nunca había hecho el amor sintiéndose así? ¿Cómo supo él que a ella le pasaba igual? Por el ritmo perfecto y la respuesta precisa con que ambos recibían las caricias del otro; porque sus cuerpos experimentaron una fusión y no un encuentro; porque los movimientos sexuales estaban orquestados en un nivel igual y de sumo placer, como si la ejecución de una sonata de Mozart o la suavidad de un melodrama amoroso —para Raquel— guiara su respiración; o como si el murmullo de una junta donde se decide el poder, el ronroneo de un auto a todo lujo o una noche de copas en el bar de un transatlántico —para él— fueran el marco de aquella sensación de poder ilimitado que los dos sentían por igual en el abrazo y el vaivén de la penetración.

Ella no pudo, esa primera vez, alcanzar el orgasmo y no supo si por eso él la abrazó después del suyo, con gran ternura. A los minutos la acariciaba de nuevo y al sentir ella la muy respetable erección,

esta vez se convirtió en un manantial de fuego que tomó parte activa en aquella danza; sentada sobre su cama, le hizo el amor y aprisionó su cintura entregada al placer, hasta que alcanzó el clímax.

Él durmió después, sin haber dicho una palabra, ella permaneció con los ojos abiertos, mirando la luz de la tarde volverse ocre y cambiar las formas de las cosas, sin moverse apenas para no despertarlo, a la par que apreciaba su abrazo dormido, inconsciente y empapado del cansancio de ambos, como si hubieran atravesado un río caudaloso y el agotamiento les impidiera todo, menos existir. Roberto respiraba profundamente y con una serenidad para ella fascinante, por aquel impecable y silencioso sueño.

Habían ido después a comer, que a esa hora ya era cenar; salieron en el auto color vino y luego se sonreían al caminar por la acera hacia el café «Don diego», de los enrejados verdes; se abrazaban en los espacios umbrosos y se daban largos besos. Casi no conversaron. Él permanecía en aquella nueva actitud vulnerada, distinta, y eso tuvo siempre a Raquel con una leve sensación de inseguridad. Al finalizar la tempranera velada —apenas eran las ocho de la tarde— él la despidió a la puerta de su edificio, se abrazaron con el mismo ardor y con gran esfuerzo se separaron sin promesas, sin frases bonitas y sin fingimientos.

Como el vértigo del domingo no había desaparecido, a pesar de los difusos recuerdos,

concluyó ese lunes al despertar que no le alcanzaría el día para hacer todo lo que tenía planeado: averiguar dónde podría hacer un curso de inglés que le permitiera pasar el Teoffel lo más pronto posible. Una maestría en el extranjero, a pesar de ser lugar tan común, era su sueño postergado e Inglaterra su país de obsesión. Ya era tiempo de realizarlo. Después tendría que comprarse un par de blusas totalmente provocadoras para la próxima visita del amor; luego revisaría su ensayo sobre Dickens que tenía a medias desde hacía años, en preparación para su examen de licenciatura.

En algún momento tendría que revisar todos los periódicos para encontrar de inmediato otro trabajo, donde ganara más. Lo fundamental era ahorrar para los estudios en el extranjero.

Esto último le hizo mirarse a los ojos en el espejo — estaba desnuda y secándose el cabello con la toalla, recién salida de la regadera— y preguntarse en voz alta si no sería poco práctico hacer planes sin saber siquiera cuánto duraría aquel asunto insólito, iniciado en el café de enrejados verdes, con una escena de celos de una película de los años sesenta y que había tardado poco más de un mes en entrar hasta su departamento para convertirlo en el palacio de Cenicienta.

Nadie puede asegurarme —se dijo, frotando suavemente sus brazos con la toalla—, que no estén a punto de sonar las campanadas de medianoche... o incluso que hayan sonado

mientras yo dormía. Como tampoco sé si se prolongará mi ilusión en tantos bailes de palacio que al final todo se descompondrá en una tormenta de lágrimas y drama; o quizás los dos seamos unos cínicos lo suficientemente cuerdos para mantener este «lo que sea» por diez o quince años.

¿Yo qué sé?, dijo de pronto y casi asustada. Todo es según... igual puedo levantar el vuelo a Londres o Dublín sin avisar y deshacer yo la burbuja de ilusión antes que la tragedia me alcance.

Se vio profundamente en el espejo, hasta el fondo de sus ojos y poco a poco acalló su mente y sus emociones, pues descubrió en ellos un toque sombrío. De la misma forma, Roberto puede no volver, pensó. Inclusive tal vez no estuvo aquí nunca realmente, sólo abrió un espacio involuntario en su ánimo para dejar entrar algo terrorífico para él, de lo cual tendrá que huir. Quizás ni siquiera consideró construir algo conmigo, aunque sea un amor roto, inconcluso siempre, alimentado con sexo y pocas frases.

Entonces, igual puede no volver...

Pero, de cualquier modo —se secaba ahora las piernas con fuerza, mientras pensaba— lo tuve pegado a mi cuerpo, entregado y aturdido, por muchas horas. Estuvo en mi mano de estrella, se posó el colibrí, y me dio una parte suya que ya nadie me podrá quitar. Restregó sus pies en el tapete del baño, concluyendo enseguida que también le urgía un pedicure.

Se hacía tarde para el trabajo, desde luego, pero al comprender que de ahora en adelante todos los días se estaría despidiendo de Betancourt y su estampa de Gary Cooper envejecido, su mujer tucán envidiosa y perversa; de Javier como un camello en celo, maloliente y grosero... nada más de recordar que prefería la calle a cielo abierto, con el humoniebla rodeando su vida y pasar hambre antes que seguir allí, se ponía contenta. Su nueva verdad resonaba en la voluntad: ya no tengo miedo, no tengo miedo, no tengo miedo...

Salió taconeando, después de vestirse y maquillarse a la perfección, aún con la prisa. Se sentía Linda Evangelista en el tercer milenio, en zapatos rojos y con el cabello castaño; con un traje Valentino y perfume Ives Saint Laurent. Total; quién iba a saber que lo que portaba eran ofertas de boutiques escondidas en el último rincón de la última capital del mundo, la peor, la más abyecta y que a pesar de tener el favor de todos los dioses, se desborda de miseria humana. Ella prefería apostar a que circulaba por una avenida europea civilizada, con áreas verdes y tiendas impecables donde la gente, estacionada en una contradictoria y lujosa austeridad, tomaba un tranquilo café en las aceras contemplando el paisaje urbano. Asimismo, ahora se encontraba a la conquista de un espacio transitorio de trabajo desde el cual, a su vez, conquistaría el mundo.

Todo el día transcurrió en ese tono, incluso Javier cobró el aspecto de un dromedario limpio y decente, pues la felicidad que ella irradiaba le hizo retrotraerse, asustado y receloso. Nada le dijo de su llegada tarde, ni una sola vez reclamó nada, ni la molestó con frases de segundo sentido en todo el día. Se quedó silencioso, agazapado en su oficina de manera sospechosa, pero Raquel ni siquiera lo advirtió, pues tenía mucho que pensar para su vida futura.

Con las primeras horas de la tarde llegó también una especie de sopor producto del cansancio, que en forma inconsciente le estaba pasando la factura. Su energía emocional no había bajado, pero su cuerpo no podía más. Comprendió que no había comido nada decente en todo el día, salvo galletas y café. Se había pasado el mediodía mirando embobada por la ventana del fondo del pasillo, junto al refrigerador del agua comunitaria, tratando de deslindar los tejados entre la sucia densidad exterior; a pesar de comprender que era un paisaje desolador, aceptaba que la ciudad era finalmente su única y verdadera compañera; testigo y cómplice de su secreto, un crisol de locura y gente abigarrada que permitía el juego de la clandestinidad con una facilidad tormentosa, infectada de soledades. Con la mente en flujo libre, en realidad estaba incapacitada para razonar controladamente porque su ánimo era un torbellino. En ese momento deseó que no sólo la

ciudad compartiera su secreto, que era importante platicarlo a una amiga y por supuesto, ésa no era Sara. Ella terminará recordándome que mi holograma tiene dueña, como si los anhelos pudieran aprisionarse y ponerles etiqueta; me dirá que soy estúpida y para el caso ya lo sé; me regañaría toda la tarde-noche, al ritmo de la beodez subrayada por su envidia.

A quien tengo que buscar es a Rosy, pensaba y en el mismo instante sintió que se reducía a las dimensiones de un murciélago o cualquier otro bicho repugnante porque también recordó la desgracia anoréxica de aquel esqueleto pequeñito que vio la última vez, a quien finalmente había dejado en su comodina convicción de que superaría sus lágrimas. Siempre lo hacía; Rosy era así, con una voluntad implacable para el sufrimiento por amor.

Así que al caer la noche, unos minutos antes de salir y después de soportar por enésima vez la vigilancia atormentada de Javier, quien durante el día entero había hundido una vereda frente a su cubículo sólo para mirarla, marcó el número de la casa de Rosy.

—Hija, qué bueno que nos llamas...

—Señora, discúlpeme pero he andado distraída, con algunos problemas. ¿Puedo hablar con Rosy?

Conversó con ella, pero Raquel sintió, desde el primer instante que escuchó su voz, el desvanecimiento del miedo. Su amiga le transmitió, sin palabras, que vivía una agonía suave

y lenta. El tono de adolescente triste que siempre tenía revelaba una tranquilidad escalofriante y estacionada en la resignación. No dijeron nada significativo además de que se alegraban de encontrarse. Raquel prometió verla pronto y colgó, pero sin poderlo evitar, al subir a su auto enfiló a casa de su amiga. Iba absorta en las luces, en defenderse de los demonios que echaban a su camino las máquinas destartadas y rugientes que conducían. Desesperaba en los semáforos en rojo, aceleraba en cuanto podía en las vías rápidas, para así llegar lo antes posible.

Estacionó sobre la acera y la casa estaba en penumbras; tocó y una madre pálida y macabramente convencida de que la tragedia la tenía encarcelada, nada más verla, dejó salir lágrimas. La abrazó y sin decir más la invitó a pasar al único cuarto iluminado de la casa: la recámara de Rosy. Ella se quedó sentada en el mismo rincón de la salita de estar, frente a un televisor pequeñito y antiguo que, casi mudo, transmitía cualquier melodrama con una voz cambiante que iluminaba apenas la total oscuridad.

Rosita estaba en su cama, casi sentada y apoyada en almohadones, con un libro en las manos que ya había bajado a su regazo al escuchar que su amiga había llegado. Sonreía y Raquel también, pero en sus miradas campeaba un silencio espiritual que no tenía sentido romper, pues ambas sabían de dónde procedía. Se estremeció al contemplarla: estaba

aún más delgada, más pálida y su quietud revelaba una espera, sin lucha posible, de la muerte.

XVI

Platicaron, sí, pero nada se decían. Algo sobre la ropa de Raquel; por supuesto la melancolía del otoño, la frescura que lograba poner en las sábanas la madre de la enferma, los muchos días que tenían sin verse. La mirada de la muchacha era profunda, fija e inquietante, por lo que Raquel no podía sostenerla más de dos segundos. Finalmente, ante el desasosiego de aquel silencio emocional, habló realmente.

—Esperaba encontrarte levantada por lo menos. ¿Tienes algo grave y no quieres decirme?

—No tengo nada, pero casi no siento hambre. A veces tengo pesadillas y prefiero dormir poco, o nada. Leo mucho, mi mamá me trajo una novela que acaba de salir, es sobre las muchas formas del amor, ¿no la has visto?

—No me cambies el tema... te pregunto por qué no te levantas.

—Raquel —dijo Rosita, con una sonrisa condescendiente—, no tengo motivos para levantarme. Hace mucho me despidieron del trabajo y... tampoco hay a quién ver en la calle; tú vienes a verme, mi mamá me cuida...

—Insisto... no me cambies el tema. Lo diré de otro modo: ¿por qué no sales a la vida?

¿Qué haces aquí, echada? ¿Estas esperando morirme?

La muchacha permaneció con la vista baja, enmudeció sin lucha; Raquel siguió su sermón, pero era como hablar a las paredes. Después ambas callaron de nuevo y las palabras huyeron de sus cerebros, de las circunstancias, de la habitación, de la existencia. Comprendieron que se había levantado un muro entre ambas. Cuando su amiga logró tranquilizar totalmente la necesidad de regañarla, Rosy levantó la vista y la miró con una media sonrisa.

—Tú estás viva; yo no —dijo—. Por cierto, se te nota el amor y me alegro.

No dijeron más. Raquel se sintió incomoda e hizo movimientos para retirarse; se incorporó y dio un largo abrazo a su amiga.

—No te hagas ilusiones —le dijo— de que te voy a dejar en paz; vendré todos los días hasta que logre sacarte a rastras de entre las sábanas.

Se besaron la mejilla y Raquel salió sin hablar, deseosa de alejarse de allí lo antes posible. No pudo verla en muchos días. Roberto le habló varias veces en la semana. Con voz mimosa le decía cuánto necesitaba estar con ella y prometía visitarla por la noche, pero la dejaba esperando. Al día siguiente se disculpaba y otra vez con voz mimosa le juraba sentir una gran angustia por su ausencia. Ella

supuso que era honesto; no le quedaba otro remedio. No es un actor de la vida —pensaba ella—, es un actor del trabajo, como lo somos todos. En su vida es honesto... ¿honesto? ¿Y Mariana? ¿Qué es Mariana para él, estúpida, sino un escenario? ¿O el escenario... soy yo? Y a esta altura, diciéndose cosas aún más duras frente al espejo, llevaba ya, esa mañana de viernes, cuatro visitas al baño de la oficina para ver el estado de sus ojos, que amenazaban constantemente con derramar todas las lágrimas de una catarsis retenida, una espera asfixiante que la estaba devorando.

La mañana del sábado fue terrible, porque permaneció en casa la noche anterior; ni siquiera sintió deseos de ir al cine y menos aún tuvo el valor de hablar con Rosita para levantarle el ánimo. ¿Qué ánimo podía levantar ella, que estaba también muriendo de amor? Vio películas antiguas y más o menos a las tres de la madrugada sintonizó un canal de temas eróticos. Se empeñó en analizar sus sentimientos, las sensaciones excitantes y dilucidar así hasta dónde era amor y hasta dónde su vacío de sexo, aquella angustia. No pudo, el amor la atormentaba; amor y su inevitable epílogo: el sexo. Sexo y amor, amor y sexo, la ecuación podía cambiar de orden, pero sus dos elementos eran indispensables, como dos caras de una moneda.

No era el rostro de su holograma solamente, lo que miraba cada vez que cerraba los ojos. Desde su

edad temprana imaginó ese hombre que ahora había encontrado en la vida, pero no provenía de películas o novelitas rosas leídas en la clandestinidad. A esta altura, Roberto ya no se parecía a los galanes de cine; era mentira que lo idealizaba. Era él de carne, de hueso, con sus debilidades y su personalidad irresoluta. Una premonición adolescente que ahora coincidía con la realidad.

Qué cursilería más espantosa, dijo en voz alta cuando apagó el televisor, casi a las cuatro. Cómo es posible que después de haber peleado mi libertad con uñas y dientes, yo misma cierre por dentro el cancel de esta jaula iluminada... Prefiero la oscuridad libre que el cautiverio así; Roberto me da luz, pero no felicidad. Así, ¿para qué lo quiero? Entre voz y pensamientos comenzó a caer en el sueño, un descanso tan superficial que, al despertar ya con los rayos del sol en su cara, desdibujado y al cual el aire gris apenas dejaba vivir, sintió que había pasado sólo un instante.

Desayunó un café y pan tostado en su estufita y un yogurt caducado que descansaba desde dos semanas atrás en su refrigerador. No se había quitado el maquillaje del día anterior; al terminar de comer y verse al espejo tomó un pedazo de papel desechable y limpió lo que pudo hasta perder el aspecto de cadáver con que se había levantado. Cepilló sus dientes, su cabello y se disponía a bañarse cuando

tocaron a su puerta y el corazón se le deshizo en pedacitos.

Era él, en efecto. Un holograma borroso ya, de tanto desearlo. Estaba recién bañado, desvelado y entre el perfume viril despedía olor a resaca. Tenía gesto triste y antes de abrazarla sus miradas se encontraron; ella, sin cambiar el gesto, comenzó a derramar lágrimas lentas desde sus ojos derrotados, cerrando torpemente la puerta mientras él la acariciaba.

Le quitó la bata, la desnudó mientras permanecían de pie en la salita, empezó a poseerla sin desvestirse del todo, la sentó en su regazo, en el sillón de llorar, y mantenía una mirada tierna e inmutable sobre sus gestos de placer. Ella estaba asustada por tanta pasión, pero dejaba salir la suya sin trabas, ardiendo los dos en los besos, juntando sus cuerpos para formar uno, aunque fuera imposible.

Después la llevó a su cama, se desnudó, se echó encima suyo y no la dejó moverse, tomó sus manos contra el colchón, la besó profundamente, después se abrazaron siempre unidos, mientras él recibía su orgasmo.

Fue una orgía de varias horas; sueño breve, pocas palabras, dormitaban y después hacían el amor de nuevo. Los dos tuvieron tres, cuatro orgasmos y no se saciaban, hasta que comenzó a caer la tarde y no pudieron más.

Durmieron de una manera profunda y se encontraron en su sueño. La presencia de él en las

imágenes oníricas de ella eran totales, la arropaban en una certeza de estar, esa que da sólo el amor cuando se siente un doble flujo. Él la miraba también mientras soñaba, pero frente a él, con la piel clara y el cabello suelto, la sabía suya y en su vida, pero no podía tocarla. Ella sentía, con su sueño, una paz completa; él una tranquilidad resignada a la ausencia. Durmieron hasta entrada la noche, despertaron con hambre, comieron galletas, pan duro y antiguo; un par de manzanas. Se rieron juntos de la pobreza de ella y de la impertinencia de él, a quien no se le había ocurrido al menos comprar jugos, pizza, cualquier borunda cortés en el camino. En todo pensamos, menos que tendríamos que comer, se decían; tienes las piernas tan bien torneadas que no puedo estar dos segundos sin rodear con ellas mi cintura, decía él. No es posible que primero me desnudes y después me saludes, decía ella.

Cerca de la medianoche, el gesto preocupado de él cuando vio su reloj, deshizo el encanto. Raquel sabía que cualquier alusión a la vida real, a lo que ocurría en el mundo exterior y tangible de los dos, terminaría con la burbuja de felicidad que se habían inventado todo el día. Él perdió la mirada sonriente, entró al baño y echó agua en su cuerpo durante menos de un minuto; salió y tranquilamente comenzó a vestirse. Ella estaba levantada y con su bata puesta, luego entró a su vez y se duchó con agua caliente, casi quemante, para

sellar la certeza de la entrega y no dejarla escapar jamás. Estaba serena, diríase contenta, y al salir del baño él estaba sentado en la orilla de la cama, notablemente impaciente. Sintió la pena llegar poco a poco, como si una mano invisible desbaratará las telarañas luminosas con que había llenado su pensamiento, para engañarlo.

Fue él quien hizo la primera alusión a la vida real. Salió de la recámara y se sentó en el sillón de llorar y mientras fingía mirar y acariciaba absurdamente el teléfono de teclas de corazón, murmuró despacio:

—Olvidé que me esperaban para una cena de familia; aniversario de... de mis suegros. Miró a Raquel y sonrió, con un gesto burlón y triste.

La miró mansamente; ella tenía el gesto dulce de una estatua griega. No pudo hablar; no podía pensar: Nada dijo, caminó hasta él, se sentó en su regazo y le besó largamente en los labios. Fue un beso de ella hacia él; Roberto la dejó hacer con la mansedumbre de un niño. Ella le tomó el rostro, le acarició las mejillas, quiso sentir su aliento, el roce del suave bigote, la aspereza de su barba ya incipiente. Luego, se levantó y le dio la espalda; fue a su cocinita, que se veía ampliamente desde el sillón, y comenzó a buscar una charola para prepararse un té. Tenía la cabeza enrollada en una toalla y sólo la bata. Escuchó los pasos de él acercarse, pero no volteó; él desde atrás desabrochó el cordón de la bata, abrió para

acariciarle los senos y el vientre, le besó el cuello y después la cubrió. Ella nada dijo. Así, de espaldas, lo dejó marchar porque le oyó alejarse, abrir la puerta y cerrarla tras de sí.

Cinco minutos después el té estuvo listo, su cabello húmedo peinado, la ropa de dormir puesta, el televisor prendido en cualquier canal. La oscuridad era un flujo entre la luz que irradiaba el televisor; así le gustaba estar: todo a oscuras, como si la pantalla de cristal fuera lo único vivo y presente en el mundo. Ella incluso, no existía en aquella ficción que surgía de algún punto de la tierra y para ella no tenía sentido. Era un programa sobre las riquezas culturales de la ciudad de Liverpool, las carreteras inglesas y finalmente la gloria y esplendor del Palacio de Buckingham.

Tomó el té, apagó el televisor llevando un gesto inexpresivo, avanzó a oscuras entre sus muebles, alcanzó la cama y casi al instante de cubrir su cuerpo con las sábanas y sobrecama, impregnadas ahora con aroma del amor absurdo que llenaba la totalidad de su vida, se durmió plácidamente y sin tormentos, sin dudas, sin lágrimas.

XVII

Raquel Verno disfrutaba los ambientes góticos. Fue esa la razón por la que decidió vivir en la Gran Capital, aunque estuviera degradada, violenta y eso la obligaba a soportar como compañero el miedo. Sin embargo, aunque para ella lo sombrío era un elemento agregado a voluntad, buscaba estar a salvo, tampoco era necrófila irremediable.

Por ejemplo, a veces paseaba por el centro histórico de la ciudad sólo para rodearse en el aspecto de los locales comerciales abandonados, y combinar esa emoción con el asombro por las cornisas y pórticos coloniales de los edificios antiguos. Buscaba algún café de esos casi subterráneos, viejísimos y atendidos por meseras que habían trabajado de prostitutas en su juventud, y tomaba un líquido patético llamado café con leche que servían en vaso de cristal, tan caliente que no podía ni tocarse.

Por eso también sentía fascinación por las películas históricas, y mejor si narraban las pasiones políticas de antiguo, del medioevo pleno, cuando bastaba una pequeña discordia para que los duques y los príncipes se envenenaran las copas del banquete

con un polvito guardado en el anillo. Estaba convencida de que en sus vidas anteriores quizás habría sido hombre, custodio de calabozo en un castillo, o un marino greñudo y mugroso que se jugaba la existencia por unas perlas o monedas robadas a los comerciantes del Mediterráneo, para así poder comprar sedas exquisitas a su hetaira favorita.

El deleite de mirar los corceles correr a campo traviesa, en las batallas de las películas, era una reminiscencia, eso lo tenía claro. Y luego, en vidas posteriores a las de guerrero, se juraba haber sido una mujer que usaba vestidos vaporosos, con miriñaque y paseando melenas a media espalda, trenzadas y seductoras, mientras arrastraba una existencia atormentada por amores imposibles. Las paredes espesas de las torres de castillos, las cocinas oscuras y llenas de sirvientes, la campiña salvaje y solitaria. Los crepúsculos desoladores, todo eso le era fascinante. Eran recuerdos acumulados, había nacido con ellos, pues los imaginaba desde muy temprana edad. En su vida estudiantil y profesional ya había consumido toda novela clásica al respecto, y visto películas a destajo sobre el tema. Hasta la Ciudad Gótica del Batman moderno la había desmenuzado una y otra vez. Era difícil pensar en serio mientras el saltimbanqui encapuchado trepaba paredes escurridas con melaza negra, húmeda y la posmodernidad se lo tragaba en el

absurdo; pero también disfrutó las escenas de corretizas y heroísmo banal.

Así que el germen gótico de su espíritu y la convicción, vaporizada en ruidos urbanos, de que a pesar de todo aquel engaño de amor era una experiencia que le estaba destinada, le daban una paz completa. Levantarse con la luz tenue de la aurora y luego casi poder ver el sol rojizo amanecido, entre el pardo de un aire irrespirable, era suficiente estímulo para que ella sintiera su sangre correr segura por las venas. Finalmente, pensaba, llegar al cumplimiento de un sueño es un poco morir, pero para renacer a lo nuevo.

A pesar de que durante todos los días de la nueva semana no tuvo una sola llamada de Roberto, su ánimo no decayó, porque su sangre le urgía estrenar nuevas experiencias, dejar atrás lo manido y triste, pues había terminado su anhelo. Un día de amor era suficiente para justificar su vida y ahora, con la existencia revitalizada, tenía que volver a comenzar para agradecer al Gran Espíritu tanta suerte.

El viernes estuvo todo el día haciendo memoria sobre la obra de Dickens —por supuesto, sobre todo sus atmósferas cargadas y oscuras— que había estudiado para su titulación. El jueves por la noche pidió permiso a la fiera enjaulada en que se había convertido Javier, quien casi no le hablaba todavía, para ir diez kilómetros al oeste y buscar el Instituto Inglés donde deseaba afinar su acento británico

para cursar el postgrado. Y por fin, aquel remedo de jefe, quien lo era sólo porque le ordenaba hacer el trabajo pensante que a él correspondía; soltó el primer chorro de veneno:

— ¿No te puedes aguantar las ganas hasta la salida? Dile a tu galán que los placeres se disfrutan mejor después de las horas hábiles. Aunque hacerlo en el escritorio debe tener su encanto...

—Sólo me voy a tomar una hora, si no tienes inconveniente —dijo ella, pretendiendo no haberlo escuchado—; y para las clases no habrá problema con mi jornada (¿por qué le doy explicaciones a este animal?, pensaba tamborileando los dedos en su pierna y esperando respuesta).

—Como quieras, no te puedo despedir por desacatar mi voluntad por sesenta minutos, ni aunque los dediques a revolcarte con un hombre. Ella parpadeó con suavidad y una tolerancia infinita, dio media vuelta y salió, eso sí, dispuesta a no entregar su empleo sin darle al patán su merecido. Por ejemplo, pensaba mientras taconeaba hacia recoger su bolso, tres bofetadas con toda mi alma; o tal vez echarlo por las escaleras, o incluso si algún diablo me ayudara, conseguiría un virus de la gripe aviar para espolvorearlo en su café. Por ahora era necesario aguantar y estaba cierta de que el despedido estallaría de alguna forma, antes de despedirla. Había llegado el momento, por lo tanto, de

renunciar. Recogió su bolso con el estómago en espasmo por el miedo, porque aquel sueldo miserable con el que llevaba ya dos años no le permitió ahorrar un solo centavo y quedaría a la deriva si no hacía algo urgente.

Aun así, se dirigió al Instituto Inglés y vio que los últimos pesos de su quincena no alcanzaban para inscribirse. Ella prometió volver y a su vez le prometieron que, una vez actualizada en la práctica, en tres meses pasaba el Toeffel. Eso bastó para arreglar su ánimo y se retiró a casa. Estacionó, enfiló hacia la escalera y recordó de nuevo, sin poderlo evitar, que Roberto no se había dignado hablar o enviar señales de humo. Puede tardar semanas, se decía, nada bien estaba cuando se fue. Llegó a su departamento y no encendió la luz, se quedó en el sillón y junto al teléfono a estrujarse el corazón irremediabilmente —una vez asumido el silencio de la noche—, con el miedo atroz e inconfesado de que Roberto no volviera. Es lógico, murmuraba; es tan predecible... en su vida acartonada y perfecta yo no tengo sitio, y si el día de amarnos se olvidó hasta de qué madre provenía, debe estar muy asustado. Se dirigió a la cocina, dispuesta a callar aquellos razonamientos, tan impertinentes, tan improductivos en lo emocional. Yo lo amo y eso es todo. Ninguna otra cosa importa, dijo en voz alta cuando sacaba la ollita para el té. Entonces tocaron a la puerta, pero no

era él; lo supo al instante porque eran golpes indecisos, apagados.

Ángel apareció, todo él reconstruido desde la última vez que platicaron en la escalera. El pelo aún era largo, pero estaba peinado y limpio; seguía delgadísimo y vestía jeans con camisa fajada, a rayas y hasta se podía imaginar de buena marca. Lo más importante era que tenía el gesto tranquilo, alejado de aquel rictus revelador de penas que llevaba, además había desaparecido el antiguo olor resudado y ausente de baño.

Sonreía mientras se entró sin ser invitado, diciendo «qué milagro que te encuentro, no me has dado el chance de platicarte cómo voy desde mi tunes, deseando tu compañía y aguantando las resacas.»

Ella le miró sin hablar, asombrada por la visita, sin acatar a sonreír o poner cara de disgusto porque nada bien le hacía en ese momento... o pensándolo bien, quizás sí, era compañía lo que necesitaba, alguien con quien hablar de cualquier cosa. Encendió las luces de toda la casa, quizás como una advertencia para el petimetre de que había sólo amistosas intenciones de su parte; le ofreció té, se sentaron a tomarlo en la salita, riéndose uno del otro por los residuos de penas amorosas que todavía tenían colgando como las laminillas de oro de *El príncipe feliz* (la comparación la hizo él, curiosamente). Conversaron también sobre todos los melodramas que pudieron recordar y tenían finales tristes: *Nuestros años felices*, *Casablanca*

(diosmío, quién se acuerda de *Casablanca*, dijo él), *El príncipe y la corista*, *Amor sin barreras*, *Historia de amor* y por supuesto, sin la cursilería, *Cumbres borrascosas*. Se burlaron por lo flacos que andaban ante la necesidad de ser atendidos y, de pronto, él se puso realmente serio sin aviso alguno, sin preámbulo. Hubo un silencio que Raquel sintió incomodo, no encontraba qué decir o hacer, porque él contemplaba la taza del té sin moverse, con la melena caída sobre las mejillas, como sumido en recuerdos.

—Oye —dijo después de una eternidad—, ¿ya te conté que Blanca me puso el cuerno por meses, antes de dejarme?

—Sí, me dijiste.

—¿Tú no traes cuernos?

—Ni siquiera sé si tengo pareja, no ha habido tiempo para infidelidades.

—¿Cómo? ¿No traías un galán?

—Pues... ya es algo más, pero todavía no sé qué.

—Amante sí es, mientras se convierte en marido, ¿no?

— ¡¿Marido?! Angelito, ésas son ocurrencias.

— ¿Por qué? ¿No quieren eso todas las mujeres?

—Yo no quiero un marido...

— ¿Entonces un amante? No me habías dicho, guapa...

—No cabe duda — dijo ella con risa franca y suelta— estás loco, pero no hagas bromas con eso, por favor.

Se hizo el silencio de nuevo. Ésta vez fue más largo y expectante. Raquel sintió miedo, después de todo, no conocía bien al Angelito. Un par de bromas dichas en la escalera no lo hacían un vecino con toda la barba; y menos un amigo. En un momento en que el hilo de la tensión parecía romperse sin remedio, Ángel volteó a mirarla tan honestamente que ella bajó las defensas.

—No me hagas caso; es broma porque no me atrevo a decirlo en serio. Yo te conozco mucho más que tú a mí. Te espío a veces por las noches, cuando llegas del trabajo. Como no tengo qué hacer, ¿ves? —y sonrió con pena—; dejé la escuela, estoy desempleado y desesperado, vendo sábanas y zapatos de casa en casa, por las mañanas... — y bajó la cabeza, en una carcajada contenida.

—No te metas con eso, Ángel, arruinas el momento.

—Raquelita, te juro, yo vigilo tus entradas y salidas, me sé tus piernas de memoria; sé que tu galán te ha visitado dos veces y la última estuvo todo el día.

Raquel abrió la boca de asombro.

—¿Cómo es posible que te trate así? Se ve un tipo importante... dile que te ponga al menos un departamento mejorcito que esto.

—Ángel...

—¿Qué?

—Por favor vete...

—Sí, me imagino que no quieres oír verdades. Estoy celoso, ni modo.

— ¡Celoso!, ¿celoso? No lo puedo creer, Ángel, estás loco...

—Pues, sí... ni modo, y ya no me digas loco; cuando uno no tiene qué hacer se dedica a pensar babosadas, a soñar despierto. Me gustas, te sueño, fantaseo contigo... ni modo. Y también sé que es muy poco probable que me dejes acercarme. Tú tienes una pinta seria, eres madura, guapa y estudiada; tu galancete se ve muy distinguido también... trae carro fino y todo... ha de ser casado y con dinero, ¿no? Situación vulgar y común, pero a las mujeres eso les gusta... Yo soy casi un vago y hasta cornudo; ¿a qué le tiro, por favor?

—Y cállate... no tienes permiso a meterte conmigo de ese modo, ya te dije. Ni siquiera somos amigos. Te tuve compasión, platicué contigo media hora y ya te quieres meter en mi cama.

—Dame todo lo que quieras guapa, pero no compasión. Córreme a patadas, pero no me tengas compasión. Y no me quiero meter en tu cama... bueno... sí, pero a menos que me invites. Yo tengo mi dignidad, para que lo sepas.

—Pues no parece. ¿Cómo vienes a decirme todo eso, si sabes cómo me siento? No puedo creer...

—Ya te dije que te vigilo, y porque sé cómo te sientes me animé a venir. Has de estar arañando el

piso de angustia, como yo cuando Blanca me dejó. Hace una semana que no viene tu hombre.

—No me digas... yo no arañé el piso por ningún hombre, pendejo.

—Pues por ése, yo pienso que sí; lo inteligente a veces se guarda en los cajones y uno se porta pendejo... o pendeja... traes arrastrando el amor hasta las pestañas.

—¿Y así quieres acostarte conmigo?

—Ante de responderte, dime: ¿lo extrañas, o no? Y entonces hizo algo insólito, que Raquel hubiera esperado, pero de alguien como Javier, no de Ángel. Se levantó para arrodillarse junto a ella, jaló suavemente sus cabellos, acercó los rostros y la besó largamente, muy excitado. Al percibir la pasividad y respiración profunda de ella, empezó a buscar sus senos, acariciarlos, y también sus piernas, hurgando bajo la falda. Ella, insólitamente también, lo dejó hacer porque sintió una química grata, le había gustado el beso y más las caricias, comenzó a excitarse también pero, cuando Ángel llevaba ya su mano demasiado lejos, ella la quitó y se separó, puso las manos en sus hombros y lo arrojó al piso. Se levantó de golpe, enojada por supuesto, con el pelo en desorden y bajándose la falda se dirigió a la puerta; la abrió de par en par. Salió al pasillo y desde fuera le dijo, casi a gritos: —Ya vete, Ángel, déjame en paz.

Raquel empezó a sentir lágrimas de rabia, pero no las dejó salir; recargada en el barandal vetusto del

pasillo, mirando hacia cuatro pisos abajo, deseaba correr hasta la calle para terminar aquel mal sueño. El muchacho salió paso a paso con el gesto descompuesto y la miró tristemente.

—Por favor, Ángel, no me hagas esto... —dijo ella, de espaldas.

El chico se fue a paso lento y en silencio; ella entró y cerró lentamente, puso el seguro y lloró tanto tiempo que no percibió el avance de la noche, quizás se durmió de madrugada, profundamente, con los ojos hinchados y el cerebro embotado por la confusión y la soledad.

XVIII

Cuándo él se dignó tomar el teléfono y llamarla a su oficina, había transcurrido casi un mes desde el día entero de amor. Y no la buscó para encontrarse, sino sólo para ver cómo estaba.

— ¿Quieres saber cómo estoy? —dijo ella, conteniendo el vendaval de su resentimiento.

—Sí... me muerdo por verte, pero no he podido robarme un segundo.

Diosmíoelmentirosoéste — pensaba y se removía en el asiento, sin saber qué decir. Darle calabazas me mataría lo mismo que volverlo a ver, pensó, observando pasar a Javier frente a su puerta, con intención misteriosa, lascivo, actuando como zorro hambriento.

— ¿Te mueres por verme?

—Sí. Oye... ¿puedes hablar? —el holograma había notado su tono frío—.

—Claro... mi oficina nadie la visita, como no sean los capataces.

—Bueno, quería saber cómo estás. Sara Robledo... conoces a Sara, ¿verdad? Cuando te invite, ve con ella. Ya tengo que colgar.

Siempre fue una verdad predecible que aquel galán no servía; aún con su oligofrenia enamorada lo presintió desde el momento que lo vio en el café con su Asistentita Perfecta; él también se veía demasiado perfecto. Y sabía ella, desde tiempo inmemorial, que en su condición humana estaba vetado ser Asistentita Perfecta para algún ser vivo. Mucho menos para un galán de poco monta; guapo, eficiente, sexo-servidor maravilloso, pero rotundo en su egoísmo. Virgen de los pueblos sometidos —murmuró, furiosa— ya me imagino lo que me diría, si le reclamo: «Tú sabías que soy casado... nunca te engañé... yo tengo otra vida hecha, pero te juro que no puedo vivir sin ti». Eso era un discurso necesario en los melodramas de Ramón Gay y David Silva, hoy ni siquiera en las malas comedias se oye, pero este cobarde es capaz de decirlo sin parpadear... en cambio yo tengo que ser punto menos que una Angelina Jolie combatiendo criminales por las calles, autosuficiente y dispuesta a cualquier desaire.

Caramba... qué coraje tenía. Duró más de tres horas tan inquieta y revoloteando papeles, aventando su silla cada vez que se levantaba, golpeando puertas, que su rabia alcanzó para enfrentar a Javier antes de la siete de la tarde y decirle que necesitaba un aumento urgente de sueldo.

— ¿Qué? —había contestado el energúmeno, con media sonrisa y rezumando hiel por la nariz.

—A menos que estés dispuesto a que trabaje medio tiempo, y el resto de la jornada venderé libros de puerta en puerta.

—¿Qué tu galán no te cubre las propinas? Te veo embobada, hace más de un mes que apenas trabajas, te pasas las horas suspirando hacia la ventana del pasillo; por cierto es poco constante, ¿no?

—Oye, las novelitas rosas las leo yo; necesito el dinero y lo demás no te importa.

—Uy, uy, uy...

—¡Pídele a Betancourt un aumento para mí, o se lo pido yo!

—Haz lo que te dé la gana, muñeca; yo no soy tu papá para resolver tus problemas.

Ante esto, Raquel Verno Marín, como siempre ocurría en los momentos estelares —o subterráneos— de su vida, soltó durante quince minutos el control, aunque ello le costara una semana de cruda moral o incluso la chamba.

—Además de cabrón eres pendejo —le dijo, con satisfacción— con un padre como tú, mejor huérfana. Es la última vez en tu vida que me insultas.

Salió, recuperó su bolso y dio un portazo a la oficina que debió escucharse hasta el edificio de enfrente.

Pasó día y noche agobiada por la inquietud; la levantó el alba y, entre la bruma del desvelo, se lanzó a la calle una hora antes de lo acostumbrado,

para conseguir todos los diarios y leer todas las ofertas de empleo. A partir de las nueve y media, protegida en su celda de la insidia-espionaje-mujer de colores, hizo algunas llamadas sin éxito, retomó su trabajo a las once, con la determinación de volver rutina esa lucha hasta conseguir otro empleo.

El calvario duraba más de una semana, durante la cual apenas comió, no lograba descansar pues cada minuto gastado en la cama le parecía perdido; estaba bajando de peso, la curvatura de sus caderas se desvanecía, sus mejillas perdieron color y volumen; el cabello se le secaba, pero nada era un sacrificio demasiado grande para encontrar otro lugar donde ganarse la vida.

No volvió a dirigir la palabra a su jefe; abandonó su trabajo. Los manuscritos a revisar se amontonaban, las correcciones, la publicidad se atrasaban, los reportes sobre Evelyn Bo dejaron de salir, simplemente. Cuando el terror ante el desamparo empezaba a caer como macabra ceniza sobre su cabeza, surgió una esperanza. Se interesó en ella el gerente de una gran empresa vendedora de artículos domésticos. Necesitaba una asistente y Raquel se había mostrado ágil en sus respuestas durante la entrevista. Le enfatizó que no se ocupara, que en breve la llamaría para presentarla con el gerente general. Pero el tipo llevaba ya dos

días en silencio y además el fin de semana estaba encima. Cualquier cosa, hasta vender refrigeradores con tal de no leer más a Bo, o luchas contra los faunos.

Salió ese viernes al enjambre de luces otoñales de la ciudad, a hora temprana y de nuevo sin despedirse; pensaba obsesivamente que de un momento a otro los jefes la botarían sin aviso. Caminó otra vez hasta el café de enrejados verdes, donde al menos su bello mesero con aire latino le serviría un capuchino descafeinado y maravilloso, con crema a la canela como sólo él sabía ordenarle. En su tormenta de soledad se había refugiado allí en sesiones consigo misma, en el patio del lugar y dedicada a sentir que el adorable trigüeño la protegía, al menos de que su café no enfriara. Un día sí, un día no, revisaba allí temprano por la mañana o al caer la tarde, los diarios que no alcanzaba a ver en la oficina.

El jardín, esa vez, estaba insólitamente lleno; decidió buscar un rincón en el interior y proteger sus piernas del aún tímido frío invernal. Disfrutaba la caricia visual de su protector, el paso de sus manos a un costado de su cuerpo para poner la taza en la mesa cuando, al levantar su mirada para agradecer, se encontró a pocos metros con la estampa aborrecida de Javier. Estaba parado e inmóvil, como un cazador ante su presa.

Fue tal el gesto de temor de Raquel, que el trigüeño miró también al cazador y comprendió

enseguida la situación. Se quedó inmóvil, indeciso; Raquel percibió su solidaridad, sus miradas se encontraron y él dio media vuelta, muy despacio, para montar guardia a unos metros de ella. Sí, tenía miedo. Ya eran demasiados los motivos que había bordado, en la vida diaria, para que su verdugo la atacara.

Javier se aproximó lentamente, como los pistoleros en las películas de vaqueros. El andar prepotente, de piernas separadas, viendo sin mirar, las manos caídas, pero con cierta tensión, cerca del revolver. Retiró la silla y se sentó ruidosamente como si estuviera en una cantina, iluminada con lámparas de aceite, del pueblo polvoriento más abandonado y quisiera asustar a las culebras y los alacranes. Ella, sentada ante la mesa y como vestida con sedas color fucsia, una diadema de plumas y el peinado lleno de caireles caídos a la espalda, respondió a la actitud de su jefe con gestos de temor y a la vez desafío; se aferró a su taza, sus pupilas con expresión fría, en alerta. El no hizo preámbulos.

—Vengo a preguntarte si sigues trabajando en la agencia, porque casi no te he visto.

Raquel no respondió.

—Hoy Betancourt me llamó la atención; ya tenemos problemas, casi todo está detenido. He tenido paciencia, esperando que tus penas se suavicen, pero esto es demasiado.

— ¿Mis penas?

—Digo, como tu galán te dejó, supongo que necesitas tiempo. Puedo darte otra semana, pero no más.

—Yo no tengo penas; y si las tuviera son asunto mío.

Ahora fue Javier el silencioso. Raquel suspiró antes de agregar:

—Pues mira, no había tenido tiempo de decírtelo, pero haz de cuenta que renuncié esta tarde. Mañana temprano te entrego la carta.

— ¿Qué nadie te enseñó que los trabajos no se dejan así? Debes avisar con dos semanas de anticipación y dejar tu material al corriente o te ponemos una demanda, muchacha.

Raquel cruzó las piernas, como revoloteando su larga falda y los zapatos amarrados con listones hasta la espinilla. Volteó a mirar a su mesero, quien como un pistolero de mirar directo, impoluto y fuerte, estaba de pie, firme y atentísimo a cualquier señal suya.

—Javier —dijo ella, intentando una sonrisa—, yo arreglo eso con el jefe, no te apures.

—No te vayas a ir así, guapa; no puedes... ¿es que no escuchas?

Aquel villano como de cantina levantó su sombrero de un lado, dejando ver su desaseado rostro más arriba de las cejas. El cuello de la camisa estaba grasiento, la barba crecida de tres días. Sin duda un bandido de temer, y muy repulsivo. Hubo un corto espacio mudo; él bajó la vista, ella sintió evidente

aquella energía mala que siempre despedía. Pasaron unos segundos y luego, cuando volvió a mirarla tenía otro semblante; entre la dureza de su frente y el rictus de la boca, un brillo de súplica se distinguía en el fondo de su mirada.

—Otra vez sola y sin tomar en cuenta mi propuesta... ¿cuánto tiempo crees que puedo aguantar? ¿Y todavía te quieres ir así nomás? Yo entiendo tu sufrimiento, de verdad, pero cuentas conmigo, Raquel. Te espero, te ayudo...

El cambio fue tan insólito, que ella sintió volver la normalidad al pequeño salón del restaurante, las luces recuperaron fuerzas, su mesero se convirtió en un muchacho decidido a defenderla, con actitud expectante. Su vestido desapareció y también el sombrero de su jefe.

—Déjame tranquila, Javier —dijo, con una mirada sincera y buscando ya un diálogo normal—; lo único que quiero es dejar ese trabajo. Yo me arreglo con el jefe para lo demás.

—Ya te dije que te espero; después de todo el trabajo no es cosa de vida o muerte...

—¿No entiendes? ¿Ni en momentos así eres capaz de aceptar que no voy a hacer lo que a ti se te antoje? Yo ya no trabajo contigo; hace muchas semanas que no estoy realmente en la oficina, ¿está claro? No me importas tú, ni los reportes, el jefe o las novelitas. Prefiero pasar hambre que seguirte soportando, encerrada en esa oficina podrida de

humedad y llena de grilletes. Haz tú el trabajo o encuentra otra esclava.

Entonces se levantó e hizo el gesto de marcharse, pero Javier se levantó también de golpe y la tomó del brazo.

Ella hizo el gesto típico de las últimas mujeres reprimidas del siglo XX, que mostraban su educación con chongos en la nuca, sombreros de velo en los ojos y falda a media pierna: zafó el brazo suave, pero firmemente y quiso seguir su camino. Javier la jaló de nuevo y entonces ella, con el empuje de dos años hambrientos de venganza, estampó una bofetada tan violenta en la cara de su ex jefe, que lo hizo tambalear.

Con los ojos enrojecidos, como si hubiera encarnado a la novia de un Drácula milenario, le miró casi caer, con el corazón nadando en placer. Sin embargo, el hombre se recuperó con una furia instantánea. Raquel buscó con mirada rápida a su protector, pero había desaparecido. Dio media vuelta y comenzó a caminar; el energúmeno la jaló de nuevo, del mismo brazo y con la misma violencia. Ella intentó liberarse y entonces él la tomó de los cabellos. No pudo encarnar a Jennifer López o alguna elástica mujer-gata de *Los Ángeles de Charlie*, no hubo tiempo. Se dobló al instante, pero entonces, cuando Raquel entregó su voluntad, Javier la soltó porque un hombre corpulento y feo como pirata de *Peter Pan* le había aprisionado y torcido el brazo libre, haciéndolo doblar de dolor.

A ella, su mesero la recibió porque también estuvo a punto de caer. El abrazó sus hombros, le tomó por la cintura y con su cuerpo vertical se convirtió en un receptor seguro para su humanidad a la deriva.

Lo que siguió recordaría a Raquel todas las películas vistas en su niñez cuando, aferrada a la falda de su madre para no perderla en la oscuridad, permanecía expectante a los conflictos de las damas y los caballeros impecables que transcurrían en la enorme pantalla, que se enamoraban acartonadamente, con pasión subterránea y el corazón en su sitio, aunque vibrante y pletórico de vida. A Javier lo sacó casi en peso el hombretón, sin soltarlo y empujándolo con violencia. Ella sintió sus piernas débiles y abrazó también al trigüeño, para no caer. La condujo a la elegante oficina del gerente; en silencio, le ayudó a descansar en el diván de las visitas, le sirvió un vaso de agua y se quedó de pie frente a ella mientras lo bebía. Al levantar su rostro y entregarle el vaso, él vio el brillo de sus abundantes lágrimas y sufrió una conmoción. No pudo contenerse y se sentó junto, muy junto a ella, que lloraba más y descomponía toda su cordura en una invalidez para él fascinante. ¿Qué hizo Raquel, en medio de aquel torrente de lágrimas que no correspondían realmente a los hechos? ¿Buscar su vertical y mantener la dignidad en vilo?

No. Se inclinó hacia el hombro del muchacho, colocó la frente en su cuello y con el brazo libre rodeó su cintura. En ese instante él la apretaba contra sí, entregado a protegerla con su instinto de hombre instalado en la pureza. Se prendieron en una cercanía insólita, mientras ella sollozaba como una niña y él, con un encanto azorado, presionaba con la barbilla su frente y acariciaba su cabello.

XIX

Así que mientras Raquel cuchareaba su café, demasiado caliente todavía, ante la ventana de su departamento la siguiente madrugada —después de haber dormido sólo dos horas, claro— sentía una gran vergüenza de sí misma por semejante escenita. Se hubiera relamido el bigote el Indio Fernández y el gesto contenido de pena, ceja en alto a lo Dolores del Río, no hubiera lucido tanto en las pantallas de plata como aquel lloriqueo de melodrama en hombros de su defensor: un joven con el uniforme más humilde del mundo.

Qué horror... no volveré a ese café; me van a echar por los zafarranchos que provoca mi belleza, como a las pirujas de las casas decentes, en las historias del siglo diecinueve. Y mientras pensaba reía con llanto, como una niña.

Tuvo que ir a la oficina con unas ojeras hasta la barbilla, sintiendo enorme su vestimenta por los kilos que había perdido y se presentó ante Betancourt para entregarle una carta-renuncia confeccionada al vapor, donde no daba explicaciones e implícitamente no esperaba compensación alguna. El Gary Cooper en desgracia

le miró con fijeza y desconcierto, aunque de sobra sabía él y más sabía Raquel que él sabía, la causa primera de su renuncia. Le pidió el tiempo reglamentario mientras encontraban a otra persona y ella concedió sólo tres días, a sabiendas de que violentaba la legalidad. Betancourt insistió caballerosamente y ella no discutió más, dejando ver con su silencio un posible consentimiento. Ese día habló el vendedor de refrigeradores y ella, vencida por la testarudez y el orgullo, le dijo «gracias, no... acabo de colocarme en otra empresa». La bofetada a Javier le producía cierto consuelo y ya no se concebía vendiendo estufas o lavadoras, en vez de ejercer su profesión; tenía una dignidad por defender todavía, aunque la hubiera entregado provisionalmente a su hermoso mesero. Ocurrió otro pequeño milagro que ya no esperaba, al día siguiente: Sara Robledo le habló, justo en el momento de terminar el tercer reportito inventado sobre Evelyn Bo, hechos finalmente de buen grado porque eran los últimos de su vida. Nunca más me asomaré a estas historias de amor victorioso, las escenas de sexo son como las balaceras y aventuras en el espacio, las trompadas y golpes de Tae Kwon Do en las mejores fantasías masculinas. Tecleaba y pensaba satisfecha, ensalzando la historieta de final perfecto como vendible a ultranza, cuando la voz de Sara sacudió su conciencia.

—Tendremos una fiesta en casa, celebramos medio siglo de mi hermano y estará allí todo el mundo. ¿Vienes? Hace rato que no platicamos...

—Sara, por favor... ¿Qué voy a hacer allí, como no sea seguirte igual que un gato hambriento? No me gustan las fiestas donde me siento ajena.

—Amiga, tienes que venir y te diré por qué: es una excelente oportunidad para que encuentres un marido rico. Tengo algunos prospectos para ti, no me puedes fallar.

—Eso nomás faltaba —dijo Raquel con una sonrisa liberadora—; que seas tratante de blancas... me va a costar mucho fingir la virginidad, pero puedo intentarlo.

Sara rio complaciente; dejó en el aire y como broma aquella idea nada falsa de sus intenciones.

—Tú vente... lo necesitas. Es el viernes, llega tarde y muy arreglada, para que entres como una reina.

—Bueno, pero como estoy hecha un esqueleto no daré mucho más que una modelo de tercer mundo... iré por curiosidad.

Sí, recordó que su ahora devaluado galán le había ordenado expresamente acudir a la invitación de Sara; de tal suerte que con toda seguridad allí estaría, entre los gargantones de la política lugareña, aquellos con dinero y poder para mover conciencias. También sabía con certeza que no era el preámbulo de otro encuentro amoroso, sino probablemente el ensayo general para romper lo

que nunca forjó. Querrá otra vez la perfección de su tinglado, todo su entorno existencial para demostrarme por qué «lo nuestro no puede ser». Y pensando esto levantaba la ceja, ahora —creía ella— como María Elena Marqués, ante el espejo del pequeño baño de la oficina y observando sus mejillas hundidas, sus ojos de apariencia mayor y percibiendo que su rostro ahora daba más un aire al de Carmen Montejo cuando era una mujer de gesto duro y mirada triste. Si me viera mi madre se sentiría orgullosa, murmuró mientras acomodaba su poblada ceja con el dedo índice.

No tuvo más remedio que procurarse una vestimenta elegante para ir a la fiesta; pidió a crédito calzado y vestido engañoso en una boutique de los alrededores del café «Don Diego». Todo se veía fino, pero no lo era; justo igual como ahora me siento, pensó, al medírselo en el vestidor. Nadie puede ser fino con este corazón esponjoso y empapado en sangre, y esta estupidez emocional capaz de enamorarse de un holograma visto en sueños. Ningún progreso, Raquel Verno, ningún progreso logras así —y cargaba por la calle su vestido en una elegante bolsita de papel rosado—, esperando un fantasma que te defienda de un mundo demasiado agresivo para tus agallas

Así que llegó a la fiesta, el viernes, con sus zapatos muy altos que parecían de terciopelo y aquel traje

negro que parecía de fino satén, manga hasta el puño y con un escote redondo, profundo, bordado en la orilla con chaquira de una forma tan discreta que brillaba sólo si le daba directamente la luz. Como estaba tan delgada se dejó el cabello suelto, caído en los hombros, se juró idéntica a Morticia Adams, e igual que ella dispuesta a descuartizar a sangre fría a cualquier atrevido. También llegó tarde, como se lo ordenó Sara, y entró al salón de la araña con cristales de arco iris caminando como había ensayado ante el espejo: ni más ni menos una modelo en las pasarelas de Karl Lagerfeld o Carolina Herrera; con toda decisión, pisando una línea recta y levantando el talón un poco más, antes del siguiente paso. Frente a ella, justo en el centro del salón vestido de tapices color tierra y flores opacas, estaba un grupo de hombres y entre ellos su holograma. Se acercó a saludar con un desparpajo que asustó a todos; dio la mano a cada uno, menos a Roberto, quien había perdido el habla y ni siquiera percibió el desaire. Después dio media vuelta y se unió, no muy lejos, a unas mujeres que a su vez rodeaban a Sara.

Robledo le había presentado a los hombres uno a uno, excepto a Roberto, y todos la miraron con deleite; media hora maquillando sus ojos y eligiendo los aretes no habían sido en vano. Y Sara la presentó con las mujeres, una a una. La primera fue una actriz amiga de su amiga; luego dos o tres esposas de los políticos de la comarca. La

penúltima fue Marianita, la esposa de Roberto, y finalmente una tía de ella quien, Sara aclaró, era hermana de la esposa de Robledo. Mientras se conciliaba con todas asumiendo la sonrisa más hipócrita de su vida, Raquel comprendió de golpe la sumisión del galán; su mujer era sobrina o tal vez hija del Gran Padrino. Quizás aquel día de familia robado por ella para su placer, provocó sospechas en aquella paloma mensajera —lista, pero igual una paloma— que tenía enfrente y de pronto se convertía en una rival bestialmente poderosa: era una princesa moderna, inocente e invencible.

Tenía un rostro perfecto, con la belleza tranquila de las vírgenes. No como las de Tiziano, Miguel Ángel o Rafael, no... era como de iglesia, como artesanal. Además de unas manos que a ojos vistas no conocían el detergente, un vestido tan fino sobre su delgado cuerpo y además le sentaba tan natural... que Raquel con todo y su disfraz de Morticia se sintió de inmediato en desventaja.

Mariana era bonita; indefectiblemente bonita, punto. No parecía tener otra cualidad. No se movía para no entorpecer la perfección en la pose de sus zapatos, su vestido, el peinado corto y el tinte maravillosamente combinado en castaños y rojos. Casi no hablaba, porque Sara acaparaba la conversación y era sobre las últimas novedades literarias, con las cuales competiría gracias a su novela recién editada. Algunas de las mujeres

entendían sobre el asunto, pero en realidad su amiga no tenía eco.

—Escogí el tema de lo sobrenatural porque no se ha explotado en forma seria —decía Sara—; no hay competencia aquí sobre ese tópico. Le puse además algunos personajes de la política que conozco muy bien y con eso tengo para que se venda. Lo voy a presentar en el salón Azul del Palacio Colonial, el mes próximo.

—¿Lo prometí, querida? Discúlpame...

—Ojalá tengas éxito, tienes que añadirle una buena campaña publicitaria y regalar algunos ejemplares a gente clave; yo tengo una lista de personas que no son nada despreciables, te la envío si quieres.

—Me encantaría, Raquel; debieras ser mi agente. ¿No te animas?

—¿Lo dices en serio?

—¿Alguna vez te he mentado?

Raquel sintió deseos de soltar una frase venenosa ante la pregunta, pero en ese momento se acercó un propio a anunciar que el buffet ya estaba listo y podían pasar a cenar.

Los treinta y cinco —muy exclusivos— invitados comenzaron a moverse al mismo tiempo hacia el versallesco jardín donde las lujosas viandas esperaban, y por supuesto se encontró en el camino con Roberto, quien le sonrió en forma muy discreta y con una inocencia tan mal disimulada que

ella prefirió mirar a otro lado para no insultarlo con las llamaradas que hubieran salido de sus ojos.

Comieron, bebieron, se cruzaron entre todos intercambiando conversaciones, porque el anfitrión buscaba la forma de dispersar los grupos cuando se quedaban prendidos demasiado tiempo. Incluso se dio unos minutos para conversar a solas con Raquel quien, cansada de tanto fingirse importante, de una altanería que no iba con su carácter, pero necesitaba para no desentonar, se relajó un poco ante la paternal condescendencia de aquel hombre extraño, combinación de Lorenzo de Médici con el León trece de la encíclica *Rerum Novarum*. Pareciera que él también se sentía tranquilo con ella; era obvio que no estaba convencida de aquel teatro, era la única en toda la fiesta que no buscaba un beneficio y él lo sabía.

Roberto la miraba de lejos, tan sonriente, delgada y bonita que no podía disimular el roce de los celos en su coronilla. Finalmente Robledo la tomó del brazo, la condujo hacia la mesa de las viandas y desde allí, sin que ella lo advirtiera, lanzó una mirada a Megrán para que lo supiera. Cuando el galán se acercaba, volteó en forma mecánica y se le borró la sonrisa; César Robledo se disculpó y dio media vuelta, dejándola a merced de cualquier evento trágico que aquel maniquí de la farándula social-política pudiera provocar. Él dio las buenas noches y ella guardó silencio. Terminó de colocar unos canapés de salmón en el platito de porcelana

francesa. Supongo que es francesa, se decía ella; tiene a María Antonieta con todo y peluca estampada en el centro... Y todavía sin contestar, pasó a pedir una copa de vino rosado al otro extremo de la mesa mientras él la seguía y repetía las buenas noches con una voz desmayada que a Raquel por poco le hacía reír.

Recibió su copa sin mirarle, mientras lograba articular la frase más perversa posible para el momento.

—Vaya —dijo al fin—, menos mal que me saludas, aunque sea por orden de tu jefe.

¿También él te mandó a mi casa aquellos fines de semana?

Quedaron de pie, a pocos metros de la mesa de las exquisiteces. Esta vez fue Roberto quien no respondió. La vio fijamente por muchos segundos hasta que la hizo voltear y sus miradas se encontraron. El exhibía un brillo rencoroso en las pupilas y ella una rabia opaca y desdeñosa.

—No quería yo venir a esta feria tuya de vanidades —siguió todavía, empujando el puñal— pero Sara insistió; no está mal comer gratis tan finamente y acudir personalmente a la despedida.

—¿Cuál despedida? —dijo él, con cara dura y los dientes apretados.

—Bueeeno, no me vas a decir que me invitaron para que me hagas el amor entre aquellos arbustos tan iluminados y bonitos. Y menos mientras tu esposa espera que te desocupes.

—Ya deja el veneno, Raquel —casi la interrumpió—; te puedes arrepentir.

—¿Qué quieres, entonces?, dijo es ella, sonriendo con una inconcebible dulzura y llevándose la copa a los labios.

—Verte... verte nada más.

—Oye... sabes muy bien dónde vivo.

—La mejor manera de borrar las dudas era que vinieras, y así también puedo acercarme a reiterar, porque ya lo viste, que me haces perder la cordura... pero no puedo ir a verte. No puedo, Raquel, si me vuelve a pasar aquello se me viene todo encima.

—¿Aquello?

—Sí, que mandé al carajo el mundo por estar contigo.

—Ay, por favor, no seas cursi. Todo se arregla viendo el reloj. Además, ¿eso es malo?, no me digas... yo también perdí la cordura y no me he muerto. ¿Y a qué dudas te refieres? ¿Las de tu mujercita?

—¡Ya deja ese veneno! —lo dijo en un susurro, con una expresión de rabia contenida en su cara y después bebió de su trago—. Y sí, las dudas de ella y las de mi suegro; es el único camino para volver contigo.

Raquel sintió en ese instante la mayor punzada de celos de su vida. Ni siquiera cuando su marido-intelectual-engreído-obsesivo la engañó con sus asistentes, con las académicas de aspecto lésbico de

la universidad donde trabajaba, con las estudiantes avanzadas y hasta la intendente del edificio de cubículos, sintió tal retorcimiento de rabia. Era cierto; aquello era igualito a La feria de las vanidades o El valle de las muñecas: un montón de elegantes cobijando sus miserias. Qué bueno que ella sólo cargaba sus miserias y nada de la arrogancia.

—A veces es mejor no tener en qué caerse muerto —dijo Raquel, sin pensar.

—Necesito hablar contigo— no se dio por aludido—; me estás aplastando la tristeza y sólo así me la puedo quitar, aunque sea una tristeza que tú me provocas.

—Qué barbaridad, Roberto, nunca pensé escuchar de ti una frase de novela rosa. Supongo que es un halago, gracias. Pero no tengo ganas de cubrirte la espalda con tu familia y encima consolarte como a un gato abandonado.

Entonces ella dio media vuelta al tiempo que él iniciaba otra frase y lo dejó hablando solo. No podía más; estuvo mordiendo la orilla de sus quince minutos de rienda suelta y era muy peligroso que le ocurriera allí. No por él, que en ese momento —ella juraba— le importaba tan poco; sino por ella misma. Tenía que cuidar su dignidad, algún empleo futuro, quién sabe... su recóndita prudencia le ordenó tener cuidado. Se había alejado unos pasos y volteó a mirarle; estaba allí, sembrado en el piso con un gesto de tal desamparo

que escuchó la voz de la naturaleza ordenándole ejercer el instinto maternal. Se devolvió paso a paso, con cautela para parecer casual; fingió un lenguaje frío con el cuerpo, sonrió diplomáticamente.

—Bueno, pues róbate tres minutos de tu agenda y háblame. No te creo cuando dices que ni eso puedes hacer...

—No es exactamente que no tenga tiempo; es mucho más que eso, y entonces él la miró de una forma contradictoria: en el rostro mostraba angustia y con el cuerpo revelaba una naturalidad insólita—. Te necesito, pero abres una parte de mí que no puedo controlar... supongo que eres tú y también el momento que vivo...

—Roberto —dijo ella entonces, lentamente, inclinando la cabeza, condescendiente— los melodramas los leo yo; no sé de qué quieres convencerme, de veras... pero te está saliendo muy mal. Me voy, amor; te esperaré unos días, pero no te confíes.

Entonces sí, dio media vuelta y se alejó sin titubeos; pero el desgarramiento que sentía en el corazón hubiera dejado como una aprendiz a Meryl Streep cuando su despedida amorosa en *Los puentes de Madison*.

Ya lo sabía, sí ya lo sabía diosmío... tengo que salir de este mesón de aventureros, ni *Don Quijote* se vio más grotesco que yo entre esta gente.

Alcanzó su bolso entre aquellas aves de zoológico que rodeaban a Sara; dijo «voy al tocador» y salió sin mirar a nadie.

XX

Salir huyendo no había servido de nada. Ahora, sentada en la escalera del segundo piso de su edificio —hasta allí alcanzó a llegar sin romper en llanto—, recordaba cómo Roberto la había seguido, discreto pero implacable, por la vereda del jardín palaciego de aquella mansión tipo *Los Monster*, para alcanzarla en la acera y decirle: «Tienes que comprenderme, lo único que quiero es tiempo. » « ¿Tiempo de qué? —había dicho ella— ¿Para darte valor y convertir esto que pasó en algo digno?; o mejor para ayudarme a olvidar el trato que me diste, como de una puta que te recibió en su casa». Y él, con los ojos muy abiertos y todavía sin elevar el tono de su voz le rogaba: « ¡Por amor de Dios, Raquel, entra en razón... no puedo arriesgarme tanto, pero no destruyas esto, espérame! » Y ella, envenenada e hiriéndose con sus propias palabras sin comprender por qué: « ¡Te faltó pagarme, malnacido!; hasta me quedé sin trabajo... tú viviste la aventura, ¿y yo? ¡¿Qué gané yo?! Una limosna de tu amor cobarde, de tu silencio que concede y eres peor que yo: ¡un señorón, pero vendido! »

Fue entonces cuando Roberto, mudo de estupor, la dejó ir, ya sin réplica. Se quedó otra vez sembrado en el piso, furioso y confundido, sin tener claro si por perderla o por las ofensas recibidas.

No tendrá oportunidad de hacerse el Rhatt Butler, decía Raquel en voz alta, temblando de coraje, mientras manejaba hasta su casa; me faltó darle su bofetada enfrente de las viejas espinadas ésas, donde su mujercita es reina y Sara el ama de llaves. Lloraba y lloraba, ahora sí resignada a no verlo más, porque en realidad —aunque en los más de los cuarenta y cinco días sin él y con los recuerdos eróticos desvaneciéndose— en el fondo siempre esperó que volviera. Lloraba sin parar, como cuando perdió su juguete favorito, a los ocho años; como cuando murió su primer perro, como cuando reprobó aquella materia, en la licenciatura, para la cual había estudiado la noche entera sin dormir un minuto. Lloraba de soledad; se ahogaba como si estuviera en un recipiente sellado y de cristal, donde el aire se estuviera agotando.

Era de madrugada, nadie la escuchó o asomó en los departamentos de sus vecinos. Ni siquiera Ángel, de quien, increíblemente, le hubiera gustado escuchar alguna frase de consuelo aunque intentara hacerle el amor sin ser invitado, como la última vez. Que alguien se acercara, cualquier alma, por favor.

Se levantó una vez agotado el llanto y subió la escalera con lentitud, no percibió que, después de pasar frente al departamento del otrora greñudo y luego prospecto de violador, la puerta se abrió unos centímetros y unos ojos tristes la observaron. Era demasiado tarde para hablar a casa, con su madre; pero lo hizo. La anciana respondió un poco dormida, pero amorosa. Raquel no le contó nada especial, sólo le dijo que tenía mucho trabajo y eso le impedía hablarle a otra hora. Le reiteró su cariño e igual hizo la madre. Contaron pequeñeces, recordaron la adolescencia de Raquel, cuando en las noches ella percibía el holograma, se levantaba feliz y la madre le ponía los pies en la tierra diciendo: los amores perfectos son imaginarios, déjate de sueños y abre bien los ojos. Ella no entendía entonces la enseñanza, no la entiende aún ahora, porque sí vivió un amor perfecto, es decir, encontró en la realidad a un fantasma, lo había tocado y sentido... aunque en forma efímera... sólo por un instante.

Los amores perfectos existen, mamá —deseaba decirle ahora—; pasan de largo sin detenerse. A veces los tocas, a veces hasta te corresponden, lo puedes ver en su mirada aunque no lo digan.

Con ese pensamiento concilió el sueño, con dolor de cabeza, cansadísima de los pies y de la vida.

Los días siguientes transcurrieron como un río, sin apariencia de cambio y sin embargo marcando un camino hacia la desembocadura: la ansiada renuncia

a Publicidad y Más. En contradicción, Raquel deseaba que el tiempo no transcurriera, que no afinara más la lente hacia una verdad muy hiriente: Roberto salía de su vida después de sólo tocarla. Había sido un deslumbramiento, como beber la vida en un solo trago y después morir.

El dolor era indecible.

Cada vez que miraba a la calle, cuatro pisos abajo y junto al servicio del agua en la oficina, el mundo se desparramaba en una soledad transparente, poblada por la multitud que caminaba en las banquetas, seres abigarrados y a la par distanciados por abismos emocionales. Buscaba a Roberto en todas las nucas, en los trajes azul marino o gris. No aparecía; ni en la calle mientras ella deambulaba olvidando el cansancio y sin confesarse que en realidad esa vagancia era sólo una búsqueda sin futuro y obsesiva de él; tampoco llegaba en los toquidos a la puerta de su departamento o tras el timbre del teléfono. Estuvo en una conversación ocasional entre Javier y Betancourt y ella escuchó como un eco: «Hay que decirle a Megrán que el diseño de flujo de la campaña tiene ese hueco, necesitamos hacer un ajuste o el mensaje puede distorsionarse», dijo el jefe.

Pero nada más, una semana y silencio. Ella se levantaba cada día con menos energía, con menos coquetería cepillaba su cabello, con menos cuidado maquillaba sus ojos. Tenía una opresión en el pecho, ante la urgencia por buscarlo y el miedo a

perder la dignidad. Eran dos fuerzas que formaban una tensión casi intolerable.

Esa tarde de viernes fue particularmente pesada. Denso el aire, oscura la atmósfera por el cielo nublado, silenciosa en la oficina aquella languidez de los trabajadores, ahogándose en una rutina dispareja, donde cada quién sobrevivía con sus artimañas o a pesar de sus debilidades.

Entonces le pasaron una llamada: No era su adorado canalla, era una voz de mujer; le dijo sólo dos frases que le dejaron sabor a tragedia esperada y sin embargo una incrédula angustia. Colgó y permaneció con la vista baja, luego se alisó el cabello sobre las orejas, se tomó la frente con ambas manos y varias lágrimas sin ritmo cayeron sobre el teclado de su máquina. Permaneció así muchos minutos, mientras con manos temblorosas tomaba la parte superior de su cabeza. Mucho tiempo pasó, no supo cuánto. Percibió lejanamente que la mujer de colores asomó a su puerta y de mala gana se despidió, sin palabras que mostrara interés por quien ante Javier llamaba —con tono irónico— «su jefa».

La oficina quedó sola. Finalmente reaccionó y se preparó para salir. Dejó su cubículo y fue a mirarse al baño, escudriñar sus ojos de párpados hinchados —como siempre en estos días—, su boca en rictus, su piel pálida. A pesar de la oscuridad no sintió miedo, pues todos los filmes de horror vistos en su existencia podían haber acudido a su memoria.

Ningún escenario cinematográfico le pareció tan lúgubre como aquel pasillo ahora negro de su oficina; ningún silencio más espectral, nunca el zumbido de la nada le dijo tantas cosas terribles acerca de sí misma y de aquel bache existencial que amenazaba destruirla.

Salió muy despacio, sin ánimo real de avanzar y llegar a su destino. Enfiló hacia el hospital que le indicara la mujer al teléfono, se encontraba bastante lejos del barrio de la editorial. Se preparó para conducir muchos, muchos minutos, a la par que las lágrimas bajaban sin tregua por sus mejillas. Estacionó su auto en el primer lugar vacío que encontró, caminó lentamente hacia el edificio blanco y lejano; en la salita de espera estaba la madre de Rosita, sola entre una laguna de butacas. Escuchó sus pasos, levantó la vista e inmediatamente avanzó a su encuentro, para fundirse las dos en un abrazo lloroso.

—Está inconsciente, hija... no la puedo despertar... háblale por favor, a lo mejor contigo regresa.

Fueron las dos a la habitación de Rosa, que yacía en la pequeña cama, con tubos de plástico saliendo de su cara. Era ya sólo una sábana delgada de piel sobre sus huesos; su semblante, como una muñeca de mármol. Despedía su gesto, aún con los ojos cerrados a voluntad y para siempre, una gran paz. Respiraba muy levemente, la superficie de su abdomen apenas fluctuaba.

Raquel quedó sin habla; todo era inútil y lo supo de inmediato: Una enfermera tomaba notas al pie del lecho y poco después salió, discretamente.

—Háblale... háblale —decía la madre.

—Sí, señora, enseguida, pero... necesito pensar qué decirle... y le tomó la mano por sobre su brazo, le dio unas palmadas, se separó de ella. La madre se retiró, cosa que Raquel agradeció pues su ruidoso llanto no cabía en aquella atmósfera.

Nada pudo hacer; su voluntad le abandonó. Pasaron horas; la noche avanzó afuera, en la ciudad. Raquel miraba obsesivamente hacia la ventana de aquella habitación, sentada en el sillón-cama de las visitas. Hubiera deseado ver las estrellas, la luna amorosa, algún reflejo de luz humana pasando por la calle. Era un barrio apartado, paralizado en las emociones; el hospital, como todos: situado en una isla de color. Nada ocurrió. El mundo entero estaba en silencio; mudo el cuerpo de su amiga, de quien ni siquiera se sentía ya el aliento de la agonía. El botecito de suero goteaba; era el único movimiento perceptible.

Su amistad con Rosa llevaba los años que suele tener una adolescente en plenitud. Habían madurado juntas, al menos en sus cuerpos; no en los espíritus. Tal vez se identificaron por sus anhelos de Cenicientas, por las engañifas que se inventaban leyendo novelitas rosas y riendo en complicidad al pasar de los muchachos. Fue en los alborotos de su vida laboral; se habían conocido

como empleadas de una papelería en su ciudad de origen. Gastaban ahí sus energías ganando un dinero extra para los libros de la preparatoria; para ayudar a sus madres —eran huérfanas de padre las dos—, para comprar lápices labiales de moda. Cuchicheaban todo el día, reían constantemente. Rosa tenía entonces un sentido del humor inagotable, que fue dejando secar conforme más se entregaba al amor de aquel hombre a quien otorgó su vida hasta el último suspiro.

Raquel recordó durante la noche todas las anécdotas felices; todas las fiestas a las que acudieron juntas; la entrega de confidencias que se hicieron cuando se enamoraron, ella de su petulante marido, Rosa de aquel maduro y casado galán que hizo las veces de padre. Sentía una fijación irrenunciable, como todo amor al padre.

Después, cuando la suerte amorosa de las dos se decidió, comenzaron los desacuerdos. Se distanciaron en lo geográfico y en lo emocional. Coincidieron después en la Gran Capital, Raquel buscando su libertad, Rosa renunciando a la suya por seguir lo que ella creía —y Raquel no— era el amor.

¿Eso es todo? Se repetía Raquel, ante el cuerpo inerte de la única y real amiga de su vida. ¿El amor a ellos definió nuestra vida? Se levantó a mirar el rostro blanco y beatífico de rosa, luego se alejó hacia la ventana para observar el exterior. Incluso salió a la sala de espera y vio a la madre mal

recostada en las sillas, casi sin conocimiento, ante el cansancio de aquella terrible espera por la muerte. La presencia de Raquel le había transmitido una extraña tranquilidad, la había relevado de la angustia. Y en efecto, Raquel se había puesto angustiada, pensativa, con la mente en torbellino. Llegó el momento en que la claridad de la aurora se perfiló entre las sombras; fue algo tan sutil que los ojos de alguien que no padeciera el insomnio crónico de ella, no hubieran percibido.

Mirando por la ventana otra vez, de pie a pesar del cansancio horrible, ella trataba de ubicar los dones humanos de las dos, que las llevaron a vivir por tantos años aquella amistad profunda y cierta:

—Fue tu gusto por los libros y el mío por pintar ángeles —le dijo una tenue voz a su espalda, Raquel no volteó; comprendió que alucinaba.

—Sí —dijo, ¿murmurando o pensando? —; tú pintabas ángeles con mi cara y mi cabello. Tenías un don para el dibujo que causaba asombro a todos. Yo, escribía historias breves y cartas a los héroes guerreros de antaño. ¿Te acuerdas de aquella a Julio César? Cuando le dije de mis desilusiones ante su corazón abrazado de ambición.

—Yo pinté un demonio con un cofre lleno de coronas de laurel en las manos, con la cabellera corta y los rizos en la frente como Julio César. Ese día planeamos hacer una exposición con tus cartas y mis dibujos, como un trabajo artístico a «cuatro

manos y dos cerebros»; así la llamaríamos... —
Raquel sonrió:

—Y Maquiavelo no se escapó; la clase de historia siempre fue nuestra pasión, ¿te acuerdas?

—Y saber bailar... —dijo otra vez la suave voz—
Las clases de danzón y tango que tomamos juntas duraron poco tiempo, pero fue de lo mejor en mi vida, porque lo compartí contigo.

Entonces Raquel sintió un leve regocijo, porque esa parte de su vida la había olvidado. Volteó el rostro en busca de Rosa contándole recuerdos y alcanzó a ver flotando, frente a sí, sus ojos de mirar dulce, aquel, cuando la inocencia producía los sueños compartidos. Luego, los ojos se desvanecieron y quedó sólo la penumbra de la habitación. Ella percibió el cansancio en su propio cuerpo de tal manera que estuvo a punto de derrumbarse; todos los músculos de sus pies le dolieron y sus piernas eran presas de suaves calambres. Avanzó hacia la cama para contemplar a Rosa una vez más y entonces sí, hablarle y tratar de despertarla, porque los recuerdos comunes empezaban a llegar en torrentes hasta su frente.

—Rosy —le dijo en voz alta, tomando una de sus manos y de pie junto a la cama— aquella vida nuestra tiene que volver... estamos vivas...

Pero el contacto de las pieles congeló su voz. Los finos dedos de su amiga tenían la frialdad de la muerte.

Vivió las siguientes horas, una noche más de velar a su amiga y luego el camino larguísimo hasta el cementerio, como un sueño. Llevaba tanto tiempo sin recostarse, sin concebir el descanso, que alucinaba y creyó firmemente en un sol brillando sin piedad, cuando el ataúd blanco, con Rosita dentro, bajó hasta el fondo de aquel hoyo, también percibido de una profundidad descomunal. La verdad había sido un día gris y una gaveta pequeña y sencilla, de profundidad indispensable. Asimismo cargaba todo el agobio de la madre de su amiga, quien desde el encuentro con ella no volvió a verter lágrimas, como si la realidad se hubiera detenido ante la esperanza de que Raquel ahuyentara la muerte. Ella tampoco volvió a llorar, la muerte paralizó sus sentimientos; una enorme burbuja de olvido la secuestró, impidiéndole reflexionar, sentir y pensar. Se tomaron del brazo al alejarse de la reciente tumba, silenciosas y ausentes; una de la verdad, otra del lugar que pisaban sus pies. Dejó a la mujer hasta su casa, en manos de unas hermanas de mirar ausente y gestos resignados.

Ella percibía algo raro en el ambiente, como si desde la noche de la agonía se hubieran paralizado las estrellas y el reloj se detuviera en los recuerdos de sus años muy jóvenes. Recuperar aquel regalo de luz había agregado más pesar a la ya agobiante pena: «El tiempo perdido, Rosy, cuánto quedó sin hacer, y en cambio nos lanzamos tras el vuelo de

los ángeles: el amor por ellos, buscando recrear la vida».

Manejaba despacio, peligrosamente, algún bravucón impaciente podía presionarla en los semáforos. Sí, iba despacio. El automóvil era como un apéndice demasiado pesado. Manejó un poco más y cuando comprendió a dónde se dirigía, despertó a las realidades de su vida: iba rumbo a la Súper Secretaría.

Tomó conciencia y viró hacia su casa. Una vez allí abandonó toda prudencia y marcó a la oficina de Roberto. Contestó la Secretaria-Verónicadelvalle, con una voz aguda y apresurada.

— ¿En qué puedo servirle?

— Con el licenciado Megrán, por favor...

— ¿De dónde hablan, señorita?

— Raquel Verno, de Publicidad y Más... sobre la campaña para los nuevos servicios.

— Un momento...

Pasaron segundos, muchos. Casi un minuto, antes de que aquella maldita voz, con nuevo tono mentiroso, le dijera:

— Disculpe, el licenciado está a punto de salir y me pide que la enlace en unos minutos a su celular... yo se lo reporto, ¿me da su número?

Lo dio, con la seguridad lapidaria de que nunca llamaría. Sin embargo, conservó la esperanza durante dos horas. Anocheció y ella vestida, recostada en su cama, olvidó incluso quitarse los zapatos. Dormía en forma intermitente, esperando

la llamada, hasta que, a la media noche, decidió desvestirse. Se abrigó con su bata con movimientos fantasmales; levantó la sobrecama, se tapó, y con fúnebre resignación se entregó al sueño, deseando con toda su alma no volver a despertar.

El teléfono permaneció en silencio el resto de la noche.

XXI

Así que Raquel, varios días después del funeral, aún sentía la cabeza como un caldero hirviendo, pero en frío. Estaba lleno de una mezcla maligna de tristeza y convicción de oportunidades perdidas, atizadas por un morbo que le hacía escudriñarse la mirada al espejo, en forma obsesiva. A Rosa, en su primer día de muerta, la imaginaba sentada en el sillón de llorar, empecinada en mirarle fijamente, con alguna frase de adiós que ella no podía escuchar.

Cuando volvió por la noche, estaba aún allí y Raquel lloró tanto al verla que Rosa se alejó, asustada. Fue cuando pudo, al fin, dormir profundamente, sepultada bajo varios metros terrosos de cansancio.

A partir del segundo día Rosita no apareció, seguramente también ahuyentada por el aleteo de tantos papeles que Raquel debía ordenar para dejar su trabajo al corriente. No le importó nunca quién se quedaría en su lugar, pero cuando llegó el momento de entregar el escritorio y Betancourt le comunicó que lo recibiría todo la mujer tucán, logró disimular la rabia evocando la veneración que

siempre le inspiró el ejemplo de Cleopatra, desde sus años infantiles y en todas las versiones literarias y cinematográficas. El suicidio antes que la indignidad era —gracias a su ejemplo—, una de sus convicciones más profundas.

Ante la frase: «Entregue los reportes de Evelyn Bo y el resto del material a la señorita Catalina Del Fuerte», Raquel tuvo que reconocer que era la primera vez que oía su nombre completo. «Con gusto; a un áspid o una cobra, da lo mismo», respondió. Pero Betancourt, por supuesto, no entendió la metáfora.

Así que, sin mirarle más de dos segundos a los ojos, Raquel entregó a Catalina el montón de papeles con dos o tres indicaciones dichas de mala gana. La mujer de colores no respondió, no comentó nada, sólo la miraba con una mezcla de envidia y complacencia. Ante ello, la «jefa» fue esbozando una sonrisa al comprender que la pobre mujer se sentía princesa entre las otras empleadas que parecían hechas de la misma madera que los escritorios, y con unos jefes como aquellos camellos libidinosos de Betancourt y Javier. Cada quien construye su paraíso o su infierno, no cabe duda, pensó.

Y entonces vino de nuevo Rosy a la memoria; por lo que su gesto de entrega del último folder se volvió más lento y finalmente, con un suspiro, lo dejó caer ante la mirada estúpida de aquella mujer-tarántula, inmediatamente recogió su bolso, se

levantó y fue a beber agua junto a la ventana, desde la cual se miraba el mundo de la gran urbe como una masa de humoniebla donde flotaban espíritus agobiados por la prisa. Bebió varias veces de un conito de papel, miró a las cabezas cuatro pisos abajo y se sorprendió buscando de nuevo a Megrán entre los hombres de traje oscuro. Suspiró y dio media vuelta, para toparse de manos a boca con Javier: estaba allí, parado detrás de ella.

Sin embargo, para Raquel su imagen era transparente. Genuinamente, fue como si no existiera; le rodeó como le hubiera hecho con una caja de cartón en el suelo y comenzó a caminar por el pasillo, rumbo a la puerta de salida, con un paso lento, seguro y sobre todo, tranquilo.

—El viernes puedes venir por tu liquidación —le dijo Javier en voz forzada, como si quisiera lograr que se detuviera y le mirara.

Al escucharle, ella casi aflojó el nudo en la garganta para llorar porque deseaba, con delirio, no tener que volver para extender la mano frente a él y recoger un cheque miserable. Deseaba ser de papel o cristal, no tener que comer o beber agua, ni bañarse o dormir, para no necesitar dinero. Hubiera, en ese instante, regalado diez años de su vida por el lujo de romperle el cheque en su cara, como en las mejores películas doradas, con el orgullo de aquella Scarlett O'Hara que se aferró a la tierra que la había visto nacer para sentir su pertenencia, un espacio suyo donde nadie podía

humillarla. Ella no tenía ese espacio y la certeza de tal desamparo le atenazó más el ánimo.

Llegó a la puerta, jaló el picaporte y salió sin voltear, sin responder, con el nudo de la garganta ya deshecho. Yo sólo tengo mi departamento, que ni siquiera es mío. Al menos tengo mi sillón y el teléfono de corazones, mi televisor y la colección de películas antiguas. Tengo lo que he leído, mi conocimiento de las palabras, mi amor por la vida y la convicción de que mi hombre-holograma existe, aunque muy lejos de mis manos y mi cuerpo.

Santo cielo, no queda de mí sino la escena de una novela cursi; sólo tengo tu recuerdo, Roberto Megrán, repetía en su mente, mientras caminaba por la acera, alejándose de Publicidad y Más, S.A. y dejando entrar en sus pulmones la gracia de la libertad. A punto de llorar, ahora sí, sentía inundarse del recuerdo de su aspecto, de su olor y mirada, del roce de su mejilla y sobre todo la blandura de su boca en su cuello, sus propios labios, su olor de hombre dominando su cama y su alma.

Sintió también, con toda claridad, cómo Rosy caminaba junto a ella en silencio, sin murmurar, igual que las hojas de los árboles, reproche alguno. Se había declarado el viento frío del invierno, que ya reinaba el ambiente y sin embargo, no traspasaba la piel, no hacía sufrir. Así que los árboles susurraban con una suavidad cómplice, frases de

afectos para las dos amigas, una en este mundo y otra en una dimensión ajena. Las dos con un hueco en el espíritu; Raquel porque había entregado ese pedazo a un amor efímero y Rosy por dejarlo morir junto con el latir de sus mismas venas.

Caminaban así, bajo los árboles, y sin comprender por qué llegaron al café de enrejados verdes. Era una tarde temprana, Raquel y su invisible amiga escogieron la misma mesa del jardín donde toda aquella historia vivida entre el romanticismo y el hara kiri más dramático de la historia —según ellas—, había comenzado.

Su amigo-bello-como-italiano estaba solo, de pie, distraído en contemplar las hojas de un antiguo álamo que habitaba el jardín, seguramente testigo de varias generaciones de los dueños de la mansión. Ella siguió la línea de su mirada y también se quedó absorta, pues titilaban como estrellas de verde suave, al moverlas el viento. Con su presencia, él cambió su serenidad por un gesto expectante; ella le sonrió y asumió a su vez, junto a la mesa, la actitud de espera. Él se acercó, retiró una silla de junto y la colocó para que se sentara. Tomó él, entonces, la servilleta de fino casimir y se la puso en el regazo. Se retiró sin decir palabra y a los tres minutos llegó con una taza de capuchino rebosando crema y con un adorno de canela hecho con sumo cuidado. Al colocarle frente a ella le dirigió una mirada envolvente, con un claro mensaje de bienvenida.

Ella dijo gracias, él hizo una suave reverencia y se retiró a unos pasos, asumiendo la pose de un guardia inglés. El silencio entre los dos se cubrió de brisa vespertina; la música de las hojas del álamo murmuraba continuamente frases de un erotismo tan sutil que ella comenzó a sentir un cosquilleo recorrer sus piernas. Entonces Rosita, sentada a su lado, le envió un mensaje:

—Necesitas tanto de amor, amiga... harías bien en dejarte acariciar por ese hombre que te ha deseado con tanta humildad.

—Mi corazón está helado como el tuyo —contestó Raquel, con un pensamiento resignado.

—El corazón no cuenta ahora; ya nos dejó de latir... pero la sangre fluye. Si no te dan amor, entrégalo tú y no des tiempo al arrepentimiento.

—Yo no puedo hacer algo así se decía ella. Pero entonces, sin tener claro por qué, bajó la cabeza y en forma coqueta unió en la mirada la fijación sensual de Sharon Stone, la tristeza de Nicole Kidman y a la vez la ingenuidad de Meg Ryan, manifestados en el castaño de sus grandes ojos. Levantó la vista y preguntó al mesero:

— ¿Qué ensalada me recomiendas... eh... cuál es tu nombre?

El muchacho la miró y para ella, en el giro de su cabeza ocurrió una sucesión de imágenes: las estampas de dioses latinos de sus lecturas infantiles. Con una mirada oscura y brillante, contestó «Miguel» y que tenían una deliciosa que combinaba

espinacas, tocino, nuez y manzana con aderezo de frambuesa.

El flirteo se volvió intenso. Siguió que él colocó el plato con la ensalada frente a ella, casi rozando su torso; al preguntarle si algo más se le ofrecía acercó su cabeza a la suya a tal extremo, que ella pudo sentir el calor y sobre todo el olor —ah, el olor a hombre— que emanaba de su cuerpo.

—No —dijo—; quizás un vaso de agua nada más. Comió en silencio; bebió el capuchino y limpió un par de veces el bigote de crema en su boca; a la segunda ocasión miró sonriendo, como una niña, a Miguel, quien respondió como si estuvieran ambos en la escena de coqueteo más abierto de *Lo que el viento se llevó* o por lo menos *Amor sin barreras*. Fue tan efectivo el ritual y tan erguido permaneció él ante el jardín, con ella como único cliente, que dejó de lado las dudas.

Esperó pacientemente a que bajara más la tarde, a sentir el viento frío correr entre sus piernas hasta desear intensamente el calor entre ellas; cuando esto ocurrió pidió la cuenta, él se la trajo y con un gesto de ligera angustia le preguntó (uy, aquella voz de tono bajo moderado, con aquel timbre de excitada timidez) si estaba contenta con el servicio. Ella dijo: por supuesto, él sonrió de nuevo y con la mirada le lanzó la pregunta. Ella respondió, con la fijeza de sus pupilas: estoy dispuesta; y luego recorrió rápida, pero inconfundiblemente su cuerpo de hombre, con el pretexto de buscar en su

bolso el dinero. Él se llevó el pago y regresó con el cambio después de unos minutos, ya sin elegante delantal y uniforme, vestido de civil y con un tono verde otoño en la camisa que cambió su aspecto a una singularidad elegante. Raquel comprendió que Miguel era un regalo de la vida que no había valorado justamente.

Dio las gracias, él hizo una reverencia y permaneció inmóvil, mientras ella se levantaba para retirarse. Dirigió a su invisible Rosy una furtiva mirada que su amiga comprendió; caminó en soledad y él la vio alejarse con un paso sugerente, para que la siguiera. Cuando Raquel traspuso la puerta del jardín, él lanzó una mirada rápida y dubitativa al interior del restaurante y luego echó a caminar, con decisión, tras ella.

La siguió a distancia y Raquel lo supo, casi en cuanto puso sus pies en la acera. Decidió no voltear; era muy arriesgado. Caminó despacio. De hecho, se impuso olvidar que se acercaba, para no entorpecer el momento con su ansiedad. La aumentaba, por cierto, el recuerdo de la noche en que él mismo sirvió la cena a ella con su devaluado galán. Era una pesadilla: ojalá no lo recuerde, ojalá no le importe... y caminaba más lento, con un nerviosismo creciente que, si él no llegaba, la obligaría finalmente a voltear y buscarle.

Y fue gradual, pero muy claro, cómo él igualó su paso. A ella, la situación empezó a producirle vergüenza, la hizo imaginarse vestida como Mata

Hari bailando la danza de los siete velos en plena calle, ante los negros ojos de un turista árabe. Dios mío, pensó con la mirada baja y la mente vacía; esto es otra de mis idioteces.

Ella lo dejó hacer, ¿Qué quedaba? ¿Decirle, «oye, no seas atrevido» y desbaratar aquel hechizo... además de lucir como la mujer más hipócrita de la ciudad? Lo que fue más: a su vez apretó la mano de Miguel en señal de aceptación y al instante siguiente, él empezó a bajar su marcha y jalarla hacia sí. Dejaron de caminar, él la miró de frente; ella hizo lo mismo y casi fue inmediato que unieron sus caras, se dieron un beso lento, que Raquel sintió de carne suave y decidida; a los pocos segundos comenzó un incendio entre sus cuerpos.

Hubo sólo las palabras indispensables. Demasiada excitación. Lo invitó a su casa; lo subió a su auto. En cuanto traspusieron la puerta del pequeño departamento, él pegó sus labios a su cuello, la rozó toda por encima de la ropa con las manos, luego se desnudaron, se entregaron; ella apenas podía creer cómo el moreno dorado de una piel de hombre se pudiera sentir en la oscuridad.

Por parte de él había un ardor desatado, propio de su juventud y atizado por los meses de espera. Ella estaba hambrienta; no pudo pensar y no lo hubiera hecho si pudiera. Desató su instinto, se dio al placer de tal forma que estuvo a punto de asustarlo; luego le acarició a su vez todo el cuerpo, lo tocó para sentirlo, en forma casi animal y ansiosa, como si

fuera hasta hoy cuando ella se sabía hembra junto a un varón, cumpliendo el ritual más primitivo de todos y para confirmar, simplemente, que estaba viva.

Repitieron el clímax varias veces; ella descubrió allí que podía tener algunos orgasmos seguidos, sin separarse de su amante. Se sintió transportada y poderosa. Él la miraba con adoración y también parecía insaciable, hasta que el cansancio lo venció y también, lenta pero implacablemente, el sueño. Ella, con la mirada dedicada sólo a contemplarlo y el ánimo lúcido, grabó en su memoria su perfección de hombre con todos los detalles.

Finalmente se durmió de manera tan profunda que despertó hasta entrado ya el día. Miguel no estaba; había dejado dibujada una rosa en el espejo del baño, con uno de los labiales de ella.

Es cursi y adorable, si hubiera sabido... dijo en voz alta. Empezaba a comprender que, hasta esa noche, nunca había sido poseída totalmente por el sexo, a través de un hombre.

XXII

No volvió a recibir mensajes de Rosita, de tal suerte que no pudo contarle su experiencia con Miguel. Nadie lo supo, excepto los dos. Tampoco sintió deseo de contarlo; vivir aquello calmó una parte de su frustración, pero el vacío en el corazón —si era posible— se había extendido. Decidió hacer un espacio para ese silencio. La renuncia obligada, tanto por la situación en la oficina, como por su momento existencial, le tomó a mitad del mes. Así que mundanamente hablando tenía quince días de gracia, es decir renta pagada, antes de quedarse en la calle. Contaba con su último sueldo, su neverita llena de provisiones indispensables y su cheque de liquidación.

Oxígeno monetario, entonces, había un poco. Retomó la lectura de Dickens, en un impreciso impulso de ejercitar el cerebro. Tomaba por la mañana alguna de las obras, releía algunas páginas para ambientar su ritmo interior con el lenguaje del inmortal inglés. Sentía el leve impulso de su máquina interior por funcionar, pero no arrancaba; veía las palabras, pero no leía. Revisaba entonces su proyecto de tesis e intentaba comenzar el

segundo capítulo. El primero lo había escrito al terminar la carrera, diez años antes. No podía escribir ni la primera frase.

En ese intento le llegaba, una hora o dos después, un sueño irresistible, que incluso le atrapaba el cuerpo en el sillón de llorar. No alcanzaba la cama y no deseaba hacerlo, pues fuera de ella tenía la impresión de vivir, mientras que al entrar en las sábanas y sentir el calor del edredón, el temor de hundirse en la muerte y no volver a despertar le ahuyentaba la tranquilidad y por lo tanto el propio sueño.

Y era increíble hasta para sí misma, pues la razón le decía lo contrario: aún con aquel mundo de tristeza encima, no deseaba morir. Tenía frente a sí algunas buenas verdades: que el hombre esperado y, para una perfecto, se encuentra si la mirada está alerta y con suficiente paciencia; aunque se vea pasar sólo por la acera de enfrente y nos deje apenas el aroma de la felicidad. Que su sexualidad estaba en plenitud y apenas había comenzado a ejercerla. Tanta energía sensual y con una pareja amada, debe ser —pensaba— el estado álgido en la vida. Así que unir las dos cosas se había convertido en una experiencia pendiente... Además estaba su profesión, tan poco explorada, tan abandonada a la indolencia de dejarse explotar por miedo al riesgo. Dormitaba hasta que el cuello le dolía por la posición forzada en el sillón, y se metía al baño a dejarse acariciar por el agua caliente. Una coleta a

pelo mojado, nada de maquillaje y lentes oscuros; luego, a caminar por las heladas calles de la Gran Capital, hasta que gastaba toda energía y debía sentarse en alguna banca de parques lejanos a su barrio, aferrada a cualquier libro de su autor inglés que abría frente a sí y fingía, ante sí misma, que leía. Volvía a casa comenzada la tarde, comía alguna fruta, tomaba agua y se lanzaba en su auto medio viejo, medio nuevo, a recorrer las calles sin rumbo definido. Así le llegaba el oscurecer y las últimas horas antes de la medianoche se dedicaba a ver, sin mirar, películas al azar: *Ben Hur*, *Matar un ruiseñor*, *Ciudadano Kane*...y a la siguiente noche veía *Gladiator*, *Mujer Bonita*, *La edad de la inocencia*... entonces echaba a su estómago, con mucho esfuerzo, un vaso de leche tibia y se metía en la cama, asustada ante la perspectiva de tener sueños angustiosos, y también de enfrentar el siguiente amanecer.

No contó los días que tardó; sólo dejó llegar el impulso lentamente y una mañana, con movimientos mecánicos, hizo la maleta y decidió buscar aire puro. Encargó su auto al velador del edificio, enfiló en un taxi a la terminal y abordó un autobús rumbo a la casa materna. Se mantuvo en vigilia todo el tiempo, las catorce horas del trayecto pensó en su pasado, exploró en su corazón y decidió, diez kilómetros antes de cruzar a los límites de la pequeña ciudad donde su madre la

esperaba, que la herida presente, aunque abierta y sangrando, no era mortal.

Curará si no respiro, Rosy... ¿Rosalba? Estas heridas curan, amiga mía, por supuesto que volverá a palpitarme el corazón. Curaré sola, si no siento, si olvido el instante de felicidad vivida, sanaré a fuerza de cerrar los ojos e imaginarme en algún universo paralelo, donde veré películas nuevas y gente hermosa que aún no conozco. Tendré una visión de la vida que no alcanzará fin en el más lejano y luminoso horizonte. Ahora que he cumplido mi sueño, la vida empieza otra vez, pero he cambiado la piel, he madurado el alma y llorado todas las lágrimas que me quedaban.

Pero no, aún tenía llanto de reserva. Bajó del autobús y encontró a su madre, sonriente, bajita, cálida. Se dieron un abrazo prolongado y derramaron tantas lágrimas entre los dos que hubieran podido llenar dos copas del más bello cristal, para brindar por las penas de amor como sólo las mujeres saben hacerlo.

XXIII

Esperaba encontrar en los pasillos del edificio, desalojadas y aguardándola, sus pocas pertenencias que valían la pena. Pero la cama, el sillón de llorar, la colección de películas y todas sus cosas permanecieron intactos y dentro del departamento durante el mes y medio de su exilio en la casa materna. Encontró sobre ellas, si acaso, una capa de polvo que tenía un reflejo dorado inexplicable. Raquel no supo de pronto si aquel aspecto metálico era como de las cajas de muerto, para enterrarlas y olvidarlas; o por el contrario, era una señal del incalculable valor que tenían en su vida.

La cama, por ejemplo, donde hacía más de dos años dormía sola y a pesar de haber vivido allí el único encuentro —al menos de su parte— realmente amoroso de su existencia en brazos de su holograma, ahora vacía se había convertido en un sarcófago que la cobijaría con una pesada tristeza, difícil de abrir a la salida del sol. Quizás era un objeto valioso, sí; pero había que cambiarlo por una cama individual, moderna y elegante, para colocar su recién adquirida autonomía emocional.

Mientras podía hacer la compra, dormiría en el suelo. Había que desecharla.

El sillón tenía distinta composición: la tela estaba desgastada, que no sucia, pues a cepillazos de fin de semana la mantenía aseada; eso purificaba su esencia, pues las lágrimas durante las películas o por los recuerdos felices lo aromatizaban con un perfume sano de melancolía. De tal suerte que, como el espacio para lavar su intimidad con lágrimas valía la pena conservarlo; sólo era importante cambiar el color del tapiz por uno más alegre; así su mullida y amplia superficie cambiaría su aroma por uno más vital, quizás a flores de campo oxigenado. Era un buen sitio, el sillón de llorar; un lugar donde reencontraba su propio espíritu. Sentencia: conservarlo.

La colección de películas era intocable. La capa de polvo selló su importancia de tal manera que ni las joyas de Montalbán o la máscara de Tutankamón tenían igual valor. Allí estaba encerrado el impacto electrificante de su primer amor: Gregory Peck. Allí las arrugas progresivas en el rostro de otros hombres hermosos, coleccionadas según generaciones, y era curativo contemplar: Robert Redford, Clint Eastwood, Marlon Brando, Benicio del Toro y el más nuevo en proceso de envejecer: Orlando Bloom. Allí permanecía la experiencia de haber sacudido la energía mala de la envidia, cuando aprendió a ver a Nicole Kidman como una mujer poderosa en su belleza e inteligencia; era una

vergüenza sentir desventaja mujeril ante ella. La saga de *El Señor de los Anillos*, de adquisición más o menos nueva —una fortuna—, era todavía un mundo inexplorado suficientemente. Y no podría decirse una sola palabra en contra de *Las 25 mejores películas jamás filmadas en blanco y negro*, donde aprendió a conocer a las estrellas del Hollywood antiguo y las figuras de plata del mejor cine del mundo en los años cuarenta, pasado glorioso de un universo creado de astros humanos maravillosos. Bogart, Cooper, Grant, Negrete, De Córdova, Mistral, Gardner, Turner, Garbo, Delon, Mastroianni... estaban todos.

Existían también en su colección, algunas piezas visuales que las mejores joyerías del mundo no podrían igualar: dos o tres películas dirigidas por japoneses —una de Kurosawa—, cuatro de Almodóvar y una francesa tan depresiva, intelectual y profunda que la conservaba sólo para enlistar a través de ella todas las cosas tristes de la vida que hacían daño guardar en la memoria.

Sí, estaban allí todas sus cosas; nadie las había echado a la calle ni tenía avisos de desalojo deslizados bajo la puerta. Encontró también, insertadas por los tallos entre la puerta y el marco, cinco rosas rojas que, por el progresivo deterioro, se adivinaba habían sido colocadas allí con una semana de diferencia. La última estaba todavía rígida, como puesta ese mismo día. La rescató, la puso en un vaso de agua con una aspirina mientras

pensaba que semejante cursilería —tratándose de rosas además— sólo podía provenir de Miguel. Ese dulce pensamiento la hizo sonreír un rato y suspirar con embeleso como en las radionovelas de antaño, pero al comprender de pronto, sacudiendo el polvo de oro, que el trato dado a su mesero era igual al recibido por ella del holograma, sintió sus piernas convertidas en patas de araña y la nariz grande, con una verruga. Tendría que reparar el daño de algún modo, pero como otras cuentas eran urgentes, tendría que esperar.

Visitó la inmobiliaria de los dueños del edificio y supo allí que un licenciado más o menos en sus cuarenta, lentes dorados y domiciliado laboralmente en una oficina de Gobierno, había pagado tres meses de la renta. Al saberlo, frente a la empleada que le informó, lo primero a sentir fue un temblor de piernas que empezó en sus talones y al llegar al pecho desató una descarga de adrenalina; el corazón latió más fuerte, se alejó de prisa y conforme llegaba a su auto medio viejo, medio nuevo, la energía que la dominaba se convirtió en coraje.

A estas alturas venir con remordimientos, pagarme la renta como si con eso lavara el trato de basura que me dio; tirarme con dinero el muy desgraciado.

Los nudillos de las manos se le ponían blancos apretando el volante; y a pesar de aquel sentimiento de impotencia y humillación, se sentía

confundida. ¿Cómo reaccionar? No podía darse el lujo de aventarle con su dinero al benefactor; todavía se moría de amor por él aunque, curiosamente, hubiera podido arañarle la cara. El camino a casa, rebuscado y lento, amenazó con gastarle la poca gasolina con que contaba; el dinero prestado por la madre le ayudaría a sobrevivir tres o cuatro semanas según su cálculo, o poco más, pues por ahora se ahorraría la renta. Fue lo único que pudo concluir, que logró pensar mientras una estúpida esperanza comenzaba a formarse en su ánimo. Una esperanza idiota de volverlo a ver; de que la intención hubiera sido estar con ella y reencontrarse para vivir el amor como en los melodramas más ardientes.

La oligofrenia del enamoramiento salió del fondo de su ser y le atenazó el corazón de nuevo, la señal de alarma se oía tan lejana, que las campanillas celestiales provenientes de las descargas hormonales no la dejaron percibirla.

Esa noche de desvelo, al extremo de que se posó frente al ventanuco amigo de su departamento y después de una eternidad alcanzó a ver asomar la alborada, con un desvaído color rosado. La magia del amanecer actuó como hipnosis y se acostó, durmió cuatro horas hasta que la despertó el calor del día. Al abrir los ojos y recuperar la vida, vio la claridad del sol aposentada en su recámara. Recordó todo de un golpe y se levantó con el corazón latiendo en la garganta. Calentar un poco

de agua, café cargado y al voltear hacia su sillón de llorar vio allí a Rosita, con una expresión de gran serenidad. Su amiga no le envió mensaje alguno, resplandecía de hermosura y la miraba con amor fraterno. Raquel la vio como una predestinación para sí misma, entendió el mensaje después de tres o cuatro tragos de café.

No es bueno para mí; este amor no es bueno. Vivido está y no hay rentas pagadas, remordimientos o reencuentros gastados de antemano que puedan resucitarlo.

Así que, una vez restaurado el orden en su departamento, proceso que consistió en tirar la mitad de sus cosas, entre objetos ya indeseados y vejestorios que guardaba en los cajones: ropa que no usaba, zapatos que lastimaban, cosméticos a medio consumir, trastos astillados, un buró que daba lástima, dos lámparas de base rota, la sobrecama en la que hizo el amor con sus últimos amantes y así, quedó medio vacío pero immaculado, con objetos amados y limpios de memorias, salvo la cama que estaría inhabitada de ahora en adelante, mientras se hacía de la nueva.

Decidió seguidamente vestir una armadura emocional y visitar a Sara. Como era sábado quizás estaría durmiendo una resaca. Poco temor tenía de equivocarse cuando, a las doce del mediodía, tocó el timbre del castillo umbroso donde vivía. La antigua colonia, curiosamente, sólo la había mirado de noche y al derramarse la luz que lograba

depositar el sol entre el humoniebla sobre los techos, le parecieron mansiones viejísimas, dignas de una novela pasional del siglo diecinueve.

La hicieron pasar hasta la recámara, después de una escalinata de mármol enorme, dos pasillos y finalmente una habitación tan grande como su departamento y cortinas cayendo desde el techo. Sara estaba recién despierta y en efecto, con resaca.

—Buenos días, disculpa que llegara sin aviso.

—Te vez mucho mejor que la última vez — contestó su amiga—, a manera de saludo.

—Las tormentas que no hundan el barco, lo fortalecen.

—Pues Megrán sigue con su tormenta... —Sara dijo la frase con burla y a boca de jarro.

—No vengo a preguntar por él, sino a pedirte un favor nada más... bueno, aparte de saludarte. Aunque no creas, me has gustado para amiga desde que te conozco... lástima.

— ¿Por qué? ¿Así sepultas tus prospectos de amistad? ¿Antes de conocerlos bien siquiera?

—Te voy a responder con una frase «Bo»: hay imposibles que se interponen a la amistad.

—Ahora fue Raquel quien habló burlona—. ¿Me invitas a sentar?

—Sí, mujer, hasta una taza de café.

Sara apretó entonces un timbre, llegó la sirvienta, pidió el café, se levantó y se puso una bata, abrió las cortinas; todo en silencio. Raquel observaba la habitación minuciosamente; cada cuadro, dos

jarrones con flores naturales, uno con tulipanes rojos y otro con rosas amarillas. Pasaban minutos y el café no llegaba. A pregunta sobre los raros tulipanes, Sara contó que los había enviado un antiguo amor que recordó su cumpleaños. «Lo celebré hace cuatro días y es lo que queda de la fiesta... son ya cuarenta y cinco.»

Finalmente, después de tomar el café, de naderías y conversación breve sobre la carga histórica de la Colonia, Raquel hizo movimientos para retirarse. Se puso de pie y con su bolso en mano, miró de frente a Sara.

—Dale por mí las gracias a Megrán... dile que pagaré los costos... en cuanto pueda.

—¿Nada más? ¿Qué costos? ¿Eso quieres que le diga? —el tono de Sara revelaba sorpresa sincera.

—Me hizo un favor sin que se lo pidiera, al menos tengo algo que agradecerle. Además, francamente, me cuesta mucho esfuerzo esto; en el fondo le pagaré porque no quiero deberle nada.

—Pues tú sabrás... le voy a dar tu mensaje, pero quién sabe cómo reaccione.

—¿Te preocupas por él todavía? Pero bueno... yo siempre supe que estás de su parte, está bien que significa mucho en tu vida, no sé... pero supongo que sabes cómo me trató y no te creo tan ciega. Dios mío...

Sara suspiró y dejó ir la frase de mala gana:

—¿Cuánto hace que no lo ves?

—Casi tres meses.

—Entonces, no lo juzgues. ¿Te cuento? Marianita sospechó lo de ustedes la noche de la fiesta y poco después lo supo, no porque lo mandara seguir o le gritoneara, él mismo se lo confesó y sin una gota de remordimiento. Lo que pasó contigo terminó de armar una crisis ya antigua. No se han separado, pero están muy distanciados. La familia lo tiene acosado, no lo han corrido del trabajo, pero no tardan, al menos si no compone las cosas con ella. Mientras tanto y por razones desconocidas, reanudó un romance por ahí, con una compañera de oficina. Eso empeoró las cosas; él boto el romance, la compañera hizo un escándalo... él se hizo de gritos con mi hermano, es decir su suegro... lo cual es como sentenciarse a la guillotina.

Raquel permaneció callada, mirando a través de la ventana el jardín por el cual la había seguido Roberto, para rogarle que le tuviera paciencia. Sara iba a seguir enumerando hechos; ella cortó:

—Mira, Sara... no es asunto mío. Ya viví mi luto, estoy en la otra orilla. Supongo que le vas a contar todo sobre esta visita, así que te revelaré solamente dos cosas: una, que si lo tuviera frente a mí le daría las gracias, ya que por las dos sesiones de amor que me obsequió, le encontré sentido a mi vida. Nunca antes y, estoy segura, nunca después, viviré esa plenitud porque conocerlo era una de mis metas en este sendero que me tocó recorrer. La otra y a la vez consecuencia, es que me abandonó después de

llevarse mi alma y si no estoy muerta es porque ningún pendejo egoísta merece que me muera por él. Sólo por eso, Sara. Sólo por orgullo no estoy muerta. Díselo así, con todo y cursilerías. Y si él se va a morir del alma porque le pasó lo mismo — cosa que dudo mucho—, no revela mucha inteligencia, porque esa plenitud es instantánea e irreplicable, no se puede pedir más... dile que no sea bruto.

Dio media vuelta, se alejó con calma, abrió la puerta y antes de irse miró a Sara que, con cierto asombro, la veía partir:

—Y que le voy a pagar su dinero... dile eso también.

XXIV

Estaba claro: no había sido un final de melodrama, donde se compone todo y la felicidad vuelve. No una confesión de amor a destiempo, pero al fin consoladora; o una lacrimosa separación ante lo imposible, como en *Casablanca*. Tampoco la seguridad del amor mutuo a pesar de todo, como en *La edad de la inocencia*. Ni siquiera una barata reconciliación, con la decisión de un divorcio para seguir el amor verdadero, como en la más falsa de las ilusiones terrenales o las casi tragicomedias cotidianas de las series de televisión.

Se había dado como una aventura de oficina, casi sexo ocasional, cual si ella fuera una borracha vaga y urgida de apagar la fogata del vientre. Por lo menos, sentía ella, eso parecía para él. Estaría noviendo otra vez con la Perfecta... o con alguna secretaria jovencita. Eso sí era una vulgaridad: un hombre aprisionado en la insatisfacción, que se revolcaba en estertores dramáticos antes de volver a su celda-matrimonio-conveniencia con Marianita y el suegro poderoso. Siempre es así ¿verdad, Raquel?, se decía, dos días después de la visita a Sara y mordisqueando un sándwich frío frente al

televisor, cuando el reloj marcaba medianoche. El jamón era nuevo, el pan estaba duro. La leche era tibia para atraer el sueño, que jamás llegaba, sin embargo.

Por alguna razón que no alcanzaba a explicarse, de pronto no sentía deseos de ver películas. Era más fuerte el impulso de releer a Dickens, más por la esperanza de recuperar el entusiasmo de viajar por sus mundos narrativos oscuros y humorísticos, que por verdadero interés intelectual. Volver al pasado; o dicho mejor: a las sensaciones pasadas. A las sentidas antes de la soledad, cuando amaba aún al hombre que llegaba a casa, su marido fugaz y compañero fallido.

Y no lo extrañaba porque tenerlo allí le diera seguridad o satisfacción emocional; no, sino porque eran tiempos en que tenía ilusiones. Había olvidado la sensación de esperar nuevas emociones en la página siguiente; nuevos brillos en la mirada de él. Algo nuevo en la sonrisa de sus compañeros de trabajo, aquel empleo pésimamente pagado que tuvo por primera vez, recién casada.

Por lo menos, se decía, si pudiera sostener el interés de mejorar mi valor laboral; terminar la tesis, graduarme e irme al extranjero. Alguna universidad en el mundo habrá donde admitan mujeres desde mediana edad hasta ancianitas, que deseen cultivar la última neurona sana que les quede, la que logró escapar de la mentira destructiva del «hombre protector.»

Diosmío, pensaba al masticar, cuántas mujeres en el mundo se estarán muriendo de tristeza por esa razón, y yo aquí, convencida de que agonizo, cuando es el dolor más cotidiano de todos.

En ese momento, cuando daba la cuarta mordida al emparedado, recordó el frío en los pies que en aquellos días le provocaba el largo viaje en tranvía de regreso a casa, y cómo le ilusionaba el momento de ir a la cama y calentarlos con el cuerpo de su esposo. Después de todo, no era un hombre malo, se dijo, casi oyendo su propia voz en su cabeza; sólo era distante, dejó de amarme mucho antes de intentar la unión profunda y responsable. No era malo, pero no me amaba, dijo ahora sí en voz alta, con dos lagrimones en sus mejillas, que quitó de prisa con el dorso de la mano, pues deseaba ver claramente el vestido azul eléctrico de la lectora de noticias.

Muy escotado para mí gusto, pensó, sorbiendo la humedad de su nariz. Se le ve la mitad de los senos, qué mujer irreverente, no tardan en correrla, a menos que se acueste con el jefe. La mujer bajaba el torso para acercarse los papeles y casi mostraba los senos completos.

Sí... seguro que tiene amores con el jefe de noticias...

Quedó entonces con el bocado a medias, en su boca inmóvil. ¿Cómo has llegado a esto, Raquel? La aventura de oficina tiene que ayudarte a recuperar la vida, no a perderla en frivolidades y recuerdos

cursis, mucho menos a vociferar contra otras mujeres por envidia. Continuó comiendo, trabajosamente, porque el nudo en la garganta no le permitía masticar bien.

Apagó el televisor y se dirigió a la regadera. Al menos ya no le daba aquella espantosa flojera tomar un baño; incluso disfrutaba el agua caliente. Eso la relajaba un rato, aunque no pudiera dormir. Después del sensual descanso se puso su mejor bata, una que su madre había confeccionado en casa, con satén de un discreto color mamey. Lo hizo para su hija, aunque el trozo de tela tenía años guardado, para la postergada y luego nunca realizada confección de un pijama. Al ver los trapos viejos con que Raquel dormía, la compasión le hizo trabajar en aquella bata corta, anudada a la cintura con un lazo orillado de encajes finos, cosidos con hilo de seda. Había quedado linda la bata, esplendía amor materno; luego puso en su cuerpo el perfume de su preferencia, uno casi fino que gastaba muy poco a poco. Ánimo, mujer, decía... ánimo que la vida sigue. A pesar de que se sentía aún el frío suave de invierno, se dejó el cabello húmedo y se sentó de nuevo en el sillón de llorar, para empezar a correr *Todo sobre mi madre*, primera etapa para esperar la alborada.

Entonces llamaron a la puerta. Era más de la una. La noche estaba tan silenciosa que los firmes toquidos fueron como una sacudida sísmica. Sintió un golpe de miedo en el estómago; tocaron de

nuevo, ahora con suavidad. Luego una tercera vez, casi tímidamente. Abrió y sus ojos dudaron de la realidad: era Roberto Megrán, completamente borracho.

Virgen de la macarena; era lo único que le faltaba vivir.

¿Cómo supo que estaba borracho, si se mantenía erguido como el mástil de un clíper de la era victoriana? ¿Cómo si todavía cuando ella abrió la puerta, su gesto para componerse fue rápido y certero, pues la mano —izquierda— con que alisó su pelo, de la sien a la nuca, pasó hasta con gracia frente a ella? ¿Cómo, si el «buenas noches, Raquel» que me dijo salió de su boca serenamente, sin tropiezos o arrastres de lengua?

Lo supo por su mirada. Era roja, fija, pero la pupila revelaba ausencia de la realidad, como si la viera desde el otro lado, desde su mundo ahora sí en desorden, ése al que ella no logró entrar. Lo peor fue que caminó hacia dentro y ella se hizo a un lado, por reflejo.

Cuando llevaba varios pasos, le salió la voz desde la parte envenenada de su alma:

—Que pagues la renta no te da derecho a entrar sin permiso...

Roberto volteó a mirarla por un momento, ahora si con movimientos inseguros. Pero no dijo palabra; siguió caminando, gélido ante el comentario. Se sentó en el sillón pesadamente; se

recargó y cerró los ojos, con un largo y suave suspiro.

—Así que vienes a quedarte... Y él callaba. Pasaron dos o tres minutos. Finalmente habló, con los ojos cerrados.

—Estoy tan cansado de esperarte que ya olvidé lo que iba a decir.

— ¿Esperar? ¿Tú te cansaste de esperarme? Dijo ella, con genuino azoro.

—Raquel... el tiempo de discutir ya pasó. A esta altura lo único cierto es que como ves, aunque moría por verte, la muerte no llegó...

Entonces sucedió algo que, de ser una escena romántica moderna y semiporno, hubiera quedado perfecta: se levantó, se acercó a ella despacio pero seguro en su andar y la abrazó, la besó, le quitó la bata y la dejó desnuda, la acarició de tal manera que ella se derritió en menos de un segundo después de sentir aquellas manos, que eran dueñas y señoras de su cuerpo y su amor.

La llevó a la cama, la contempló lenta, morbosamente; fue una posesión ritual, perfecta, de tan esperada casi irreal. Ella no podía razonar, imaginar siquiera cómo había pasado de la total desolación, al paraíso terrenal de todos sus sueños. Él estaba allí, sobre ella, poseyéndola y su aliento impregnado de alcohol y enajenación no le importaba; tampoco su barba crecida o la conciencia de que no era él, sino un hombre que

sufría, que escapaba por ese rato de una vida sin escape, para alcanzarla a ella.

Se entregó de la manera más sumisa y, después comprendió, más indigna en su vida. Y fue una conclusión irrelevante; meses tenía sabiendo que era su único hombre esperado, verdaderamente deseado en el mundo.

La realidad dolorosa llegó después, cuando ella, aún insatisfecha, lo contempló hasta el amanecer. Lo había vencido el alcohol, dormía silencioso y observado por ella que no había pegado los ojos un solo minuto.

Con el alba despertó y de inmediato, sin decir palabra fue al baño, salió enseguida, vistió lo indispensable y se encaminó hasta el ventanuco del departamento, para ver el amanecer. Luego, de manera inverosímil, usó sus finas manos para buscar una cacerola y calentar agua... buscar el café, el azúcar. Sirvió dos tazas y llevó una hasta la cama... a ella, la mujer con la que no quiso comunicarse por teléfono para escucharla llorar por la muerte de su mejor amiga, cuando más necesitaba una voz de consuelo.

Le llevó el café a la cama, a ella, quien se cansó de anhelar oír su voz siquiera cada semana, diciéndole un frío «hola» frente a las secretarias; aunque fuera por teléfono, no hubiera importado. Le llevó el café a la cama después del más profundo y letal abandono, cuando el amor desesperado e imbécil

que despertó en ella estaba en los estertores previos a la muerte.

Todo lo hizo en silencio; estaba con una resaca monumental. Quién sabe si con dolor de cabeza; no lo demostraba. La respiración era agitada, su piel estaba seca, la mirada sin brillo. Y en lo más hondo de sus pupilas asomaba una resignación conmovedora, una tristeza sin fin.

—Perdóname, preciosa... por no haberte dicho a tiempo esto que traigo ahora.

Hizo una pausa, respiró varias veces muy cansado, y continuó:

—Tengo la seguridad de estar equivocado y sin embargo preso, persiguiendo ilusiones que ni siquiera son mías: me duele mucho. El dinero, tener que conservar la aprobación de otros hombres que pueden golpearme, quitarme lo que tengo: vivo una especie de dignidad hecha de mentiras.

—Roberto... mira... la verdad es que no quiero saber...

—Ya sé —interrumpió él, con cierta súplica en el tono—, que tú también has sufrido mucho; no soy tan bruto... he hablado mucho con Sara de esto...

— ¿Sara? ¿Hablaste con Sara?

—... ella sabe... Por favor déjame terminar, antes de dejarte en paz quiero que sepas... del amor que siento; de todo lo que he recordado cuando te hago el amor, de cuando fui libre... estar contigo me

volvió a la vida, abrí una caja de secretos que había enterrado desde mis años jóvenes.

—De veras, Roberto —dijo ella entonces casi tirando el café, levantándose de golpe, lanzando lejos las sábanas, buscando, muy enojada, su bata color mamey—, no quiero saber... no quiero.

—Pero ¿por qué? Si estás muy dolida dímelo, reclama, insúltame todo lo que quieras, aquí estoy...

—No. Ya no quiero decir nada, ¡nada! ¡No quiero decirte nada!

Y entonces, Raquel tuvo que admitir que desgranaría frente a él su propia comedia trágica: se derrumbó a llorar, justo en el sillón. Fue como sacar desde sus entrañas algo que la envenenaba, un líquido verde y luminoso, que despedía claridad y sin embargo estaba empapado de rebeldía y desolación. Su cara bañada de humedad, hundida en las palmas de sus manos, miraba hacia abajo, irremediamente y entregada al más espantoso deterioro y fealdad. Sin embargo, él se acercó y separó sus manos, tomó su cara, la besó y le decía: los dos merecemos compasión, preciosa; perdóname por favor y déjame entregarte lo que siento, aunque sea a medias, aunque sea a pedazos porque ya está roto.

Santo cielo, cuánto melodrama, cuántas palabras cursis. Raquel no podía creer que aquella escena dulzona y desgarradora le produjera semejante cataclismo interior, tal certeza de estar viviendo

algo inútil, algo como ya vivido, como repetido en toda la historia de la Humanidad y sin embargo siempre nuevo.

Se abrazaron, lloraron juntos; algo que ella jamás pensó que ocurriría, pues estaba convencida de que ahora, justo como ante un holograma, se podrían atravesar las manos por su imagen.

Se recostaron e hicieron el amor de nuevo, en totalidad, muy dulcemente. Después se entregaron al sueño. Ella resolvió en esas horas de inconsciencia, a través de varias pesadillas y luego una apacible convicción de soledad, todas las ausencias pasadas y futuras de su amado. Supo también que, aunque en otra dimensión, ya era una presencia definitiva en su vida. Ya no podría olvidarle y no volvería a ser la misma jamás.

De nada sirve que me quiera, de nada sirve morirme de amor por él. De nada sirve, le decía una voz muy profunda, desde su pecho que le dolía por tanto llorar. De nada sirve tanto amor, como no sea para saber que sí existe, sólo hay que esperarlo aunque llegue a convertirnos el alma en polvo y suspiros que el olvido se lleva, poco a poco.

XXV

— ¿Tú crees, Rosy, que podría considerarlo una asignatura aprobada? ¿Fue para mí la coincidencia del amor con el mejor sexo del mundo?

Caminaban las dos, Raquel en el mundo real, Rosita en la dimensión eterna, al mismo paso lento. La mujer de carne y hueso, viva más que nunca en su espíritu, estaba sin embargo acabada, delgadísima, un poco por el hambre concreta al no tener para alimentarse las tres veces al día, otro poco por el caminar excesivo de todos los días buscando trabajo, y finalmente por el dolor de haberse visto obligada a decirle a su holograma después de la última noche con él, que ya nunca volviera; que el amor debe tener futuro o no existir y era mejor cortar de una vez.

Roberto no se sorprendió cuando ella lo dijo.

Después de aquella noche y todo el día siguiente en la cama, acariciándose y contemplándose, fueron a cenar a un restaurante para ella elegantísimo, donde los meseros levantaban el dedo meñique al servir el vino y al preparar la ensalada «César» frente a la mesa.

Él ni siquiera levantó la vista, pues en el momento de la sentencia al destierro cortaba un pedazo de filete. Se lo llevó a la boca, impertérrito en apariencia, bebió un gran sorbo de vino y después de masticar y deglutir el bocado la miró sereno, aunque triste.

—Será mejor así; que decidas por mí.

—Pensabas hacerlo igual... ¿Pensabas dejarme otra vez?

—Primero, preciosa: yo no te dejé, mi cabeza se enredó tanto que no pude moverme. Tú me mandaste al carajo cuando te pedí esperar. Ahora estoy a punto de la ruina y no tengo voluntad de nada. Si tú decides que no volvamos a vernos, así será. Al menos eso te debo.

Raquel quedó paralizada. No lograba tocarle las emociones y era como en sus sueños-pesadilla, desde cuando el marido empezó a dejarle claro que no la amaba. Ella quería, siempre en sueños, arañarle la cara y jamás lo alcanzaba. Herido o no, su holograma siempre fue así; nunca mostró sus sentimientos sino por instantes y ahora, a pesar de las defensas rotas, también parecía que con toda frivolidad y el corazón frío, la dejaba ir.

—Después de todo, esto no es una película. No necesitamos un final feliz, sino congruente, dijo ella en voz baja y después de un silencio corto.

—No entiendo —dijo él bebiendo el resto de su vino, casi media copa, de un solo trago.

—Digo que los finales felices son para las películas.

Roberto estaba lento al hablar, ella se impacientaba. Tal vez era el vino que ahora bebía, tal vez la resaca acumulada. Dijo:

—De algún modo es un final feliz... creí que nunca volvería a hacerte el amor —dijo con la vista baja, concentrado en cortar otro pedazo al filete.

—Pues permiso no pediste, hasta pensé que era tu forma de cobrarte la renta.

—No empieces con tus ironías —dijo él de inmediato, viéndola de frente y con dureza—; sé que tal vez no consiga demostrarte que no soy el cabrón que te imaginas... pero si no me das oportunidad ahora...

—Tuviste más de tres meses de oportunidad.

Entonces, él golpeó la mesa. ¡Golpeó la mesa!, al mínimo como Kowalski en *Un tranvía llamado deseo*. Al instante se arrepintió, sin embargo. Suspiró hondo, bajó la vista. Ella esperaba un sermón, una retahíla de sapiencia existencial como colofón del exabrupto, pero sólo hubo silencio.

Y más silencio.

Raquel perdió la fuerza y dejó de comer. Se miraba las manos sobre su regazo, igual como hizo Rosita aquel día en que juró dejar a su monstruoso amante.

Roberto terminó su cena, pidió un café y mientras lo servían siguió con el vino hasta terminar la botella. Estaba de nuevo totalmente borracho. Parecía que los dos hubieran acordado prolongar lo más posible aquella pena que ni siquiera era tal,

sino una cura de sal y hierro ardiendo sobre una herida. Fue él quien habló finalmente:

—Preciosa, amiga mía... mírame una última vez...

—levantó su cara por la barbilla a través de la mesa y le obligó a enfrentarlo—. Dime la verdad: ya te perdí, ¿no es cierto? El mejor momento ya se fue. Estás decepcionada, cansada de tanto luchar para sacarte el amor del corazón. ¿No es cierto?

Raquel guardo silencio.

— ¡Contéstame! —gritó él.

Raquel asintió callada, con gesto frío.

—Yo me fui perdiendo entre mi miedo al desastre y el deseo de verte —siguió Roberto— Sentí compasión por Mariana; tengo una vida, el recuerdo de algo parecido al amor y dos hijos con ella. Después hice una idiotez le dije todo; la vi sufriendo tanto por no saber qué pasaba... pensé que sería lo menos cruel. Hice otras estupideces que no tiene caso contarte. Todo por mis dudas, porque a ratos tenía la seguridad de haberme equivocado, de que acepté una vida prestada.

Ella, silenciosa, lo había mirado durante el último discurso con ternura y lejanía.

—Así que como ves —dijo él como firma del monólogo—, no tengo mucho que ofrecerte. Tengo el corazón roto y rompí el tuyo; ahora debo encontrar el camino de regreso.

— ¿De regreso a Mariana?

—A mi supuesta vida; no tengo otra.

— ¿Por qué no la conviertes en una verdadera? ¿Por qué no valoras lo que tienes? Además, estás filosófico, pero aquí hay una omisión importante: yo.

—No entiendo.

—El factor Raquel no cuenta en tu balance, ¿eh? Roberto calló, hizo una señal al mesero para que trajera otra botella. Era un vino muy fino, que igual emborrachaba. Ella también llevaba varias copas y estaba envalentonada.

—Quedamos —dijo él, después de tronarle los dedos al sirviente— en que me sacas de tu vida.

—Tuviste una crisis, pero tengo claro que no fue por mí, sino porque estás harto de una vida que no te gusta. Lo que yo haga o deshaga respecto a ti no cambia tus planes, ¿verdad? Si no te saco de mi vida, como dices, ¿te quedarías?

—Claro que sí, hasta que me corrieras. Porque finalmente me vas a echar.

—Santo cielo, cuánta petulancia... ¿Ya lo decretaste? Si ya sabes todo, ¿para qué hablar? Mejor vete, ¡pero ya!, y déjame el corazón así, roto desde hace tanto tiempo que no siento nada.

—Me vas a echar porque no tengo nada que ofrecerte. Una casa chica... ¿eso quieres? Encuentros de vez en cuando, los dos en angustia siempre... ¿también eso quieres? O bien, cometo suicidio moral y dejo aquel mundo. Entonces me convierto en nada y tampoco tengo qué ofrecerte. ¿Sigo?

—No. Te oyes tan frívolo como el príncipe Vronsky.

—¿Qué?

—Que no me importa, de todos modos. Nada te he pedido; decir que no tienes que ofrecerme es otra de tus petulancias.

—¿No quieres tener hijos? Dijiste que querías estudiar idiomas, no sé qué... tú lees, ves películas... Nada de eso podríamos compartir...

—Amor, ya cállate —dijo entonces Raquel—. Estás razonando mucho esta situación estúpida. Deja de explicarlo todo; yo sólo quería darte amor cuando me lo pidieras, y que de vez en cuando me hicieras caso, por ejemplo, cuando una amiga muy querida se muriera y quisiera llorar contigo.

Raquel estaba ebria. Hablaba arrastrando un poco la lengua; Roberto se dio cuenta y lo disfrutó, porque él también sentía que las ideas se le desordenaban, que la lengua no le obedecía.

—Bueno... pues aunque lo veas tan fácil, no. No me gusta ese «de vez en cuando». Contigo no puedo; para eso sobran mujeres de cartón en la Secretaría. Pero mira, ahora estoy peleado con todo mundo y puedo darme el lujo hasta de llevarte a bailar... ¿vamos a bailar? Mañana no sé qué me espera, pero ahora quiero quedarme tirado de borracho contigo en la cama, con la ilusión de que no eres un hermoso problema en mi vida.

—Eres un imbécil. Todos los hombres son imbéciles —dijo ella, con la mirada extraviada y después de ver el fondo de la enésima copa.

—¿Vamos a bailar, o no?

—No sé... nos vamos a caer... bueno, vamos...

Se levantaron, caminaron tambaleantes y fueron en el auto hermoso y nuevo de él, color vino regio, a recorrer las principales avenidas y vida nocturna de aquella ciudad sin límites, luciéndose como artistas de cine, según ellos. Fueron a dos cabarés y bailaron; en uno melodías románticas con tríos, en el otro con una pequeña orquesta que tocaba jazz-Nueva Era y bailaron separados. Raquel nunca imaginó que Roberto, el impecable, bailara aquellos ritmos alegres con la soltura de un joven; quizás no con gracia por la ebriedad, pero sí con talento. Ella soltó la cadera, toda su sensualidad, y cuando menos pensaron habían bajado la borrachera por tanto ejercicio, reían y daban volteretas, flotando en la música. Luego encontraron otro lugar en un barrio sórdido, donde tocaba una pequeña y anticuada orquesta, era un salón grande lleno de alcohólicos y mujeres vestidas en lentejuela barata. Allí se balanceaban y abrazaron con erótico descaro, como en las películas más coloridas del cine mexicano de los setentas; se dijeron mil veces «te amo», y cuando ya amanecía volvieron dificultosamente al departamento de Raquel, para hacerse el amor quién sabe cómo, porque ella no lo recordó bien

después, por más que hizo el esfuerzo. Sólo percibió, eso sí con mucha claridad, que al terminar de amarla Roberto se agitó en forma rara y ella vio que tenía los ojos cerrados, que estaba medio dormido y con lágrimas corriendo por las sienas.

Con esa imagen se durmió y después de muchas, muchas horas, cuando abrió los ojos por la tarde, casi bajando la noche, le pareció que estaba frente a la entrada del Purgatorio. Las cosas, sus objetos familiares eran grises, como piedras de cerros antiquísimos; la sobrecama y las sábanas eran garrientas velas de barcos naufragados; el rojo pardo que alcanzaba a entrar por su ventanuco, era el resplandor de un incendio lejano e infernal, hacia donde ahora iría su alma, sin remedio. Es la puerta del Purgatorio, pensó, con su cabeza presa de un dolor martilleante, sus manos pesadas, una sed inconmensurable y la ausencia de Roberto llenando todo el universo conocido.

Se había ido, no supo a qué hora. Un adiós más, un beso más que le hubiera dado y en lugar del Purgatorio habría sido entrar de una vez al Infierno. Así que dio gracias de que la ausencia, el vacío definitivo, había llegado... gracias a Roberto, a sus recuerdos adolescentes, a las advertencias de su madre de no poner el corazón en las manos de un hombre...

Entre aquella desolación, buscando sus zapatillas bajo la cama y al levantarse para buscar

desesperadamente un vaso con agua, distinguió la figura luminosa de su amiga Rosa, en el sillón de llorar. La había mirado anhelante, dispuesta a la confianza y la compañía. Y en efecto, fue su bálsamo. Habló con ella el resto de la tarde, en susurros, contándole todo lo que había vivido los últimos dos días. Tomó media docena de aspirinas, dos cada hora, hasta que logró erradicar el dolor en la cabeza y sentir que el mundo se borraba para dar paso a la negación de todo. Alcanzó la cama cuando la noche era todavía joven; durmió mucho y profundamente como si hubiera transcurrido sólo un instante, y al recibir el nuevo día le quedó claro que cargaría durante mucho tiempo aún aquella loza de fracaso-certeza a sus espaldas: el amor existe, sólo hay que esperarlo con mucha paciencia. Llega, nos lleva al Paraíso y después nos abandona a la deriva, destrozados.

Pero vale la pena, Rosita, vale la pena... Así repetía cada vez que deseaba recomenzar, cada esquina que alcanzaba por la calle, después de cada entrevista fallida buscando empleo. Caminaban silenciosas, muy juntas, la mujer material y la espiritual, por las calles de la ciudad en pleno invierno, entre el humoniebla.

— ¿Tú crees, Rosy, que fue mi experiencia de amor y sexo unidos, para glorificarla entre mis recuerdos? ¿Habré cubierto la asignatura? Seguramente, ¿verdad? Ayúdame a pensar...

XXVI

Transcurrieron cuatro meses más antes de que ella pudiera sentir que, efectivamente, reiniciaba su vida. En algún momento de su resaca espiritual, cuando la devastación moral de Sigourney Weaver al final del *Alien, el octavo pasajero* hubiera parecido un chiste comparada con la suya, Sara había tocado a su puerta y ofrecido, de parte del Secretario César Robledo, una plaza de asistente de dirección para una oficina filial de la Súper Secretaría, situada en un barrio elegante de la ciudad.

Algo rarísimo; en otro momento de su vida, hubiera corrido a Sara de su casa. Sin embargo, a esa altura el miedo a quedarse en la calle y tener que aceptar su derrota total, le impidió reflexionar claramente. No alcanzó a comprender que ponía en más riesgo su dignidad, considerando que hacía tiempo la había perdido frente a su amado y no habría ya oportunidad de recuperarla. Así que aceptó después del imprescindible «tiempo para pensarlo», el cual duró en la ficción dos días, porque en su cabeza no alcanzó a cobrar forma cualquier argumento en contra.

Durante la primera semana de trabajo no percibió de pronto que su función allí estaba imprecisa. Poco a poco comprendió que el puesto era inventado, surgido de la nada por claro favoritismo y, a pesar de ello, le habían asignado un magnífico sueldo. Las mujeres la miraban con celos y los hombres con malicia disimulada. Sin embargo, una vez restaurada la lucidez por los tres alimentos diarios y el sueño tranquilo, su dignidad resurgió del fondo de sus huesos y la poca razón que le quedaba ayudó para soportar la humillación de aquella certeza: su redentor era Roberto Megrán. Sara le había dicho, después de que ella cobró su primera quincena y durante una llamada de encargo para ver cómo estaba, que su holograma había negociado la reconciliación con Mariana por protección para ella.

—Debe quererte mucho para portarse así de cínico —dijo Sara como epílogo del comentario y con celosa ironía.

—Sí —respondió Raquel, sin saber si alegrarse o sentir coraje—. Me quiere mucho, aunque tiene maneras muy raras de decírmelo, gracias por llamar y dile que no se preocupe más por mí.

Era cierto: Megrán alcanzaba ya el comportamiento de un cínico. Pero, finalmente, también el padre de Mariana lo era por aceptar el trato. Así que se obligó a olvidar aquellos «buenos muchachos» y decidió atender a la supervivencia laboral tomando las cosas con calma.

Después de un mes y medio había exigido al Director de la filial, un burócrata con pedigrí social llamado Jaime Costa y Marín, que definiera sus funciones porque, le dijo con lenguaje decoroso y políticamente correcto, ella jamás había sido «aviadora» en oficina alguna. Entonces el Director, con justo temor por su pellejo según el origen de la recomendación, comenzó a delegarle asuntos.

Poco a poco, con su eficiencia y comportamiento austero, dejó claro que no era la mantenida de ninguna Secretaría o la querida del hijo político de nadie.

¿Qué quedaba entonces pendiente? ¿Qué permanecía en el fondo del arcón de las pasiones?

Nada. Raquel vació el residuo rencoroso de sus emociones platicando con Rosita en las mañanas, sentada a su mesita y durante el café de primera hora, mientras terminaba de llegar la aurora. Su amiga escuchaba y de vez en cuando le enviaba algún mensaje: «No te olvides que aprendiste que el amor existe y es sólo asunto de esperarlo. La felicidad dura un instante y sólo la disfrutan quienes saben detectarla».

Uy, cuánta filosofía, manita... se levantaba entonces ella, flaca como una escoba, pues así había quedado por tanto devorar su angustia. ¿Ya viste que parezco modelo?, le decía a su amiga mirándose al espejo y buscando unos aretes que hicieran juego con el traje sastre del día. No he recuperado mi peso, pero me veo como Linda

Evangelista, ni más ni menos, con el aire maduro y decadente también... La única verdad aquí — seguía diciendo a Rosita— es que me puedo morir de soledad y nadie se compadecería, sólo mi madre; debo buscar un lugar más interesante donde padecerla, o al menos donde haya prospectos, remedos, candidatos rotos o descosidos de una pareja, para consolarme.

«Ya no tendrás verdadero consuelo», le dijo Rosy, justo esa mañana; «nadie podrá llenar el hueco de tu amor perfecto». Ante aquel comentario, Raquel apresuró sus movimientos, se miró en el espejo del baño y acomodó su cabello, ahora hasta los hombros y suelto, teñido de matices rojos y con un corte muy fino, que la hacía ver más joven. Ocupó sus minutos de cualquier manera, para no llorar ante aquella certeza dicha por su amiga, que como ella, le acompañaría ya siempre.

Entonces, exactamente cuatro meses después de terminar su único y verdadero encuentro con el amor, mientras tomaba el primer café en su ahora alfombrada oficina, descubrió algo insólito: abrió las páginas de *Tiempos difíciles* de Dickens y logró leer tres párrafos que llegaron perfectamente a su entendimiento. Le dio tal gusto que pasó el resto de la mañana revisando todo sobre el autor en la web, copiando material para leerlo con calma en casa, haciendo memoria, con la mirada fija en las

paredes de cristal de su cubículo, acerca de dónde habían quedado, en los años de paso entre escuela y vida laboral, todas las obras que ella tenía de su autor favorito y el esbozo de tesis que tenía listo desde su último semestre de licenciatura.

Después de ese día sus neuronas se cargaron de nuevo con energía, y se instaló otra vez en ellas su conciencia, hasta entonces—según opinión de Rosita—de vacaciones por el Gran Espíritu. A la par que daba forma a sus ideas durante una hora diaria tecleando en su computadora y fuera de las horas hábiles, puso solicitudes para beca en diez diferentes escuelas del extranjero, para estudiar inglés literario.

Dormía sólo seis horas porque trabajaba en lecturas y tomando notas hasta la medianoche; se acostaba y en menos de un minuto lograba el sueño.

Su insomnio había desaparecido.

Conservó cuatro o cinco muebles útiles en su departamento y decidió no comprar más, en preparación para su exilio. Ya no tenía tiempo ni deseos de ver cine Volvía a las letras, y con ellas construía un pasaporte al extranjero. Así que un día, cumplidos más o menos seis meses de lo que ella juzgaba su viudez del amor, sacó de sus ya abultados ahorros unos cuantos miles en efectivo y los metió en su bolso nuevo colgado al hombro derecho, tomó como amuleto una novela de Dickens, la aferró a su costado con la mano

izquierda y se dirigió en su automóvil, nuevo y oficial, a la oficina principal de la Súper Secretaría.

Mintió a la recepcionista, dijo que tenía un encargo para el licenciado Megrán que entregaría a su asistente. Tal vez porque ahora vestía trajes de mejor calidad, porque sus zapatos eran de piel y hechos en Italia, porque el bolso tenía la marca Gucci o cualquiera otra de las pasarelas famosas — lo había olvidado—, no cuestionaron su descarado invento y la dejaron pasar.

Se dirigió a la oficina de su holograma, pero encontró caras distintas, la chica igual a Verónica del Valle, secretaria de Roberto, no estaba. En su lugar había un hombre joven, con rostro de maniquí y mirada sin brillo. Preguntó por el licenciado Megrán y la respuesta fue otra mirada, ahora gélida y de ligero asombro.

—No es aquí, dijo aquel muñeco perfecto; el Secretario está al fondo del pasillo.

Sintió en las piernas el mismo temblor suave, pero definido, de la cercanía con él. Nunca había tratado de ver a un Súper Secretario; de pronto pensó que quizás todo era un malentendido, pero no... Siguió por el pasillo y Verónica-del-Valle estaba allí, impoluta como siempre, con su cabello negrísimo y arreglado ahora en melena larga tipo Anjelica Huston. Era la oficina donde César Robledo había despachado tiempo atrás.

Sí. Lo habían ascendido, quizás, en las semanas recientes de su exilio mental, hasta apareció en los diarios que el Gran Padrino se retiraba para buscar una gubernatura y él entraba a suplirlo, quizás su distracción había llegado a ese extremo, hundida como había permanecido en la rutina maquinaal de la burocracia fina. El mundo dio media vuelta en aquella oficina que la rechazaba siempre, como un objeto ajeno. Apretó más la sudada novela de Dickens contra su cuerpo y preguntó por Roberto. — ¿la espera el Secretario? —dijo la asistente— Porque está ocupado de momento y me temo que tiene la agenda llena.

— ¿Hay alguien con él? —dijo Raquel, conteniendo el aliento para ocultar su inseguridad. —Bueno, no... Pero tiene una junta en cinco minutos, señorita...

—Raquel Verno. ¿Por qué no me hace el favor de anunciarme? Estoy segura que el Secretario me hará pasar.

«Verónica» la miró con desdén, pero se levantó, giró el picaporte sin tocar y entró haciendo un desplante de tal arrogancia que le hubiera causado risa de no estar medio paralizada por el susto. Pocos segundos después la muchacha salió y le indicó la puerta con un gesto envidioso.

—Dice que puede darle unos minutos. Le ruego que sea breve.

—Brevísima —dijo Raquel con una sonrisa de triunfo, y entró.

XXVII

La esperó con la vista fija en la puerta, de tal suerte que Raquel la sintió sobre ella, como un súbito regalo, al momento de entrar. Recuperó al instante el vuelco en el corazón por la alegría de verlo; pero la mirada de él era inexpresiva, de fotografía oficial.

De inmediato ella comprendió que el tiempo entre los dos no existía, tampoco la distancia emocional, aunque con el lenguaje corporal se hicieran una barrera. Las antiguas emociones surgieron, al menos para ella; él permaneció en silencio, pero no dejó de mirarla un solo instante.

—Cómo estás, Roberto... tendrás que perdonarme si me presento así, pero me voy en una semana y tengo muchos pendientes todavía. Uno de ellos era verte.

—Siéntate por lo menos, supongo que un minuto sí tienes...

—Claro, pero tú...

—¿Quieres agua, un café?

—Gracias, no.

El apartó la vista, se levantó y recorrió lentamente la gran distancia, para tratarse de una oficina, entre el escritorio y el ventanal que daba a la calle. Fue

allí cuando ella tuvo unos segundos para escudriñar la oficina de un Secretario: libreros de cedro muy ostentosos, lleno de material sobre leyes; pocas y grandes fotografías de políticos en las paredes, lujosos marcos para una pequeña y de la familia, en el escritorio. Discretas pirámides de cristal con reflejos de arco iris como pisapapeles, esculturas de caballos imperiales, un Quijote pequeño a espaldas de la gran silla ejecutiva, junto a una fuente de cristal cortado que contenía dulces de menta. Roberto le habló de espaldas.

—Estoy a tus órdenes.

¿Era frialdad lo que ella percibía? ¿Indiferencia, como si hablara con una empleada del edificio de enfrente?

—Te felicito por tu nombramiento —dijo muy insegura, con miedo atroz que comprendiera su ignorancia sobre el caso.

—No tiene importancia, será por poco tiempo, no había nadie más para suplir al Secretario. Además, me correspondía por jerarquía y conozco perfectamente el trabajo —ahora había girado y estaba de frente, parado con naturalidad, con las manos en los bolsillos del pantalón y viéndola fijamente, sin vacilaciones, con la convicción de pertenencia sobre ella que siempre había ostentado.

La escena era tensa: Raquel sentada en la orilla del sillón de las visitas, él de pie, como esperando que se fuera lo más pronto posible.

—Roberto —ella se levantó con rapidez y empezó a buscar en su bolso—, no sé si hice bien en venir... sólo quiero devolverte... el dinero que pagaste para... —hurgaba en su bolso, no podía creer que no encontraba los billetes— que no me corrieran del departamento cuando visité a mi madre... Encontró el dinero, lo mantuvo en su mano y levantó la vista para mirarlo.

En esos pocos segundos la expresión de Roberto cambió, esta vez era vulnerada, con cierta calidez. Ignoró el comentario y dijo suavemente:

—Te ves muy hermosa.

Ella quedó impávida; su frase era muy elocuente, pero no su gesto. Entonces fue cuando lo vio realmente: tenía ya el aspecto «profesional» de la alta burocracia, tez lisa, de un color saludable y ahora comprendía bien la impresión recibida al entrar: postura estudiada, ojos secos y la mirada fría del poder; estaba instalado en un ténpano, como Sara predijo. Había cruzado el límite detrás del cual no hay regreso.

—Gracias —dijo ella con leve titubeo, y dejó el dinero sobre el escritorio. Me voy a Boston

—y sonrió— digo, si te interesa... estaré allá un año, conseguí una beca para... Tuvo que callar porque él se acercaba y el miedo selló su voz. Se paró junto a ella, que lo enfrentó en la mirada.

—Te ves muy bien y no has cambiado. ¿Ya avisaste que te vas? ¿Lo sabe Jaime Costa? No me ha dicho nada....

—Todo está en orden, Roberto. Si no te ha dicho será porque no lo considera necesario, o porque supone que de algún modo tú y yo estamos en contacto.

—Y no estamos, ¿verdad? Pero vieras que me gusta que lo piense; dos o tres veces me ha hablado de ti, de lo eficiente que eres...

En ese momento Roberto hizo algo insólito: seguía parado junto a ella, sacó la mano izquierda del bolsillo y acarició su cabello suelto, matizado con tonos rojizos. Justo al tocarla, ella pudo ver cómo en su mirada se hizo una luz suave, cómo asomó totalmente la dulzura que la derretía en los momentos de amor. Ella no podía creerlo, pero fue un gesto casi tímido; miraba su cuerpo discretamente y luego con la mano tomó su barbilla, miró sus labios, después directamente sus ojos y el milagro se hizo: el amor apareció en sus pupilas. La amaba todavía; ella simplemente lo supo

Pero no habló; volvió a su sillón lentamente, tras el escritorio. Se sentó y fue entonces cuando miró el dinero.

—No supondrás que me hace falta —dijo, con voz neutra.

—No... Pero yo si necesito devolvértelo.

Roberto suspiró y volvió a su mirada fría.

—Por eso te digo... no has cambiado.

—No, en absoluto.

— ¿Estás bien, Raquel?

—Sí, claro... ¿por qué lo preguntas?

—Sólo por saber.

—Si lo que realmente quieres saber es si tengo pareja, pues no... no tengo. Y estoy bien.

Roberto sonrió y ello hizo de nuevo surgir la ternura en sus ojos.

— ¿Y tú? ¿Estás bien? dijo ella.

El bajó la vista un instante, pretextando el movimiento para erguirse. Lo hizo, se puso de pie y comenzó a rodear el escritorio para acercarse de nuevo, en clara atención a despedirla. Ya junto a ella dijo, otra vez con aquella mirada posesiva:

—Yo tampoco tengo pareja, si por eso preguntas

—y Raquel sonrió desconcertada, aunque se arrepintió de inmediato.

Hubo un corto silencio mientras ella se atrevía:

—Pero... no te has divorciado, ¿verdad?

—No, por supuesto...

—Bien —casi saltó Raquel—, pues tú tienes una junta y yo debo seguir con mis pendientes. Así que, nunca te di las gracias por haberme salvado de quedar en la calle, ya era tiempo de hacerlo.

Roberto callaba; desvió su mirada, la vio de nuevo... Ante eso, ella empezó a sentir una incomodidad espantosa, arrepentimiento por la visita, deseó salir huyendo, todo... Así que se dirigió a la puerta, tomó el picaporte y sin medir las consecuencias volteó a mirarlo una última vez:

—También quería decir que te amo... haberte encontrado ha sido el mejor regalo que la vida me

ha hecho. Tomaba el picaporte, lo apretó más cuando vio que él, impulsado por su confesión, iba hacia ella con paso decidido. La abrazó con naturalidad y sin dudar; inclinó la frente para besarla, pero antes la miró a los ojos, profundamente:

—Yo también te amo, preciosa... yo también te amo.

Se besaron con amor y certeza, sin la pasión que antes los doblegaba. Unieron sus bocas largamente, convencidos de no haberse separado nunca, como se besan dos esposos seguros de su mutua posesión. Terminó el beso, unieron sus frentes un instante y entonces ella salió, sin mirarlo y cerrando con suavidad la puerta.

Sólo faltaba ajustar pendientes en el café de enrejados verdes. Por alguna razón, Miguel nunca volvió después de aquella formidable noche de sexo y los días de llevarle rosas. Raquel supuso que su propia y grosera indiferencia también era la causa. Así que pensando en él como una deuda sin saldar, se dirigió a tomar un capuchino y visitarlo, en simbólica despedida.

Preguntó por él, cuando vio que le atendía el hombre feo y con bigote. Se sentó en la terraza y no estuvo dispuesta a que cualquier advenedizo le sirviera el café. El de bigote le dijo que enseguida llamaba a Miguel, con mucho gusto. A los dos

minutos apareció su mozo bello-como-italiano, vestido con un traje verde oscuro magnifico, peinado con elegancia y una corbata de tono café discreto.

—Miguel —le dijo— qué pena...

—Encantado de saludarte, no te preocupes.

— ¿Por qué? ¿Ahora estás en la administración?

—Sí... soy jefe de servicios. ¿Se te ofrece algo especial?

—La verdad... no; vengo a despedirme.

— ¿Quieres un capuchino?

—Sí, pero... ¿podrías sentarte un momento?

—Por supuesto y entonces Miguel hizo una señal al hombre-bigote para que trajera dos capuchinos. Hablaron poco; él de lo guapa que la veía y ella de la suerte que había corrido en su nuevo empleo. A media taza de café, ella se disculpó por su abandono.

—Me sentía muy mal, no sé si lo notaste... tomé una tregua y me fui de viaje. Nunca pude agradecerte las rosas que me llevaste —él la miraba amable, con la dulzura habitual.

—Sí, fue difícil dejar de verte y terminar algo que nunca empezó realmente... pero... no te preocupes, me trajiste suerte. Y entonces sonrieron ambos, en complicidad.

Hablaron otro rato, ella se despedía; él le juraba que sin su presencia el café no era lo mismo, que la categoría había descendido notablemente y la clientela perdía clase. Terminaron bromeando y

ella finalmente se sintió tranquila. Se despidió, él le dijo que el café era cortesía de la casa y en el saludo final, retuvo su mano un momento y dijo: —No sé... cómo decírtelo... te busqué en tu casa, es cierto, pero no fui yo quien llevó las rosas. Cuando vi la segunda dejé de ir, me imaginé que tenías dueño y no supe qué hacer.

Se le hacía tarde. Muy tarde. Tenía apenas veinte minutos para llegar al aeropuerto. Dios mío —decía a Rosita, quien estaba sentada como siempre en el sillón que tanto tiempo sirvió para llorar y ver películas—, siempre me pasa lo mismo, ojalá el avión se retrase, llegar tarde es una maldición genética de mis antepasados.

Tomó su maleta, levantó la jaladera y comenzó a rodarla hasta la puerta. En ese momento se escuchó un claxon, cuatro pisos abajo. Corrió al ventanuco, asomó la cabeza, agitó la mano.

—No me tardo —gritó.

Su última mirada al departamento fue para el enorme ramo de rosas rojas que Roberto le había enviado, como despedida. Coronaban la mesita, junto al teléfono de corazones.

Te las encargo, Rosy. No dejes que se marchiten, guárdamelas para cuando vuelva a encontrarme con él, en mis vidas futuras.

Y salió.

Una cenicienta sin zapato
de Margarita Oropeza
se terminó de imprimir en julio de 2024
en los talleres de
Editorial Voces Sonhoras
en Hermosillo, Sonora,
Se llevó a cabo bajo la dirección
y el cuidado de la comisión editorial.